



Universidad Nacional Autónoma de México

Facultad de Estudios Superiores Aragón

“Los ACCA de San Fernando”

Trabajo periodístico y comunicacional. Reportaje Escrito

Que para obtener el título de
Licenciado en Comunicación y Periodismo

P r e s e n t a n:

Leticia Karina Flores López

Irwin Alejandro Infante García



ASESORA: LIC. MARÍA DE LOURDES RODRÍGUEZ PÉREZ



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Índice

Presentación	2
Los procesos de San Fernando	6
“La Corre” de San Fernando ahora una Comunidad de Tratamiento Especializado para Adolescentes	7
Programa de Atención Comunitaria Integral para Adolescentes (ACIA), implementado por la Dirección General de Tratamiento para Adolescentes	10
Actividades artístico-culturales en el proceso de reintegración social y familiar	17
Comunidad Especializada para Adolescentes “Dr. Alfonso Quiroz Cuarón” (fotografías)	20
El Taller ACCA: descubrimiento social y artístico	25
Esbozo de las condiciones sociales que viven los jóvenes en México	26
El rol del arte para los jóvenes de la Comunidad de Tratamiento Especializado para Adolescentes	29
La llegada del nuevo maestro: Marco González	31

Los ACCA de San Fernando	39
<i>Elvis</i>	40
<i>Banda</i>	59
<i>Chagoya</i>	67
<i>Layon</i>	83
El aprendizaje (fotografías)	94
<i>Furcio</i>	101
<i>Ivancito</i>	119
<i>Memín</i>	126
<i>Bribiesca</i>	144
Comunidad de Tratamiento Especializado para Adolescentes de San Fernando (fotografías)	163
Consideraciones finales	169
Fuentes de consulta	172
Apéndice	177
Anexos	180

“Educar a los niños y no será necesario castigar a los hombres”.

Pitágoras

Presentación

A mediados del 2011, cuando conocimos a Marco González, maestro artesano del Museo de Arte Popular donde, por aquel entonces, Leticia Flores realizaba su Servicio Social supimos que la historia del Taller de Arte y Cultura de la Comunidad para Adolescentes (ACCA) de San Fernando, que él dirigió, tenía que ser contada.

Los internos de las Comunidades del Distrito Federal (conocidas como Tutelares antes de 2008), tienen más que antecedentes penales, una herencia que incluye pobreza, falta de educación y oportunidades de desarrollo en una sociedad con un sistema económico neoliberal que, desde los años ochenta, intensificó la desigualdad entre la población.

En México, de acuerdo con cifras de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE), el 47 por ciento de los jóvenes de entre 15 y 19 años, que deben estar cursando el bachillerato, no lo hacen, y parte de esta población, termina en el comercio informal o se incarta en las filas de la delincuencia.

Fue en este contexto que el Taller ACCA captó nuestra atención. Se trata de una historia fuera de lo común: los jóvenes internos, con la ayuda y asesoría de Marco González, experto en diseño gráfico y artes visuales, adquirieron conocimientos artísticos y artesanales con los que crearon obras de concurso y dignas de mención. El aprendizaje técnico y teórico no sólo los llevó a descubrir su talento y saberse respetados por ello, sino que fueron capaces de resignificar conceptos como el de poder, fuerza, liderazgo y trabajo en equipo.

No había duda, era la elaboración de un reportaje el que nos permitiría hacer comprender esta historia a los lectores. Había que investigar para saberlo todo. Fue así como iniciamos el trabajo documental y de campo, lo que nos hizo conocer las historias de los integrantes del Taller ACCA, dentro y fuera de internamiento, de su adaptación al cambio de ley en 2008 y del tratamiento para lograr su reinserción social, con la ayuda de actividades educativas, deportivas, laborales y culturales.

Formalizar un protocolo de investigación fue decisivo para fijar los objetivos, indagar sobre los concursos y logros de los jóvenes, entrevistar a los participantes e impulsores del taller. Iniciamos con Marco, quien nos proporcionó una visión global de lo sucedido durante su estancia como personal del área Socio-Laboral en el Centro de Tratamiento Especializado para Adolescentes.

Con las declaraciones de Marco, obtuvimos fechas, lugares, nombres, fuentes de información y el modo de llegar a ellas. Cuando ingresamos a la Comunidad “Dr. Alfoso Quiroz Cuarón”, en calidad de “ayudantes del colectivo que construía un alebrije”, pactamos las primeras entrevistas con los adolescentes.

Posteriormente, tramitamos los permisos para ingresar el equipo de grabación y poder registrar las entrevistas de quienes habían aceptado. Una vez capturadas en audio y video las declaraciones de los participantes, procedimos a transcribir, seleccionar y organizar la información en distintos temas, para decidir qué debía ser contado.

Una vez ordenados los materiales obtenidos a través de las diversas visitas a los Centros Especializados de San Fernando y “Dr. Alfonso Quiroz Cuarón”, identificamos las tres directrices que conformarían la investigación:

En el capítulo *Los procesos de San Fernando*, reseñamos las diversas legislaciones que se han implantado en materia de menores infractores en el Distrito Federal. Aquí se exponen los avances obtenidos en el sistema de reinserción y los métodos para lograrlo; en los últimos años, la educación, el arte y el deporte tienen un rol importante.

Los relatos narrados en el capítulo *El Taller ACCA: descubrimiento social y artístico* no sólo muestran, en un primer plano, la situación de los jóvenes implicados, sino como escenario de fondo, se vislumbran las condiciones en que actualmente viven los adolescentes en México. Las semblanzas corroboran el rezago educativo en que vivimos, en comparación con otras naciones del mundo; índices de pobreza y desempleo que le cierran la puerta al crecimiento personal y profesional de niños y jóvenes, quienes han encontrado en el crimen organizado una salida fácil, aunado a su procedencia de hogares desintegrados y de una

cultura individualista –introyectada bajo bombardeo mediático– promotora de un estilo de vida inalcanzable para ellos.

Por último, *Los ACCA de San Fernando* cuenta la historia del taller –desde su inicio, a finales del 2008, hasta su desaparición, en 2010–, un espacio donde las pistolas descargaban pintura e ingenio, no pólvora. En este apartado retomamos las voces de ocho de sus integrantes más sobresalientes, aquéllos que encontraron en el arte una forma de expresión y, donde descubrieron habilidades desconocidas para ellos hasta antes de su ingreso a la Comunidad.

No referimos su historial delictivo ni hacemos la crónica de su comportamiento fuera de la ley, procuramos mostrar su talento, su capacidad para advertir que, con el mismo ingenio utilizado para planear un robo, un secuestro, vender droga o escapar de las autoridades, también fueron capaces de crear obras artísticas y artesanales que les brindaron el reconocimiento social que tanto anhelan.

Los procesos de San Fernando

“La Corre” de San Fernando ahora una Comunidad de Tratamiento Especializado para Adolescentes

Dentro de los 312 kilómetros cuadrados que conforman la Delegación Tlalpan, la más grande del Distrito Federal, en el número 1 de la avenida San Fernando se encuentra ubicada la Comunidad de Tratamiento Especializada para Adolescentes, lugar destinado para el internamiento de menores de entre 12 y 18 años en conflicto con la ley.

No siempre se llamó así, a lo largo de sus más de 100 años la han rebautizado con distintos nombres según las leyes y paradigmas penitenciarios aunque, en su interior, las historias que se viven y cuentan siempre están relacionadas con delitos, encierro y adolescentes.

En 1877, durante el mandato de Porfirio Díaz, la Secretaría de Gobernación estipuló que los establecimientos correccionales, uno de ellos la Escuela de Educación Correccional de Agricultura Práctica en Coyoacán, fundada desde 1841, quedaban a cargo de la Dirección de Beneficencia Pública. Para 1880, la misma secretaría expidió un reglamento de seis capítulos donde mencionaba que dicha escuela tendría como objetivo corregir a los jóvenes, a quienes se les daría la enseñanza práctica de la agricultura.

Años después, en 1908, la escuela fue trasladada al entonces municipio de Tlalpan, a un lado de las vías del tranvía de tracción animal, porque se consideró que tenía las condiciones necesarias: amplitud y aislamiento. La superficie del terreno era de 40 kilómetros cuadrados, gran parte dedicada al cultivo. Al centro, se construyó un edificio para oficinas y el alojamiento de los adolescentes. Estas instalaciones, con el tiempo, serían conocidas como “La Corre de San Fernando”.¹

A *La Corre* llegaban menores por distintos motivos, algunos los llevaban sus padres para que tuvieran alimento seguro, otros eran llevados por algún robo, riña o asesinato, sin embargo, no había un método específico para conocer los motivos por los que un joven o niño era llevado a la Escuela Correccional.

¹ Elena Azola, *La institución correccional en México: una mirada extraviada*, pp. 45 y 48.

Fue hasta 1926 cuando el doctor Roberto Solís Quiroga, inspector de las Escuelas Penitenciarias, mencionó, en una visita, que se ignoraba el porqué habían llegado los niños y jóvenes a ese lugar.²

Para resolver ese vacío, en ese mismo año se fundó el Tribunal para Menores, con el objetivo de conocer a través de un método científico el motivo por el que los jóvenes llegaban a la Escuela Correccional. En ese momento se empezó a detectar que los menores necesitaban atenciones diferentes o “especiales” a través de un tratamiento, y se les consideró personas moldeables. La limitante del Tribunal era que sólo podía juzgar a los menores de 16 años cuando cometían faltas administrativas pero, si se trataba de delitos, eran juzgados por las autoridades comunes.

A partir de la implementación de las nuevas leyes, se empezó a entender que los menores eran sujetos que requerían una atención especializada y, para 1947, resultado de las modificaciones y paradigmas, la Correccional dejó su nombre para cambiar a Escuela de Orientación para Varones, nombre que mantuvo por muchos años.³

En 1985, la Escuela de San Fernando ya no era la única institución dedicada al internamiento de adolescentes, probablemente sí la más conocida entre las escuelas de tratamiento, consecuencia de su numerosa población, peligrosidad y su personal, lo que la llevó a adquirir el adjetivo de “difícil”, que hasta ahora conserva.

Durante ese año se decidió fusionar instituciones por ello, la Escuela Hogar que contaba con una población de aproximadamente 100 internos, se trasladó a las instalaciones de Tlalpan, donde ya habitaban cerca de 250 muchachos. Para atender las nuevas necesidades, el inmueble sufrió algunas obras de acondicionamiento.

“El edificio quedó dividido en tres patios. En el primero quedaron situados los muchachos de orientación, es decir, los que tenían de 15 a 18 años. En el segundo, los de Escuela Hogar de 8 a 14 y, en el tercero, que era el más pequeño, aquellos que eran clasificados como ‘peligrosos’ o ‘multirreiterantes’”.

² *Ibídem*, p. 54.

³ *Ibídem*, p. 75.

Cada patio contaba con dos pisos.⁴ Desde entonces, los adolescentes internos conocen los patios y las características de quienes los habitan.

No hubo otro acondicionamiento o modificación significativa en las instalaciones de San Fernando hasta el 2008, cuando la Subsecretaría del Sistema Penitenciario, dependiente de la Secretaría de Seguridad Pública Federal, entregó la custodia de los centros a la administración del Gobierno del Distrito Federal, como parte de la nueva *Ley de Justicia para Adolescentes para el Distrito Federal*, publicada un año antes.

Los centros donde se “rehabilitaban” cerca de 2 mil 800 menores, entre ellos el de San Fernando, fueron entregados al Gobierno del Distrito Federal a las 8:30 horas del 6 de octubre de 2008, mismo día que entró en vigor la nueva legislación. Cuando la administración capitalina recibió el edificio de entonces cien años, coloquialmente llamado Tutelar para Menores y oficialmente Centro de Tratamiento para Varones,⁵ detectó un cúmulo de deficiencias: instalaciones poco adecuadas para recibir a los adolescentes, bardas rayadas, poca luz, falta de agua y ventanas destruidas.

Por tal motivo, destinó 10 millones de pesos para el mejoramiento de las instalaciones del inmueble y realizó un cambio de losas, plafones, rejas, azulejos, estufas, puertas y la creación de áreas para encuentros con los defensores de oficio, visitas y aulas para la ahora llamada Comunidad Especializada de Tratamiento para Adolescentes.

El vetusto edificio conserva el objetivo por el cual se levantó en 1908, mantener en resguardo, ahora internamiento, a quienes transgreden leyes o que no mantienen un comportamiento en armonía con las reglas sociales.

Actualmente, a los menores ya no se les considera delincuentes, sino adolescentes en conflicto con la ley, y ya no son juzgados como adultos debido a que la Constitución lo prohíbe.

⁴ *Ibídem*, p. 234.

⁵ Bertha Teresa Ramírez “Arranca hoy el nuevo sistema de atención a menores infractores”, *La Jornada*, día 6 de octubre de 2008.
<http://www.jornada.unam.mx/2008/10/06/index.php?section=capital&article=037n1cap>

Entrar a San Fernando aún deja la sensación de ingresar a una “cárcel para niños”, al tocar la puerta metálica del lugar, señalado con el número 1 de la avenida, se abre una ventana enrejada, de aproximadamente 25 centímetros, que permite ver los ojos del guía que siempre pregunta ¿qué se le ofrece?

Después de mostrar un oficio e identificación, traspasas las bardas bicolores terminadas con alambre de púas, para después ser revisado de pies a cabeza, con técnica manual en busca de celulares, droga, alimentos o algún utensilio no permitido.

Luego de pasar aduana, se queda uno inmerso en el territorio dividido por rejas y, en cada una de ellas, se encuentra de pie un guía que funge como vigilante; a lo lejos se vislumbran amplios espacios de pasto; al bajar la mirada destaca el piso agrietado donde caminan los adolescentes que, en su mayoría, visten playera blanca y pantalón de mezclilla azul y con corte a rape.

En esas instalaciones no sólo quedan recuerdos de las antiguas leyes federales, aún existen prácticas heredadas entre autoridades y jóvenes por lo que la siguen llamando “La Corre de San Fernando”.

Programa de Atención Comunitaria Integral para Adolescentes (ACIA), implementado por la Dirección General de Tratamiento para Adolescentes

El artículo 18 de la *Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos* expone sobre la privación de la libertad, la cual sólo será aplicada cuando un delito lo merezca y, con la reforma hecha al párrafo dos el 10 de octubre de 2011, también obliga a que esta privación se realice con respeto a los derechos humanos y brindando capacitación, salud y educación al sentenciado para reinsertarlo a la sociedad.

Párrafo 1. Sólo por delito que merezca pena privativa de libertad habrá lugar a prisión preventiva. El sitio de ésta será distinto del que se destinare para la extinción de las penas y estarán completamente separados.

Párrafo 2. El sistema penitenciario se organizará sobre la base del respeto a los derechos humanos, del trabajo, la capacitación para el mismo, la educación, la salud y el deporte como medios para lograr la reinserción del sentenciado a la sociedad y procurar que no vuelva a delinquir, observando los beneficios que para él prevé la ley. Las mujeres compurgarán sus penas en lugares separados de los destinados a los hombres para tal efecto.⁶

En el caso de los adolescentes, las leyes que consideran un trato integral o especializado para los menores de edad y que permiten entender la situación actual que evita que sean juzgados bajo las leyes comunes de los adultos en el Distrito Federal, data alrededor de 170 años, con la fundación de la Correccional para jóvenes delincuentes.

En 1841, Miguel Eduardo Goroztiza, filántropo y director del Teatro Principal de México, propuso y fundó la Correccional para jóvenes delincuentes, donde se les impartía educación religiosa y se les enseñaba a leer, escribir, contar y un oficio. Mariano Otero, abogado y político mexicano, estaba convencido de que en esa institución, los jóvenes, en lugar de ser abandonados a la corrupción, recibirían una buena educación para a ser ciudadanos de bien.

Treinta años después, consecuencia de las Leyes de Reforma, se creó el Código Penal de 1871, que estableció, en su artículo 34, la exclusión de responsabilidad penal a niños de 9 a 14 años considerando:

V. Ser menor de 9 años

VI. Ser mayor de 9 años y menor de 14 al cometer el delito, si el acusador no probase que el acusado no obró con el discernimiento necesario para conocer la ilicitud de la infracción.⁷

Los mayores de 14 años siguieron siendo juzgados como adultos.

Para marcar diferencia en el sistema preventivo, el artículo 157 del mismo código estableció que la reclusión de los menores debía ser en instancias de educación correccional, y para ello se crearon las Casas Correccionales de Menores en Tepepan.

⁶ *Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos*, Artículo 18, p. 35.

⁷ Raúl Carranza y Trujillo, *Derecho Penal Mexicano*, p. 116.

Otro avance significativo se dio en el año de 1928, con la *Ley sobre Prevención de la Delincuencia Infantil en el Distrito Federal*, conocida como Ley Villa Michel, en la que destacaba la ausencia de responsabilidad penal de los menores de 15 años.⁸

Es hasta el año de 1929 cuando se implementó un campo penitenciario correccional formal y se creó el *Reglamento para la Calificación de los Infractores Menores de Edad en el Distrito Federal*, que dio origen al Tribunal Administrativo para Menores y que aumentó la edad de los 14 a los 16 años.

Para la década de los setenta se modificó nuevamente la ley, que consideró normas para la “readaptación” de los menores y propuso la transformación de los Tribunales a Consejos Tutelares, con el objetivo de otorgar tratamiento al menor y no una sanción punitiva, además de elevar la edad a los 18 años. Esta legislación se llamó *Ley que Crea los Consejos Tutelares para Menores Infractores* y entró en vigor el mes de septiembre de 1974.

*El Consejo Tutelar para Menores tiene por objeto promover la readaptación social del los menores de dieciocho años..., mediante el estudio de la personalidad, la ampliación de medidas correctivas y de protección y la vigilancia del tratamiento.*⁹

El 24 de diciembre de 1991 se publicó, en el Diario Oficial, la *Ley de Tratamiento para Menores Infractores*. En ésta se concretaron y perfeccionaron artículos que desde tiempo atrás se encontraban en discusión y planeación, como mantener la edad de menos de 18 años para considerar que son menores, continuar con la ejecución de juicios y penas en lugares especializados, tener personal calificado para la vigilancia de la medida del infractor, además de un tratamiento de educación, formación ética y cultural en internación o externación.

El cambio más reciente que marcó la diferencia en el tratamiento de los menores infractores se dio a partir de diciembre de 2005, al publicarse en el Diario Oficial de la Federación la reforma al artículo 18 de la Constitución Política en el

⁸ Sergio, Ramírez, *Manual de prisiones: la pena y la prisión*, p. 675.

⁹ Diario Oficial de la Federación, *Ley que Crea los Consejos Tutelares para Menores del Distrito Federal y Territorios Federales*, 2 de agosto 1974.

párrafo cuarto y adicionados el quinto y sexto, donde es obligación llevar a cabo el establecimiento de un sistema integral de justicia para las personas que hayan realizado una conducta tipificada como delito por las leyes penales y tengan entre 12 y menos de 18 años.

Párrafo 4. La Federación, los Estados y el Distrito Federal establecerán, en el ámbito de sus respectivas competencias, un sistema integral de justicia que será aplicable a quienes se atribuya la realización de una conducta tipificada como delito por las leyes penales y tengan entre doce años cumplidos y menos de dieciocho años de edad, en el que se garanticen los derechos fundamentales que reconoce esta Constitución para todo individuo, así como aquellos derechos específicos que por su condición de personas en desarrollo les han sido reconocidos. Las personas menores de doce años que hayan realizado una conducta prevista como delito en la ley, solo serán sujetos a rehabilitación y asistencia social.

Párrafo 5. La operación del sistema en cada orden de gobierno estará a cargo de instituciones, tribunales y autoridades especializados en la procuración e impartición de justicia para adolescentes. Se podrán aplicar las medidas de orientación, protección y tratamiento que amerite cada caso, atendiendo a la protección integral y el interés superior del adolescente.

Párrafo 6. Las formas alternativas de justicia deberán observarse en la aplicación de este sistema, siempre que resulte procedente. En todos los procedimientos seguidos a los adolescentes se observará la garantía del debido proceso legal, así como la independencia entre las autoridades que efectúen la remisión y las que impongan las medidas. Éstas deberán ser proporcionales a la conducta realizada y tendrán como fin la reintegración social y familiar del adolescente, así como el pleno desarrollo de su persona y capacidades. El internamiento se utilizará sólo como medida extrema y por el tiempo más breve que proceda, y podrá aplicarse únicamente a los adolescentes mayores de catorce años de edad, por la comisión de conductas antisociales calificadas como graves.¹⁰

Como consecuencia de la reforma constitucional de 2005, el 14 de noviembre de 2007 se expidió de forma tardía –según lo estipulado por la reforma–, la *Ley de Justicia para Adolescentes para el Distrito Federal*. Esta ley se aplicó a partir del 6 de octubre de 2008, cuando el gobierno federal hizo entrega a

¹⁰ Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos, Artículo 18, p. 35.

la administración capitalina, la mayoría de las instalaciones donde se encontraban los adolescentes que cumplían una medida.

El objetivo de la nueva ley fue establecer un sistema integral de justicia para adolescentes, entre 12 años cumplidos y menos de 18 años de edad, que se les atribuyera una conducta tipificada como delito por las leyes penales del Distrito Federal, para lograr la reintegración social y familiar, así como el pleno desarrollo de su persona y capacidades, garantizando los derechos fundamentales que reconoce la Constitución, y a través de distintas medidas de orientación, protección y de tratamiento personalizado con una atención comunitaria integral.

En el capítulo I del título tercero de esta ley, se establecen las disposiciones generales de las medidas con las que serían atendidos los jóvenes. Éstas deben ser aplicables e individualizadas de acuerdo con la gravedad del delito, la edad del sujeto y sus condiciones externas, por lo que se establecieron tres tipos de medidas: de orientación, de protección y de tratamiento.

Las medidas tienen la función de lograr la reintegración social y familiar del adolescente, la valoración de la convivencia armónica, el respeto a las normas, además de brindar las bases fundamentales para el pleno desarrollo de sus capacidades.

Específicamente, las medidas de tratamiento están basadas en sistemas o métodos especializados con aportación de diversas ciencias, técnicas y disciplinas que retoman los tratados internacionales y se derivan de las leyes en la materia. En éstas es posible recurrir al internamiento durante el tiempo libre del adolescente o de manera definitiva en un Centro Especializado. Con ello se busca:

I. Lograr su autoestima a través del desarrollo de sus potencialidades y autodisciplina necesaria para propiciar en el futuro el equilibrio entre sus condiciones de vida individual, familiar y colectiva;

II. Modificar los factores negativos de su estructura biopsicosocial para propiciar un desarrollo armónico, útil y sano, éstos pueden consistir en asignarle un lugar de residencia determinado o disponer que se cambie del lugar en que reside, o prohibirle frecuentar determinados lugares o personas;

III. Promover y propiciar la estructuración de valores y la formación de hábitos que contribuyan al adecuado desarrollo de su personalidad obligándolo a matricularse y asistir a

un centro de educación formal o de aprendizaje de una profesión o capacitación para el trabajo;

IV. Reforzar el reconocimiento y respeto a las normas morales, sociales y legales, y de los valores que éstas tutelan; así como llevarlo al conocimiento de los posibles daños y perjuicios que pueda producirle su inobservancia;

V. Fomentar los sentimientos de solidaridad social, tolerancia, democracia; y

VI. Restauración a la víctima.¹¹

En el artículo 85 y 86 se consideran los tratamientos en ambos casos. El internamiento durante el tiempo libre se refiere a alojar al adolescente en un centro distinto al de internamiento definitivo, durante el tiempo que no asista a la escuela o al trabajo, y la medida no podrá durar más de seis meses. Las de privación de la libertad se deben realizar en los Centros Especializados en casos de delitos graves.

Art. 86 La medida de internamiento en centros especializados es la más grave prevista en esta Ley. Su duración deberá tener relación directa con los daños causados, sin poder exceder de cinco años y será determinada por el Juez conforme a los criterios establecidos por esta Ley, el Código Penal y otras leyes específicas con penas punitivas previstas en dichos ordenamientos legales.

Los centros de tratamiento brindarán a los adolescentes internos orientación ética y actividades educativas, laborales, pedagógicas, formativas, culturales, terapéuticas y asistenciales, así mismo deberán procurar en el adolescente el respeto de los derechos humanos y las libertades fundamentales de sí mismo y de los demás, así como promover la importancia de su reintegración en su familia y en la sociedad, mediante el pleno desarrollo de sus capacidades y de su sentido de responsabilidad.¹²

Se espera que con la implementación de tratamientos integrales e individualizados, que consideran las características de los internos, categorizados por su sexo, edad, grado de desintegración social, naturaleza y gravedad de la infracción, el adolescente logre:

¹¹ Gaceta Oficial del Distrito Federal, *Ley de Justicia Para Adolescentes Para el Distrito Federal*, Art. 83, s/p.

¹² *Ibíd*em, Art. 86, s/p.

- a) Satisfacer las necesidades básicas del adolescente;
- b) Crear condiciones para su desarrollo personal;
- c) Reforzar su sentido de dignidad y autoestima;
- d) Minimizar los efectos negativos que la sanción pueda impactar en su vida futura;
- e) Fomentar, siempre que sea pertinente, sus vínculos familiares;
- f) Incorporar activamente al adolescente en su plan individual del tratamiento de medidas.

La autoridad responsable debe integrar un expediente de ejecución de la medida de cada interno que contenga sus datos de identidad, conductas reiterantes, estudios técnicos interdisciplinarios, día y hora de inicio y de finalización de la medida, datos acerca de problemas de salud física y mental, que incluyan el consumo de drogas y de alcohol, y su Programa Personalizado de Ejecución.

Este último, así como sus modificaciones, están a cargo de la Dirección General de Tratamiento para Adolescentes (DGTA). Este programa comprende todos los factores individuales del adolescente que fueran relevantes para la ejecución de su medida, y contienen una descripción clara y detallada, tanto de los objetivos pretendidos y su aplicación, como de las condiciones y la forma en que ésta deberá ser cumplida por el adolescente.

El Programa Personalizado debe ser revisado cada seis meses e informar, tanto al adolescente como a sus familiares o representantes, los avances respecto a su aplicación.

Cuando el interno está próximo a obtener su libertad, se debe preparar con la asistencia de especialistas en trabajo social, psicología, psiquiatría o cualquier otro que sea necesario, y si se requiere, con la colaboración de los padres o familiares.

Las leyes en el ámbito de menores infractores siguen en constante cambio. Durante el mes de abril de 2014 se publicaron las últimas reformas hechas a la *Ley de Justicia para Adolescentes para el Distrito Federal*. Se reformaron 73 de los 125 artículos, se adicionaron 31 y se derogaron 10.

Entre los artículos modificados se encuentra el 5, donde se atribuye a un juez de lo familiar llevar el caso de menores de 12 años que cometan un delito, y queda prohibida su reclusión. El artículo 30 agrega el feminicidio, daño a la propiedad y el narcomenudeo como delitos graves que, de acuerdo al modificado artículo 87, podrán ser sancionados hasta con siete años en internamiento.

De los artículos adicionados resalta el 4 bis, que obliga a la separación de los adolescentes mayores de 18 años y de aquellos que ya hayan estado en un centro para adultos del resto de la población; el 12 bis obliga a la preparación de los policías que “deberán estar especialmente capacitados para trabajar con adolescentes”.¹³

Entre los 10 artículos derogados se encuentra el 18, el cual evitaba la aplicación de la *Ley contra la Delincuencia Organizada* en los adolescentes.

Los cambios a nivel federal se dieron el 27 de diciembre de 2012, cuando se expidió en el Diario Oficial de la Federación la *Ley Federal de Justicia para Adolescentes*, autorizada por la Cámara de Diputados, la cual entró en vigor dos años después de su publicación.

Actividades artístico-culturales en el proceso de reintegración social y familiar

Las escuelas correccionales tenían como base la implementación de prácticas religiosas. Cuando el clero es separado del Estado y éste comienza a tomar control, las actividades cambiaron a oficios de la época, entre los que se priorizó la crianza de animales y la agricultura, mismas con las que se fundó la Escuela Correccional de San Fernando.

¹³ Asamblea Legislativa del Distrito Federal, VI Legislatura, *Ley de Justicia para Adolescentes para el Distrito Federal*, Artículo 12 bis.
<http://www.aldf.gob.mx/archivo-102c072ba3aadbf6f952a4d2f77d5c1c.pdf>

La aplicación de estas actividades se mantuvo hasta la década de los setenta, cuando sólo los adolescentes provenientes del campo que ingresaban a la correccional las practicaban. Cuando estas tareas perdieron fuerza fueron sustituidas por nuevos talleres de oficios, como carpintería, electricidad y herrería.

En 1980, de acuerdo con los nuevos paradigmas de readaptación, se consideró la práctica del deporte y la recreación como elementos indispensables dentro del proceso, y se pidió a cada escuela de tratamiento que incorporara actividades de este tipo.

Debido a la poca o nula preparación del personal para trabajar con los jóvenes en tratamiento, en algunos casos, las escuelas se rigieron bajo un método de actividades físicas militarizadas, prácticas que se mantuvieron hasta el año 2008.

En el caso de las actividades culturales, los talleristas eran voluntarios que no contaban con los espacios y materiales necesarios para trabajar, fue hasta 1985 cuando éstos se volvieron obligatorios como parte de las medidas.

A partir de 2008, los menores en internamiento están obligados a realizar, al menos, una actividad ocupacional que complemente su reinserción a la sociedad, considerando sus habilidades y el derecho de realizar actividades físicas o de esparcimiento. Además, se hace énfasis en la importancia de la participación de su familia en este proceso, debido a que en muchas ocasiones es ejemplo y origen de la violencia que exponen.

Durante ese año, la DGTA creó el área de Cultura y Socio-Laboral, en las cuales se incluyeron talleres como: Gastronomía, Dibujo Técnico, Serigrafía, Carpintería, Cómputo y Encuadernación, este último se convertiría en el Taller de Arte y Cultura de la Comunidad para Adolescentes (ACCA) de San Fernando.

Paralelamente, la Secretaría de Cultura del Distrito Federal organizó sesiones para las Comunidades en las que se fomentaba la lectura, la práctica de la fotografía, pintura, danza y teatro, entre otras.¹⁴

¹⁴ Notimex, "Arte y cultura favorecen el desarrollo de los menores infractores", *El Universal*, 29 de diciembre de 2011.

<http://www.eluniversal.com.mx/notas/819208.html>

A diferencia de los años setenta, actualmente la ley obliga a que todo el personal que interactúe y sea ejecutor de la medida del adolescente debe ser competente y tener conocimientos especializados en la disciplina que imparta, además de contar con experiencia en el trato con ellos.

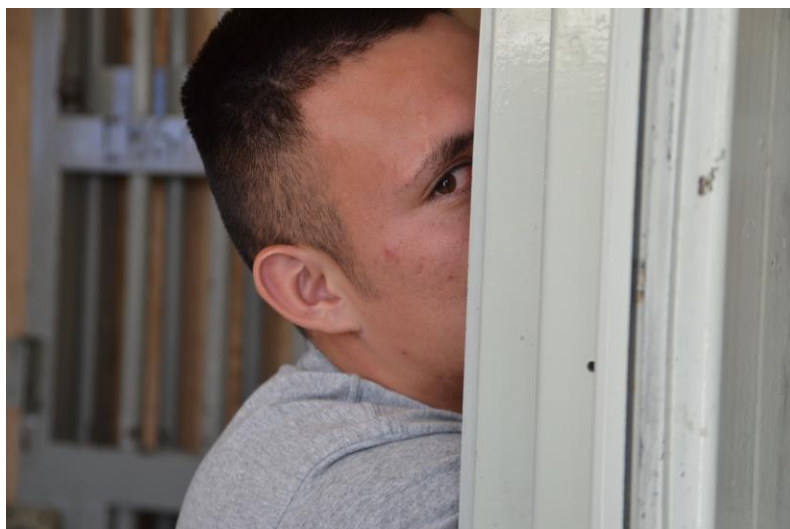
Comunidad Especializada para Adolescentes “Dr. Alfonso Quiróz Cuarón”



Uno de los nueve tatuajes que *Layon* tenía en febrero de 2012, cuando se le entrevistó.



Un signo más de la religiosidad de los jóvenes



Chagoya cumplió con una “medida” de cuatro años y medio



Las muestras de cariño de sus familiares forman parte de la decoración de sus estancias

Cobijas con dibujos infantiles sirven como tapiz de las paredes y camas. Los artículos de aseo personal son objetos de alto valor.



La entrada a las estancias de la Comunidad "Dr. Alfonso Quiroz Cuarón" está precedida por regaderas



La vida diaria de los adolescentes transcurre entre el aseo de los espacios colectivos, personales y las pláticas de pasillo.



En “Quiróz Cuarón” hay horarios de comida establecidos, y los adolescentes pueden llevar sus alimentos a cualquier espacio.



Para entretenerse, ven películas que sus familias les llevan en las visitas.

Las comunidades cuentan con infraestructura deportiva elemental





En “Quiroz Cuarón” también tienen juegos de mesa bajo la supervisión de una trabajadora social o psicóloga



Los guías son los acompañantes de la vida diaria de los adolescentes

El Taller ACCA:

descubrimiento social y artístico

Esbozo de las condiciones sociales que viven los jóvenes en México

El discurso del gobierno Federal indica que los índices delictivos y de violencia van a la baja. Enrique Peña Nieto, presidente de México, presumió en su Segundo Informe de Gobierno, el 1 de septiembre pasado, que de septiembre de 2013 a julio de 2014, su gestión desarticuló 20 células delictivas y detuvo a 192 presuntos integrantes de la delincuencia organizada. Además, que delitos como el homicidio, secuestro, robo y extorsión han presentado una disminución considerable.

Lo cierto es que el día a día de millones de mexicanos demuestra lo contrario, la percepción de violencia e inseguridad sigue latente entre los pobladores, a pesar de que los medios masivos de comunicación han dejado este tema de lado y se han concentrado en el análisis de las reformas estructurales aprobadas en los últimos meses.

La realidad contrasta las cifras oficiales. La pobreza, la falta de educación de calidad en todos los niveles y de oportunidades de desarrollo social afectan a millones de familias y, con ello, a los niños, adolescentes y jóvenes que padecen la desigualdad, crecen en hogares pobres, violentos, disfuncionales y sumergidos en contextos inseguros y permeados por el crimen.

En los últimos años, el bono demográfico con el que cuenta el país no ha sido aprovechado. Según el Consejo Nacional de Población (Conapo), éste es el fenómeno de transición demográfica en el que el número de población trabajadora es mayor al dependiente (niños y adultos mayores), por lo que se generaría crecimiento económico y bienestar social para la población nacional, al aprovechar la capacidad productiva de los jóvenes en los distintos rubros y actividades formales de la economía nacional.

Lo cierto es que, en 2013, se revelaron datos que demuestran que este sector tiene escasas oportunidades de desarrollo profesional y de inserción laboral, de los 463 mil empleos formales que se generaron en todo el país, sólo el

16.4 por ciento correspondieron a jóvenes de entre 15 y 29 años, 56.6 por ciento menos que 2012, según datos del Instituto Mexicano del Seguro Social (IMSS).

México, según el reporte *Panorama de la Educación 2014*, revelado por la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE), se mantiene entre las cinco naciones, afiliadas a este organismo, con mayor número de población que no estudia ni trabaja, es decir el 22 por ciento, sólo 0.5 por ciento menos que 2010.

Aunado a esto, el Estado tampoco garantiza puestos de trabajo que generen ingresos acordes con los gastos para la manutención de un hogar. Según datos de la OCDE, publicados en mayo pasado, más del 18.5 por ciento de la fuerza laboral no gana lo suficiente para cubrir sus necesidades básicas,¹ el salario mínimo es rebasado por el costo diario de la vida y, 67.29 pesos para la zona A, que incluye a la capital del país y, 63.77 para la zona B, no alcanzan para los gastos familiares que en promedio suman 33 mil 746 pesos trimestrales.²

Como consecuencia se ha desbordado la ocupación informal, en el país, entre el 40 y 60 por ciento de la mano de obra trabaja en alguna actividad sin seguridad social y prestación alguna, muchos de ellos jóvenes.

La pobreza también permea a quienes están en edad productiva, entre los 15 y 64 años, en 2010, 27.5 millones de ellos estaban en esta condición y, para 2012, la cifra aumentó a 28.2 millones, según la *Medición de Pobreza 2012* del Consejo Nacional de Evaluación de la Política de Desarrollo Social (Coneval).

En otro estudio realizado el mismo año, presentado por el Coneval y la UNICEF,³ se indica que el 53.8 por ciento de la población en México que tiene entre cero y 17 años de edad presenta carencias en vivienda, seguridad social, salud y alimentación.

¹ Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE), *Todos a bordo: haciendo posible el crecimiento incluyente*.

² Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI), *Encuesta Nacional de Ingresos y Gastos de los Hogares (ENIGH)*.

³ Fondo para la Infancia de las Naciones Unidas (Unicef), Consejo Nacional de Evaluación de la Política de Desarrollo Social (Coneval), *Pobreza y Derechos Sociales de niñas, niños y adolescentes en México 2010-2012*.

Por su parte, el académico de El Colegio de México, Julio Boltvinik, asevera que no sólo 53.3 millones de mexicanos viven en pobreza, como afirman cifras del 2012 del Coneval, sino que ocho de cada 10 habitantes del país, es decir, más de 97 millones, padecen este flagelo, sobre todo en las zonas urbanas.

A estos factores se suma la educación, derecho social de todos los mexicanos estipulado por la Constitución. Según el Instituto Nacional para la Evaluación de la Educación (INEE), el acceso a ésta:

*“produce resultados sociales como una mayor participación ciudadana, un cuidado más responsable del medio ambiente; mayor productividad, mejores empleos y salarios (...) el derecho a la educación combate de lleno la inequidad y permite la construcción de sociedades progresivamente menos desiguales, más justas, participativas y democráticas”.*⁴

También revela la exclusión en el sistema escolar en el ciclo 2012-2013 de niños de tres años y adolescentes de 13 a 17. *“En números absolutos, poco menos de 4.8 millones de niños de entre 3 y 4 años y entre 13 a 17 años no se inscribieron a la escuela; de ellos casi la mitad tenía 3 o 17 años de edad”.*⁵

En cifras de la OCDE, sólo el 53 por ciento de los jóvenes de 15 a 19 años están inscritos al bachillerato, y del total de la población de 20 años que está en edad de cursar una licenciatura, únicamente el 30 por ciento lo hace.⁶

Además de las trabas que existen para ingresar al sistema escolar, al país lo aqueja un profundo problema de deserción, lo que ha generado, hasta diciembre de 2013, 32 millones de personas mayores de 15 años con rezago educativo, es decir, son analfabetas o no concluyeron la primaria o secundaria, según información del Instituto Nacional para la Educación de los Adultos (INEA).

El panorama es gris: pobreza, falta de educación, de empleo, violencia, sin sumar otras necesidades insatisfechas inherentes al ser humano, como el acceso a la cultura, el arte y el esparcimiento, las cuales quedan en último plano ante las problemáticas inmediatas que enfrentan los jóvenes mexicanos.

⁴ Instituto Nacional para la Evaluación de la Educación (INEE), *Derecho a una Educación de Calidad. Informe 2014*, p. 10.

⁵ *Ibidem*, p. 20.

⁶ Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE), *Reporte Panorama de la Educación 2014*.

Según cifras de la Dirección General de Tratamiento para Adolescentes (DGTA), los aproximadamente 230 internos de la Comunidad de Tratamiento Especializado para Adolescentes (CTEA) de San Fernando son sólo una muestra del resultado de la vulnerabilidad en la que se encuentra la juventud en México.

En los patios deambulan adolescentes que, en sus rostros, reflejan esta realidad, pobreza en todos los sentidos, no sólo material. Son jóvenes excluidos en una sociedad que les cierra las puertas.

El rol del arte para los jóvenes de la Comunidad de Tratamiento Especializado para Adolescentes

Los adolescentes que se encuentran internos en alguna Comunidad de la Dirección General de Tratamiento para Adolescentes (DGTA) son, en su mayoría, chicos que dejaron de estudiar para iniciarse en algún trabajo informal o en el mundo del crimen.

Forman parte del 5.3 por ciento de estudiantes de secundaria, del 20.8 de profesionales técnicos y del 13.9 de bachilleres que desertaron del sistema educativo de 2012 a 2013, según datos de INEGI.

Ante las escasas oportunidades de adquirir conocimientos en matemáticas, español, historia, civismo, entre otras materias, el arte o diversidad artesanal existente en el país son tópicos que quedan en segundo plano para los jóvenes internos, quienes sólo han tenido contacto con estos temas gracias a las visitas a museos que formaban parte de sus tareas en el exterior, aunque en realidad no eran un tema de interés en su círculo social.

Llegan como terreno fértil a las comunidades, donde la educación, según la DGTA, es el eje del programa para su reinserción. Sus conocimientos son casi nulos en cuestiones artísticas y artesanales, y su vocabulario es reducido para expresar sus aprendizajes, no obstante, su ánimo de crear e inventar es el punto de fuga para sus emociones reprimidas por el encierro.

La *Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos* decreta que el Estado, además de impartir la educación básica obligatoria, promover y atender la educación inicial y superior, debe apoyar la investigación científica y tecnológica y alentar el fortalecimiento y difusión de la cultura.

El mismo *Plan de Estudios de Licenciatura en Educación Básica*, de la Secretaría de Educación Pública (SEP), incluye cursos de educación artística para los docentes con el objetivo de “desarrollar la expresión, sensibilidad, percepción y creatividad de los alumnos”.⁷

Según lo estipulado por el programa de las asignaturas de Educación Artística y Artes en educación básica, los niños que aplican el curso adquieren conocimientos y habilidades propias de las artes visuales, expresión corporal y danza, música y teatro, lo que les permite desarrollar su pensamiento artístico, además de que aprenden a valorar la diversidad y riqueza del patrimonio artístico y cultural a través de su descubrimiento y experimentación.

Esto es el deber ser, no la realidad. A las cifras de deserción escolar se suman las de falta de infraestructura elemental en las escuelas: el 25 por ciento de los planteles de educación básica del país se ubica en instalaciones adaptadas para dar clases, no en inmuebles construidos con un fin educativo; el 15 por ciento no tiene sillas para los alumnos; una de cada 10 carece de pizarrón; el 40 por ciento padece la falta de computadoras y el 61 por ciento no tiene internet. Aunado a los problemas de drenaje, ausencia de baños, salidas de emergencia, luz eléctrica, entre otros.⁸ Todo esto es prioridad para resolver antes que adquirir instrumentos musicales, materiales para implementar actividades de artes visuales o realizar obras de teatro, aunque su importancia sea invaluable, como lo dictan los planes de estudio.

El panorama no es alentador, los adolescentes que se encuentran reclusos en la CTEA de San Fernando son resultado de la combinación de estos factores, además, si sumamos que muchos de ellos pertenecen a familias disfuncionales,

⁷ Secretaría de Educación Pública, *Educación artística (música, expresión corporal y danza). Plan de Estudios 2012*, s/p.

⁸ Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI), *Censo de Escuelas, Maestros y Alumnos de Educación Básica*.

con padres analfabetas o sin educación esencial, que no cuentan con recursos para experimentar el esparcimiento en teatros, cines, museos o galerías de arte, la bomba de tiempo termina por explotar.

La llegada del nuevo maestro: Marco González

Con la entrada en vigor de la *Ley de Justicia Para Adolescentes Para el Distrito Federal*, el 6 de octubre de 2008, un nuevo taller se implementó en la CTEA de San Fernando y, con él, el maestro Marco González inició una etapa profesional distinta a la que estaba acostumbrado.

Diseñador gráfico y con formación en artes visuales, trabajó por 15 años en los medios audiovisuales, consultoría creativa y desarrollo de campañas publicitarias. Su vocación lo llamó nuevamente y llegó al Museo de Arte Popular (MAP) para la capacitación y formación artística del público y artesanos, con la aplicación de técnicas y materiales para disciplinas como pintura y escultura, además de trabajar con papel.

En noviembre de 2008 inició actividades en San Fernando como tallerista del área Socio-Laboral, un nuevo reto en su carrera. Se identificó de inmediato con los adolescentes, arribó con el ánimo de divertirse con ellos y ayudarlos en su formación y reinserción social.

La propuesta inicial de las autoridades de la comunidad era que impartiera dos clases a la semana de 9 de la mañana a 12 de la tarde durante tres meses. La organización apenas estaba gestándose debido al cambio de ley, no había orden, se generó un intento de motín y la realidad fue completamente distinta a lo planteado al principio.

Hubo un tiempo donde el trabajo se volvió diario, de ocho a 10 horas, más las guardias de los fines de semana y las nocturnas. Marco generó un vínculo con los adolescentes y se quedó por casi dos años con ellos, aunque las condiciones laborales no eran favorables.

Cuando llegó al centro no había un programa de trabajo establecido, sólo le entregaron un espacio de aproximadamente 50 metros de largo por 20 de ancho, muy alto, lleno de goteras, basura y ratas. Le indicaron que tenía que dar capacitación a los jóvenes, las autoridades conocían que su fuerte eran las ramas artesanales y, en especial, la encuadernación.

Fue entonces que propuso el proyecto del Taller de Encuadernación, Elaboración y Manipulación de Papel, con el objetivo de no sólo rescatar la actividad de encuadernar, sino fomentar el reciclaje y el uso del papel para realizar diversos objetos como papalotes, esculturas, entre otros.

Ese taller perduró hasta octubre de 2009. En ese transcurso, el sistema penitenciario, según su testimonio, no asignó presupuesto alguno para que se llevaran a cabo las actividades del grupo y, a través de sus contactos y su bolsillo, consiguió el material para arrancar actividades. El papalote que ganó el tercer lugar en el Concurso de Papalotes Monumentales del MAP, en febrero de 2009, a tres meses de su llegada, fue resultado de donaciones, desde el papel, hilo y transporte.

Las actividades se empezaron a popularizar entre los internos. Él y las familias de los alumnos fueron los principales proveedores del material para realizar las libretas, hasta que llegó el momento en que la encuadernación quedó rebasada ante el ánimo de experimentar otras ramas artesanales por parte de los jóvenes. Ya no les interesaba, no les gustaba y no la entendían, en su vida habían tomado un cuaderno o un libro. Entonces, un día, Marco le dio un giro total al taller.

Implementó actividades que involucraban materiales como popotillo de escoba, papel de china, aluminio para repujado, papel maché y hoja de maíz. Los jóvenes se identificaron y empezó a generarse más demanda en la Comunidad.

La clase impartida por Marco encontró un nuevo método de trabajo. Cuando comenzaron los talleres, en noviembre de 2008, los profesores de gastronomía, dibujo técnico, serigrafía, carpintería, cómputo y encuadernación, se repartían a

los alumnos de toda una Sección;* la rotación hacía que sólo asistieran una vez a la semana, durante dos horas, a tomar la clase con él. Después, propuso no dividir la repartición por Secciones para que los jóvenes de todo un Patio escogieran el taller a tomar, lo que fue difícil: las rencillas entre internos de una Sección y otra eran fuertes y podían provocar conflictos.

A través de este sistema, Marco logró que los jóvenes de distintas Secciones y Patios, enemigos en San Fernando, se convirtieran en amigos dentro de su taller, se apoyaban mutuamente y compartían información. Fue difícil sobrellevar las barreras del área de seguridad y los trámites administrativos, logró trabajar, incluso, con grupos de 20 o más adolescentes, sin guías a su resguardo.

Con un nuevo nombre, Taller de Arte y Cultura de la Comunidad para Adolescentes (ACCA) de San Fernando, la libertad, aunque fuera en un espacio de cuatro por cuatro, se respiraba, los chavos demandaron incluso, hacer grafiti.

Según declaraciones de Marco, en esta zona “no sólo se trabajaba con los materiales, además les enseñaba el origen de las actividades, quién las había inventado, sobre el origen de las materias primas, cómo se preparaban, cuándo estaba bien hecho un engrudo, cuándo se arruinaba el papel y se tenía que desechar y por qué, empezaron a tratar más los procesos”. Hablaron también de arte, elaboraron escenografías, fotografías e incluso idearon historias para cortometrajes.

Realizaron dos murales, de los cuales, hasta junio de 2012, uno prevalecía en el espacio del taller; también trabajaron diversos proyectos de cartonería monumental.

Marco, como él mismo lo dice, les “soltó la rienda”, cualquier joven trazaba, dibujaba y pintaba. No había discurso previo, sólo los guiaba durante el proceso, se resolvían las situaciones con el material existente y, durante el trabajo, hablaban del contexto cultural de sus creaciones, además de cómo podrían

* Dentro de la CTEA de San Fernando existen tres Patios, en los cuales hay cierto número de Secciones, según el espacio del inmueble. En cada Sección hay un grupo de jóvenes que comparte dormitorio.

implementar esas actividades en su día a día, para demostrarles que lo que hacían y creaban tenía una función.

Cuando se consolidó el Taller ACCA se unió una nueva maestra, Yolotzin, quien pertenecía al área de Cultura y no tenía un lugar definido para trabajar, visitaba a los jóvenes en sus Patios, salía con ellos a las áreas verdes y realizaban manualidades con chaquira, papel, entre otros materiales. Como parte del área Socio-Laboral, el Taller de Marco estaba obligado a cumplir con horarios, espacios, entregar reportes al juez de cada joven y las diversas formalidades del sistema.

Las autoridades fusionaron los dos talleres, compartieron el lugar y generaron grupos más grandes. Con el tiempo, surgieron conflictos por el orden, limpieza y puntualidad, parámetros que Marco había establecido y que Yolotzin y sus adolescentes no cumplieron, según palabras de González.

Antes, se había generado una dinámica de trabajo y cooperación, donde las responsabilidades eran asumidas por los jóvenes y el profesor. La limpieza era iniciativa de los internos, mantener recogido, los materiales en su lugar, barrer, entre otras actividades, nacían de ellos con el objetivo de generar una adecuada relación laboral.

Entre los jóvenes comandados por Yolotzin y los dirigidos por Marco comenzó a haber desacuerdos por esta situación, al punto de generar violencia, por lo que el profesor optó por dividir el espacio, pusieron rejas y levantaron una muralla entre los talleres. Cada quien obtuvo su lugar, sus materiales y su grupo.

Cuando todo regresó a la normalidad, existió un ambiente cordial en el que el principal objetivo era trabajar, crear y aprender. Además, Marco siempre buscó recompensar el esfuerzo, al final de cada gran proyecto reforzaban los lazos de amistad y confianza con una comida especial a la que asistían los padres de familia, amigos y novias de los internos. Además, cada que podía, ingresaba refrescos, café, pan y botanas.

El interés de los adolescentes por participar era aún mayor, su asistencia les favorecía en sus notas de evolución y reporte al juez, lo que podía ayudarlos para lograr una liberación anticipada. Con el tiempo eso fue secundario, era más importante el ambiente que se había generado entre ellos.

Durante las jornadas de trabajo, hubo momentos en que el personal de seguridad, ex policías bancarios, retrasó la llegada de los materiales.

“Tenían una visión muy cerrada y retenían la materia prima, lo que nos impedía trabajar por meses”, afirmó Marco.

Todo aunado al poco apoyo de las autoridades de la comunidad, no había dinero para comprar material y los jóvenes seguían asistiendo al taller, lo que generó diversos problemas e, incluso, la renuncia de Marco.

Después de un mes de ausencia, las autoridades lo llamaron de nuevo para retomar sus actividades, en abril de 2009, con la promesa de un aumento salarial, que llegó en junio, no como él lo esperaba.

El trabajo de los jóvenes que pertenecían al taller empezó a sobresalir en los eventos de la comunidad, donde se mostraban sus avances frente a los padres de familia. Se exhibían trabajos de diversas ramas artesanales, poco a poco crecieron en cantidad y la calidad fue en ascenso.

Los chavos iban al ACCA para sentirse muy *acá*. Aprendieron técnicas, pasos, procesos y reglas, entre ellos se ayudaban para mejorar en sus creaciones diarias. Se volvieron experimentados y Marco delegaba en ellos, por ejemplo en *Memín* y *Furcio*, la tutoría de los adolescentes que se integraban al pasar de los meses. Cada uno era bueno en algo, eran los segundos al mando según su especialidad. El maestro *Erny* era el segundo de Marco en herrería, *Memín* lo era en cartonería, *Cejas* en repujado, *Furcio* era su mano derecha en todo, le tenía mucha confianza.

La moneda de cambio dejó de ser la violencia, ahora el que tenía el poder era el mejor preparado y el que sabía más, no el más fuerte.

Participar en diversos concursos fue una iniciativa por la que Marco apostó para hacer trabajar más arduo al grupo, además de que tuvieran confianza en que su trabajo tenía nivel para competir.

Después empezaron a darse a conocer, los entrevistaban en televisión, publicaban sus historias en los periódicos. Su esfuerzo se convirtió en logros y así aprendieron que sólo el trabajo redituaba éxitos y jerarquía.

En el mes de octubre de 2009 participaron en el Concurso de Alebrijes Monumentales; con sólo 15 días para realizar la pieza, Marco y su equipo, aún sin experiencia, aceptaron el reto debido a que las gestiones administrativas para participar ya estaban hechas y el material ya había sido conseguido.

El proceso de construcción de La Urbe fue atropellado, con estructura endeble y sin la técnica necesaria, la obra no se salvó y, después de la lluvia durante el evento, se cayó por completo. Sin duda fue un alebrije que no cumplía con los parámetros de calidad y disciplina que caracterizaban al taller, lo que revirtieron al siguiente año.

Marco grabó parte del desfile en el que los padres de familia participaron, les editó el video y se los llevó a los jóvenes, quienes se motivaron al ver a algunos de sus familiares encabezaron su creación.

En 2010, el proyecto tuvo más orden. Fue el año del Centenario y Bicentenario, por lo que tuvieron un tema a seguir: La Independencia y Revolución. De historia, los chavos sabían poco, recordaban algunos nombres como Morelos, Miguel Hidalgo, entre otros, sin saber a ciencia cierta en qué había consistido su participación en estos hechos históricos. Marco fungió como maestro y les explicó, a manera de esbozo, lo que había sucedido en el país en esas épocas.

El trabajo fue más ordenado y planeado, como estaban acostumbrados, también tuvieron escasez de materiales, se dedicaron a recolectar por todo San Fernando lo que les sirviera para la construcción del alebrije.

Fue así que llegaron al cuarto de resguardo donde había soleras, pedazos de fierro y tubos, producto de las peleas entre internos. Aún tenían residuos de sangre y carne que denotaban la brutalidad de los encuentros. Con una planta de soldar, propiedad de Marco, le dieron forma a la obra con cabeza de locomotora, Centinela del Honor. Todo lo que antes había sido material de transgresión se convirtió en materia prima para la creación.

Por primera vez, Marco fue partícipe de un trabajo que él califica como propio de un colectivo cultural, cada adolescente se dedicó a un área en específico y en él se descargaba la responsabilidad de hacerlo. Su carácter violento, agresivo y rebelde fue canalizado al trabajo y descubrieron su talento artístico-artesanal.

Aquel alebrije tuvo propuesta y técnica cartonera, compitió con los demás, en comparación del año anterior, aunque no obtuvieron ningún premio. El MAP les otorgó un incentivo económico con el que compraron material para el taller e hicieron una comida para convivir y festejar.

Con la confianza afianzada, los jóvenes preguntaban a su profesor qué más seguía, qué iban a realizar para concursar, ellos proponían y ejecutaban las ideas.

También participaron en el Concurso de Papalotes Monumentales del MAP en 2009 y obtuvieron el tercer lugar con *Navegando Libertad*. Los cinco mil pesos que ganaron los dividieron en tres partes: *Regina* y *Acapulco* se quedaron mil pesos cada uno, debido a que fueron quienes trabajaron casi todo el proyecto solos, ya que apenas iniciaba el taller, y el resto lo dividieron entre los otros talleristas para que cada uno comprara los insumos que necesitaba para laborar.

El segundo proyecto, el de 2010, fue ambicioso y rebasó las expectativas de todos. Era un ferrocarril de 12 metros, *Ánimas Libertadoras*, el cual obtuvo una mención honorífica, debido a que el jurado argumentó que el material con el que había sido construido era muy pesado, aunque en realidad fue carrizo, un elemento ligero.

Más de una vez trabajaron por la noche, hasta la madrugada, para construir los alebrijes o papalotes. Era un privilegio pertenecer al taller, era un plus que tenían dentro de la comunidad.

Tiempo después, llegaron algunas autoridades de la DGTA para invitarlos a participar en el concurso *Caminos de la Libertad*, llevaron algunos materiales para trabajar las obras que entrarían en la categoría de Plástica y los jóvenes de Marco asumieron el reto.

Reunió su grupo, les dio la clase y los dejó trabajar. Tiempo después, se enteró de que *Bribiesca* había ganado el primer lugar, lo que lo convirtió en un líder dentro del taller.

Todo lo que comienza acaba, Marco se retiró en diciembre de 2010, los internos se acercaron a él para expresarle que entendían por qué se iba, no era justa su paga por el trabajo que realizaba, cuando otros “se vienen a hacer pendejos y no a trabajar”, expresaron.

Sin olvidar la realidad, el taller les generaba beneficios inmediatos y esparcimiento, los hacía salir del encierro. Muchos de sus integrantes aún aseguraban que “de nada me va a servir tu taller allá afuera, yo voy a salir a robar, esto no me servirá”. Y tenían razón, según Marco, la falta de organización y de un método de enseñanza por parte del sistema hacía que los profesores no pudieran impulsarlos y ofrecerles algo más para aplicarlo en el exterior, aunado a las deficiencias docentes.

González considera como un sueño la idea de lograr la reinserción social, familiar y, más aún, laboral, de los adolescentes.

“Pensar que lo que les enseñas les va a cambiar la vida es un acto de buena voluntad; ellos están inmersos en un círculo social viciado y creer que su mentalidad cambiará por lo que aprendieron en el taller es ilusorio; si sucede, es un caso plausible, es poco el tiempo, es poca la inversión del sistema penitenciario para generar un cambio real”, argumentó.

“Tuvo que pasar un año y debimos participar en muchos concursos para que los funcionarios nos autorizaran un bote de pintura, un rollo de papel kraft y uno de alambre, realmente no quieren invertir en esto”.

Los jóvenes obtuvieron alternativas, su líder les habló y enseñó de estética y disciplina, les mostró otros caminos y los entendieron, les sembró la iniciativa de aplicar lo aprendido cuando recuperaran su libertad. Saber si continuaron el camino que los llevó a San Fernando o tomaron otras alternativas para salir adelante es algo que Marco no sabrá, porque no existe un programa de seguimiento de reinserción por el sistema de justicia para adolescentes.

Los ACCA de San Fernando

*Elvis**

Fue uno de los más de 200 internos de la Comunidad de Tratamiento Especializado para Adolescentes (CTEA) de San Fernando, a la cual llegó en julio de 2008 y de la que salió en julio de 2013. Lo agarraron a los 16 años. Vivió su pena amando el fútbol y con la esperanza de que a su salida, a los 22, tuviera una oportunidad en este deporte para “romperla” y hacerla en grande.

A pesar de todo lo que había vivido, aún conservaba un aire de ingenuidad cuando lo conocimos. A diferencia de la mayoría de los adolescentes que están internos en San Fernando, quienes parecen agresivos, expectantes ante cualquier ofensa y listos para atacar, él reflejaba en su rostro pesar, tristeza y hambre de expresarse, de platicar.

Aparentaba no saber que le decían Elvis, era claro que le avergonzaba la burla a sus ojos que conlleva el apodo, prefiere que lo llamen por su nombre. Lo recordamos delgado, atlético, cabello casquete corto, limpio, bien vestido, perfumado y con una sonrisa todo el tiempo. Era intachable y no le gustaba ensuciarse las manos, literalmente.

Tiene una gran familia, 14 integrantes en total, entre sus padres y 12 hermanos, contándolo a él. Cinco de ellos son medios hermanos, para él no hay diferencia. Si hacemos cuentas, él es el de enmedio.

Vivió en la colonia Portales hasta que su mamá se mudó a Santa Cruz Meyehualco, cuando ya era un joven, a causa de la separación de sus padres. Todo cambió rotundamente. De trabajar en un taller mecánico a la vuelta de la casa de su papá, pasó a ser chofer de microbús en Iztapalapa, Ruta 37, de la Avenida 10 de Mayo al aeropuerto.

Se describió como un muchacho tranquilo, los 650 pesos que ganaba a la semana, que pasaron a ser mil 200 más propinas, cuando era ayudante de mecánico, se los gastaba en salir con su novia, comer en restaurantes como Vip's

* Ingreso a San Fernando: julio de 2008.
Entrevistas: 26 de marzo y 2 de abril del 2012.

y Sanborns, ir al cine, comprarse ropa deportiva y acrecentar su colección de gorras.

Nunca le faltó nada, su familia no carecía, tampoco derrochaba. Contó siempre con la educación de sus padres y padrastros. Hasta ahora no sabe qué le pasó, cómo fue a dar a los viejos Patios de San Fernando.

“De repente se me alocó, me prendí y ya me quería juntar”, razón suficiente para buscar cómo ganar más dinero y acondicionar el segundo piso deshabitado de su inmueble en Iztapalapa que ocuparía con su novia.

Comenzó con robo a casa habitación, no dejaba nada. Obtuvo aparatos electrodomésticos para su nuevo hogar.

Con el tiempo, las amistades aumentaron y las exigencias del negocio también, hasta convertirse en amenazas. Aunado a la presión que ejercían sobre él quienes lideraban el grupo de delincuentes, se presentó un factor ajeno que lo obligó, así lo dice, a caer en la tentación.

Tiene una hermana menor, de 17 años. Desde pequeña le diagnosticaron un tumor cerebral que la dejó ciega. A los nueve sufrió un accidente. Esa tarde no tenían gas en la casa, pusieron una olla con agua sobre la estufa para bañarla, ya caliente la llevaron al baño, la colocaron sobre el retrete tapado, despegaron la vista de ella un segundo y el agua cayó sobre las piernas de la niña.

El trabajo de su padrastro y su mamá no eran suficientes, Elvis los veía sufrir por dinero, entre gastos diarios, las medicinas de su hermana y el tratamiento para las quemaduras, los pesos se esfumaban. Tuvo que aceptar un “bisne” más serio. Le entró al secuestro.

Después de ocho o nueve meses en el negocio, decidió salirse, algo casi imposible en el gremio. Cuando entras, sólo hay dos caminos, la cárcel o la muerte. Él cayó en la primera.

El infortunio alcanzó a parte de su familia, la negativa de recaer en el delito hizo que las amenazas se dirigieran a su madre, hermana y hermano mayor, con quien comparte San Fernando.

Los agarraron juntos, mismo delito. No cuenta los detalles, sólo se culpa, igual que su padre lo hace, por la desgracia de su madre, quien pasará cerca de 50 años en prisión, misma sentencia para su hermana. Su hermano y él, cinco años.

Su mamá es tema constante de conversación, incluso está dispuesto a volver a delinquir para sacarla del reclusorio, asegura que la corrupción lo puede todo.

En San Fernando terminó la primaria, secundaria y cursó la prepa, quiere estudiar Mecánica y trabajar, su madre vuelve a aparecer, tiene 52 años y le restan 44 en la cárcel. Una vez, dentro de la Comunidad, le propusieron entrar al narco, iba a tener dinero, casas, carros y la libertad de su mamá. En ese momento no aceptó porque no se sentía seguro, afuera, cuando salga, podría hacerlo.

Nueva vida por cinco años

Cuando llegué a San Fernando tenía 16 años. Lo primero en lo que pensé fue en la sentencia, el encierro, mi familia, en mí, en lo interno con lo externo, lo que dejé. Entré al Patio 1. Decían, por ejemplo, que en el Patio 3 estaban los más canijos, ahorita yo estoy en el 3, pero yo no soy así.

Tardé en relacionarme con los otros chavos. Uno no sabe a lo que llega, lo principal que se pregunta es qué va a pasar, qué sigue después de aquí. Me tardé en adaptarme a las actividades de los demás compañeros.

Andaba solo, como mi hermano también está aquí, pues casi siempre éramos él y yo.

Me tocó el cambio de ley, vi cosas buenas y malas. Por ejemplo, era bueno que ya nos dejaban salir al exterior, porque antes no, hubo más actividades, mejor comida, las terapias. Y lo malo es tanta revisión, se quieren sentir muy acá dos tres personas, son metiches.

Después, los mismos chavos me comentaron que iba a haber talleres, el que ahora es ACCA (Taller de Arte y Cultura de la Comunidad para Adolescentes) antes era de resinas. En ese momento fue el cambio de ley y no hubo talleres por un tiempo para cerrar el ciclo.

Entonces, llegó Marco y nos sacaron para que viéramos taller por taller. Nos enseñaron cosas, los talleres estaban bien sucios, tuvimos que acomodar todo porque íbamos a ocupar el lugar para hacer otras cosas, ya no iba a ser taller de resinas.

Podíamos escoger entre carpintería, gastronomía, ACCA, dibujo y huertos. Yo escogí el taller de Marco y cocina. No podías escoger varios, aunque antes te escogían para la cocina si eras aplicado, movido. Ya de ahí yo me iba a mi taller, siempre nos dejaron conocer varios talleres, a los cocineros, claro.

Preparaba la comida de los internos. Siento que soy movido, le dije a un chavo que era el encargado de la cocina y me dijo –jálate, nada más echándole ganas y ya. Ahí hacía de todo, lavaba trastes, hacía el arroz, nos repartíamos el trabajo, éramos 14 cocineros; estuve ocho meses en la cocina. En ese tiempo ¡mejoró mucho la comida!

La rutina antes de Marco

En las últimas semanas con la anterior administración, mi día a día era muy rutinario; me levantaba como a las seis de la mañana a hacer el aseo, a meterme a bañar, pasaba la cuenta y ya tenía que estar arreglado, bajaba al desayuno, subía y luego luego a la escuela, una hora u hora y media; regresando ya iba al taller de resinas como hasta las dos de la tarde, después era la comida hasta las tres, subíamos otra vez al dormitorio y hacíamos los aseos.

Después estábamos ahí todo el día, parados, dando vueltas en el ruedo, como le llamamos nosotros al patio, fumándotela ¿no?, por varias cosas, por las preocupaciones de aquí, de allá afuera, la familia, bueno, yo al menos tenía varios pensamientos.

Siempre estuvo presente mi mamá y lo va a estar siempre. Está interna también. Yo no puedo decir que estoy bien y estoy contento, porque no, mi preocupación es mi mamá.

Tengo una hermana interna, un hermano también interno, pero siempre he pensado en mi mamá. Uno que está joven dice –pues le voy a echar para adelante–, mi mamá ya va de salida.

Tenía tristeza, porque incluso cuando yo estaba en la cocina comía, tenía todo ¿no?, tenía con qué taparme, tenía dónde dormir, tenía un buen de comida, tenía tele, y decía –¿no le hará falta esto a mi mamá?, yo disfrutando y ella quién sabe.

Antes la veía cada seis meses y era difícil para mí porque nada más me la dejaban ver cuatro horas, como mi hermana está interna con ella y yo aquí con mi hermano, nos juntaban, y no podía darse una plática entre dos personas, había que prestarles atención a cada uno, entonces nunca nos daba tiempo. Ahorita ya la veo cada mes, ya es un poco más abierto.

A veces voy a verla o a veces ella viene, me llevan de aquí para que conozca dónde está y, que cuando salga, no me saque de onda.

Taller ACCA

Me llamó la atención la energía de Marco. Yolo antes daba un pequeño taller, traía una cajita donde echaba pintura, cartón, engrudo y sacaba a unos cuantos chavos para trabajar en el patio. Empezó con chaquira. Ya después Marco la vio y le dijo que se fueran a trabajar juntos, y empecé a ver toda la energía que tenían para trabajar –vamos a hacer más cosas, inventar– decían, y eso fue lo que me gustó, la variedad de cosas que podíamos hacer. Entré para experimentar a ver qué pasaba y me fue gustando más y más, hasta que me quedé ahí.

Todos aquí lo vieron como un taller más, incluso, hasta después yo lo empecé a ver como arte. Antes hacía mis cuadros, libretas, alebrijes, varias cosas y no los veía como arte, ya hasta después que le empecé a poner atención a las cosas, a la pintura, y me dije –bueno, vamos a ver qué sale ¿no?

Para mí el arte significa mucha tranquilidad, ¿cómo lo puedo decir? Yo me enojo mucho, me pongo a pintar y me relajo, me gusta pintar, hay veces que quiero estar pintando todo el día.

También me gusta mucho el fútbol, pinto muchas cosas de fútbol y le intento con las dos manos, y me digo –tienes que poder. Entonces, para mí arte significa relajamiento, porque no sólo se trata de decir que haces arte, sino saber qué es el arte para ti.

Un tiempo trabajé de hojalatero, entonces ya le sabía un poco a la pintura, a combinar y todo eso. Allá afuera yo me dedicaba a la mecánica, y también a eso le metes mucha mente, te enfocas mucho a lo que estás haciendo. Igual fui rotulista, trabajé en una serigrafía y me veías ahí escribiendo con la brocha sin salirme de la línea, es algo que requiere mucho cuidado.

Casi siempre me mandaban a pintar mantas grandes, para locales, promociones y todo eso, no me gustaba porque yo soy nervioso, no es que tome, fume o me drogue, lo que pasa es que quería era irme rápido para pasar al cine con mi chava, entonces luego me iba chueco y por eso no me gustaba pintar sobre la línea, sólo en la parte de adentro, el contorno se lo dejaba a otros. Me daba miedo, no tanto a que me regañaran, sino que me dijeran que así no se hacía, que estaba mal, entonces mejor decía –no la riego para evitarme todo eso.

Me acuerdo que en el taller con Marco, la primera actividad que hice fue cortar hojas para una libreta, estábamos encuadernando. Hice una de papel crepé, el arrugado. Ése se lo pusimos a la pasta principal, lo mojamos con agua y *Resistol* y lo pegamos, lo hicimos de varios colores; la libreta la podías hacer del grosor que quisieras. Yo al principio lo tomaba como un simple taller y no le ponía mucha atención, la libreta la hice chiquita, me gustó cómo Marco me fue explicando cómo eran los papeles.

Fueron como cuatro meses los que hicimos las libretas, yo seguía haciéndolas porque llegaban más chavos y Marco y Yolo les explicaban cómo hacerlas. Ya después empezamos a hacer alebrijes, metimos cuadros, telas, después llegó un proyecto de un papalote. Me acuerdo que hice un alebrije de dragón con cartón, la verdad, lo digo, nunca me gustó hacerlos porque es mucho papel, engrudo, tenía que meter la mano y no me gusta.

Los cuadros que hacíamos podían ser con la imagen que quisiéramos. Como tengo muchos hermanos hacía cuadros de muñecas, *Hello Kitty*, *Winnie Pooh*, un Cristo, San Judas Tadeo, de fútbol y de carros, para todos ellos.

Martes y jueves, de 10 de la mañana a 12 de la tarde iba al taller. Después de un tiempo Marco nos enseñó a hacer bolsas de papel, así como las de *Suburbia*, y como veía cada seis meses a mi mamá, no tenía a quién regalárselas, entonces se las daba a mis trabajadoras sociales y a mi psicóloga. Les gustaban mucho, me decían que estaban muy bonitas, que quién me había enseñado.

Incluso cuando me tocaba terapia, me dejaban sacar material y mientras estaba con ellas me ponía a hacer algo. Hubo un tiempo que cambiaron los horarios, salimos los lunes, martes y miércoles de cuatro a seis de la tarde, fue cuando empezamos a trabajar los alebrijes, la tela, los cuadros más grandes.

Recuerdo a algunos compañeros, Jesús, el *Ratón*, *Landín*, *Memín*. De lo que sí recuerdo es del taller, estaba abierto para todos, había varias mesas, estaba abierto porque teníamos un proyecto con Marco que ya no se terminó por diversos problemas, que se trataba de pintar todo el taller con diferentes dibujos, teníamos pensado dibujar a *Los Simpson*.

En una pared teníamos un dragón grande, después Administración decidió dividir el lugar para diferentes talleres porque el espacio era amplio y tuvieron que pintar el dragón que nos costó mucho trabajo hacer.

Para los proyectos como alebrijes, papalotes, pinturas, tenis, varios proyectos que hubo, nos elegían; se hizo un grupo como de 15 o 20 chavos, nos cuidaban mucho porque éramos chavos de varios Patios y sabían que no nos podían juntar porque iba a haber problemas.

Yo siempre fui de los chavos que escogían, fueron varios proyectos los que hicimos juntos, hay dos chavos que todavía siguen aquí, siempre estuvimos juntos y cuando se fue Marco pensábamos hablar con el director para que aunque no tuviéramos profesor, nosotros nos juntáramos y continuáramos el proyecto. Nos sentíamos aptos, sabíamos hasta dónde podíamos llegar, había convivencia, no iba a haber golpes entre nosotros aunque estuviéramos solos. Ese proyecto ya no se platicó más y no se siguió adelante, nos quedamos con Yolo.

La verdad siempre me gustó más trabajar en equipo, con los chavos que realmente le echaban ganas, porque con algunos nos llevamos hasta cierto punto, sabíamos hasta dónde nos podíamos aguantar.

Por ejemplo, ahorita puedo estar todo el día en el taller si yo quiero, de 11 a 6 de la tarde, no me gusta estar todo el tiempo porque hay muchos chavos latosos, nada más van a hacer ruido y a mí no me gusta el ruido, me molesta, y entonces cuando llegan todos esos chavos, meto mis cosas y les ayudo para que no hagan ruido.

Actualmente, los directivos se dan cuenta del comportamiento de cada uno y saben quiénes son los que se embroncan, quiénes son los que se pelean, nos tienen en un concepto. Yo creo que no me consideran ni bueno ni malo.

Los murales

Yo participé en un mural del 20 de noviembre, La Revolución. Ése lo trabajé con Marco todavía; hicimos otro de la Santa Muerte también, no era Santa Muerte exactamente, era más bien una flaca, está en una pared del taller, ese todavía sigue.

Del otro lado teníamos el dragón, ocupaba toda la pared, ése lo pintamos entre todos. No recuerdo bien cómo era, lo que yo me imaginaba es que cuando el dragón abría la boca, construía un castillo, el fuego que sacaba era el castillo.

En esos trabajos siempre pintaba el contorno, por ejemplo, en el del dragón. En el de la calavera hice toda la parte de arriba, los fondos y los contornos, en ése me metí más al delineado porque Marco me enseñó a manejar un pincel, cómo ocuparlo para saber qué pintar, cuánta pintura usar porque se tiene que rebajar.

El de La Revolución fue un proyecto entre nosotros y la Comunidad para Mujeres Adolescentes, vinieron ellas y entre todos lo hicimos, ellas una parte y nosotros otra, por separado, fue para una obra, nosotros hicimos toda la pintura que estaba en el fondo, pintamos a Porfirio Díaz, montañas, piedras, varias cosas y personajes. Por ahí deben estar esas pinturas, ya rotas, no les dieron continuidad.

Dependiendo el desempeño de todos, de las ganas que teníamos, era el tiempo que nos tardábamos, porque a veces uno va con hueva, o por querer salir a desestresarse te tardas mucho, a veces nada más sacaban a los chavos del proyecto, también éramos cabecillas, nos tardábamos más con tal de estar en el taller más tiempo, incluso llegamos a trabajar de madrugada tanto los murales, alebrijes y papalotes.

Trabajo en equipo

Me acuerdo de un papalote de un tren de 12 o 14 metros, nos costó un problemota porque lo hicimos con carrizo e hilo cáñamo y cuando ya estaba listo que se nos rompe y otra vez a hacer la base.

Recuerdo también el alebrije La Urbe, así se llamaba, se parecía a *Crash*, sobre todo de la cara, incluso estaba pintado como él, con sus picos y todo eso. Fue un desastre porque ya estaba hecho y que se nos vence, eran las tres de la mañana y ya era el último día para entregarlo y que se nos rompe, tuvimos que hacerle un hoyo para meterle unos fierros y que se enderezara otra vez. Éramos cuatro chavos ahí adentro tratando de enderezarlo, y fue muy chistoso porque decíamos –vámonos de una vez aquí para que no nos vean.

El segundo alebrije no lo hicimos con la mentalidad de que se nos iba a caer, sabíamos que iba a haber alebrijes mejor hechos y que no íbamos a ganar, o yo al menos eso pensaba, no soy negativo, también sabía lo que iban a traer los demás.

Para este tipo de trabajos el material lo sacábamos de donaciones, de aquí de San Fernando, de los directivos, de diferentes empresas, algún material lo llegó a traer Marco, Yolo. Nosotros a veces poníamos, para qué te voy a mentir, yo la verdad no, no porque no quisiera, sino porque no tenía quién me lo trajera, no tenía a quién recurrir. En general ponían en partes iguales, Marco y Yolo, la institución y los chavos.

Experiencia artística

Algo que podría decir que aprendí en el taller es a hacer alebrijes, llegué a escuchar la palabra pero no sabía qué eran. No nada más eso, también materiales que vi aquí y nunca llegué a ver allá afuera, y los aprendí a utilizar.

Considero que soy bueno para hacer cuadros, yo armo todo. Lo principal que hago es escoger el cromo y mi tabla, tienes que escogerla bien porque no todas pueden cortarse de una misma forma, hay que fijarse también en el grosor. Hay una tabla que es de la más corriente que a la hora en que estás calando, se rompe la segueta, los tejidos son diferentes en cada tabla. Yo trabajo con *fibracel* o *macocel*.

Después pego mi cromo a la tabla con agua y *Resistol*, para que no se arrugue se le echa agua. Cuando lo saco al sol se lo encargo al guía técnico que está afuera del taller, y ya cuando entro empiezo a cortar mi marco y todo, en lo que lo calo se está secando el marco que pinté, cuando termino de calar escojo otra tabla donde lo voy a montar. Luego no me quedan muy bien las uniones del marco y tengo que trabajar con resanador.

Luego monto mi imagen, hay que pensar en el fondo, qué quieres expresar, por ejemplo, yo pienso para quién va a ser, para una chava, un chavo, un niño, una persona adulta, tienes que ver todo eso, entonces ya me enfoco, va a ser para una chava de 15 años, ya pienso qué colores le pueden gustar.

Después ya le pongo el marco, le pinto el contorno y lo monto, dejo que se seque unos 20 minutos y luego preparo mi resina, le echo diamantina si quiero, le pongo la resina, la expando con el dedo y espero ocho horas a que se seque. Hasta el último le pongo una argollita para que se cuelgue.

Fui aprendiendo desde abajo, incluso cuando hice mi primer cuadro me quedó bien feo, veía a los demás y decía –les quedó muy bonito, tengo que poder, no siempre me va a salir sucio–, porque esa vez lo hice con colores claros, pasteles. Me enojé porque decía –no puedo–, pero pensaba que algún día tenía que hacerlo, y poco a poco me salieron mejor las cosas. Marco me dio los conocimientos y yo los apliqué.

Con el tiempo adquirí ventaja con respecto a los demás chavos, y eso me hacía sentir bien, no por decir –yo soy el chingón–, sino que es padre que alguien se acerque y te diga –oye, ¿cómo se hace?–, que tengan esa curiosidad por saber.

Yo no soy mucho de los que se presta a hablar, sí se acercaban y me preguntaban cómo se hacían las cosas. Hubo veces que yo por apurarme no les decía cómo, hubo otras donde me sentaba con ellos y les decía –es así, haz esto.

En el taller todos éramos iguales, aunque sí había chavos mala onda, hasta los compañeros me decían –este güey fue el que te dijo algo, ayúdale de mala gana–, pero yo no era así. Sí hubo chavos que se habían pasado de lanza conmigo y sí les dije –sabía que ibas a caer, porque al final todos necesitamos de alguien.

Hasta la fecha no sé por qué pasa que en el taller todos nos llevábamos bien y afuera había pleitos. Incluso entre patios también jugamos fútbol y los once nos llevamos bien, ya afuera somos otra cosa, te desconocen, no te hablan, te hacen menos, nunca he entendido por qué.

El subdirector Mata me pregunta por qué no nos podemos llevar bien afuera, y no es por mí la verdad, los chavos tampoco se prestan para hablar. Es la rivalidad, el poder, incluso qué más quisiera yo que entrar a ver a mi hermano hasta el Patio 1, yo estoy en el 3 o estoy todo el día en el taller, pero no se puede por las rivalidades. En el taller nadie tiene el poder y afuera todos lo quieren tener.

Otro problema es que a veces iban al taller para que su reporte dijera cosas buenas, yo no, porque yo sabía desde el principio que me iba a chingar mucho tiempo, ya sabía que iban a ser máximo cinco años. No lo hago por eso, más bien es porque quiero aprender, para fijarme bien en lo que estoy haciendo, no nada más para que este mes vaya bien en mi informe, porque sé que aunque vaya bien, no me van a dar mi libertad.

Los concursos

Cuando Marco nos inscribió al primer concurso, antes ya nos había comentado –hay un concurso, si quieren participar, adelante–, no de mala gana, pero sí invitando –si quieres participar, jálate– nos decía. Entonces se hacía el oficio con los nombres del grupo. Marco siempre supo que contó conmigo, incluso me ponía en el oficio y me decía –ya te inscribí–, nunca me ha gustado quedar mal y decir que no. Lo hacía por aprender y porque iba a estar en un lugar donde me sentía a gusto, no por interés.

Fue así como empezamos el primer alebrije; no me acuerdo cuántos chavos éramos, pero sí recuerdo a algunos: *Memín, Cejas, Banda, Sobrino, Cholo, Bribiesca y More*. Lo fuimos trabajando por piezas, unos hicieron la cabeza, otros la parte de abajo que era como unas torres gemelas; otros hicieron de la cintura para arriba, que era el cuerpo, y otros los pies.

Marco nos llevó una hoja en la que ya tenía el diseño, nos dividimos por partes el trabajo y al final lo montamos. Todo lo trabajamos con cartón, carrizo, periódico y engrudo. Por las costillas, atravesando el estómago, le salía un ángel, abajo eran las torres gemelas, los brazos no recuerdo qué querían decir, la intención era representar lo más importante de México y Estados Unidos.

Yo hice parte del cuerpo y me enfoqué más en los pies, eran la base, lo que iba a sostener al alebrije. Lo decoramos de diferentes colores, recuerdo también que tenía unos demonios en todo el cuerpo, salían sus caras.

Usamos todo tipo de colores, nosotros lo pintamos, lo sacamos a secar, hicimos todo, hasta el final que lo vimos salir de la Comunidad. Sabíamos que iba a desfilarse y, como se nos cayó cuando lo estábamos haciendo, hasta nos preguntamos si se caería a medio camino. Lo trabajamos en nueve días, entonces sabíamos que no iba a estar seco como nosotros queríamos.

Verlo desfilarse me dio alegría, porque allá afuera la gente nos considera como rateros, secuestradores, pero no se preguntan qué es lo que pasa aquí dentro, no nada más es que piensen que somos rateros y ya, porque no es así, hay más cosas que podemos hacer, externar, hay muchas cosas que podemos dar, eso fue lo que me causó alegría, además de saber que se puede lograr algo si te lo propones.

Ya el segundo alebrije lo empezamos a construir con más tiempo y planeación, utilizamos todas las soleras rotas decomisadas, los fierros que se cortan de las secciones y que se van al “almacén muerto”. Lo empezamos a trabajar desde inicios de septiembre hasta octubre, que es el concurso.

Recuerdo muy bien que el 17 de septiembre, mi cumpleaños, por cierto, fuimos a sacar los fierros, íbamos como cinco chavos cargando una puerta con fierros encima, entonces dijimos –a la de tres soltamos la puerta– y todos la soltaron, yo fui el último y se me aplastaron mis dedos del pie, les gritaba que me ayudaran, todos pensaron que les estaba mintiendo, porque nos llevábamos bien y pensaron que los estaba cotorreando, los únicos que me ayudaron fueron *Memín* y Marco, porque vieron que sí se me había atorado el pie debajo de la puerta y me llevaron al servicio médico.

Me sacaron radiografías del hueso y salí con todo el pie enyesado, fue sólo contractura en los dedos, me agarraron toda la base. Ya no le pude ayudar bien a Marco, aunque seguía yendo al taller porque no me gusta estar encerrado sin hacer nada. Me lastimé un miércoles o un jueves, no recuerdo bien, y el sábado iba a jugar la final del fútbol, pues me quité el yeso, me vendé, no sé qué tantas

cosas más me pusieron y jugué medio tiempo. Siempre me ha gustado terminar las cosas, hice mucho esfuerzo, jugué todo el torneo y pensar que no iba a jugar la final me enojaba. Por eso sí jugué, no me importó cómo.

El lunes regresé al taller, nada más hacía rollos de papel, ya no podía ayudarles con más cosas, como a cargar, por el pie. Los rollos de papel periódico que hacía los pegamos con *diurex* y los armamos con cinta. Al final le pusimos muy poco engrudo, más bien era agua con pegamento para pegar la última capa de papel *kraft*, y ya de ahí se empezó a pintar.

Lo pintamos de negro, le pusimos sombrerito y toda la cosa porque era de La Independencia y La Revolución. No me acuerdo quién trajo una pistolita de pintura y le hicieron detalles exhaustivos, eso lo trabajó *Memín*. Ya hasta que le pusieron el barniz nos sacaron.

Ese alebrije también lo trabajamos en piezas, se montaban y se desmontaban, porque con el anterior alebrije no podían pasar debajo de los puentes de lo grande que estaba.

Esta vez, me parece que los materiales los dio la subdirección y varios más. Con este alebrije teníamos la intención de que no pesara mucho para que no se venciera. La soldadura fue lo que más se utilizó para unir los fierros y soleras, nuestra intención era no gastar tanto material. Las autoridades ya sabían que cada año se trabajaba ese proyecto e iban pensando en el material, si podían darnos algo, adelante, si no, con lo que teníamos trabajábamos.

Comparando los dos alebrijes, recuerdo que el primero que hicimos lo montamos en nueve días, y eso fue lo que me dio ánimos, que Marco nos dijo que éramos capaces; ya cuando lo vi tirado sentí feo, hay fotos por ahí.

El segundo ya fue con tiempo y con tranquilidad, me sentí más alegre porque fue un trabajo más hecho, hasta la fecha estoy seguro que ese alebrije no se cae, incluso yo lo subí a donde está ahorita, al techo del cuarto que está dentro del taller donde guardamos el material; y no se va a caer.

No sólo hicimos alebrijes, también realizamos papalotes; del primero no recuerdo su nombre, tampoco yo estaba integrado al equipo, solamente fueron dos chavos y Marco, *Acapulco* y *Regina*, los ayudaron Gonzalo y Fermín, unos profesores. Nos enteramos por Marco que habían ganado el tercer lugar.

Después los chavos empezaron a interesarse más por el taller, vieron que sí se podía ganar, que había premios y fueron integrándose. Ya en el segundo papalote, que fue un trenecito, sí participé. Ese lo hicimos de carrizo, hilo cáñamo, papel crepé, del arrugadito, y nada más. Todo lo forramos de puro papel crepé. El nombre no lo sé, sólo que traía unas calaveras, colores de muertos, del dos de noviembre o algo así. En ese no obtuvimos nada.

El final de una etapa

No me acuerdo la fecha en que se acabó el taller, fue por problemas de ellos; Marco me comentó que tenía otros proyectos, estaba en búsqueda de otros trabajos donde le iba a ir mejor y por eso tomó esa decisión. Nos lo fue comentando y días antes que se fuera nos dijo –saben qué, tal día yo me retiro.

Después de que se fue, el nombre del taller cambió un tiempo a Encuadernación otra vez, era lo mismo, Yolotzin se quedó con el taller. Ahorita ya volvió a ser ACCA.

En lo personal, no te puedo decir que el mundo se cayó, sí se sintió canijo porque uno iba proyectando más cosas con apoyo de Marco y pues lo primero que se me vino a la mente es que ya no iba a ser lo mismo sin él. Bajó mi interés por ir al taller, después lo volví a retomar.

Lo que sí sucedió es que el grupo se desunió. Para despedirnos, tuvimos un proyecto de nacimiento e hicimos unas caras pintadas, las cargamos al camión y ahí nos despedimos todos. Marco nos repartió el material y después de eso se desintegró el taller, algunos chavos ya ni salían. Marco era nuestra base de apoyo, era quien nos unía.

Yo dejé de ir un tiempo y me iba a serigrafía, también tomé un curso de impresión en vidrio y me metieron a la escuela; seguí en el fútbol.

Antes de eso, iba poco a la escuela, le tomaba mucha importancia por los proyectos del taller, ahorita ya voy bien. En mi informe de 2009, mi maestra puso que me valía madre, que prefería irme al taller, no era así, lo que pasa es que Marco pasaba más temprano por mí y, cuando llegaban los de la escuela, yo ya no estaba.

Cuando me salí del taller volví a retomar la escuela, en ese tiempo estaba en primaria y ahorita estoy en prepa, en primer semestre, acabo de entrar.

La escuela aquí funciona simple, las maestras hacen sus listas, el que va, adelante, el que no, pues no hay problema. Hay un horario, al cuarto para las diez ya no pueden entrar; ahorita es de nueve y media a 11 y media, dos horas.

Saliendo de la escuela ya te puedes ir al taller, si no, no, porque ya también los guías saben quién sale y quién no, cuántas veces a la semana sale y todo eso lo checan. Los guías saben quién va a la escuela y después al taller.

Ya sin Marco, en 2011 hicimos el alebrije para el concurso de ese año. Era como un huevito, queríamos hacer puras cosas del mar, le metimos unos barquitos, piratas, unos hongos, tenía su boca abierta y su lengua era como una ola. Era un alebrije chiquito que teníamos ahí guardado y decidimos hacerlo en grande para el concurso. Yolotzin fue quien nos ayudó y entre varios pusieron los materiales.

Lo construimos con papel, cartón, poco carrizo y yeso, era como una pasta rara para resanar. Estaba pesado, incluso para sacarlo tuvimos que abrir toda la puerta, no era desarmable como los otros, sólo se le quitaba la cabeza.

Pasó algo muy feo durante la construcción del alebrije, ni siquiera quiero recordarlo. Hubo de todo, muchas cosas malas, buenas, peleas, sangre, un muerto, pasaron muchas cosas. Incluso, el chavo que murió era de mi equipo cuando hacíamos los proyectos con Marco.

Hasta la fecha no ha habido ninguna acción de las autoridades contra nadie por la muerte, estuvo muy fuerte. Creo que decir su nombre no está bien, sólo sé que fue uno de los que trabajó en el ACCA y fue muy bueno, fue su decisión.

Pasó en su dormitorio, fue por todo lo que se vivió en el taller, por todos los problemas que hay aquí, por eso tratamos de poner orden. Yo entiendo que quieran echar desastre, están encerrados y sin hacer nada, he tratado de enseñarles que estén tranquilos, con orden, que no se molesten, y más a partir de lo que pasó.

Con Marco nunca hubo nada violento, creo que trabajar sin agresión es lo mejor. Con este chavo siempre nos la pasamos *Memín* y yo, significó mucho para nosotros, yo creo que más para él, y eso nos dio para abajo, teníamos que poner orden en el taller.

Hasta la fecha, *Memín* y yo somos los que tratamos de poner el orden en el taller, que cuiden el material, que no estén aventándose cosas, luego se avientan las sillas, los alebrijes, la pintura, más que nada para evitar cualquier cosa de esas.

También, una vez, estábamos trabajando en las áreas verdes y salieron algunos chavos del Patio 1 y nos correataron a todos, eran como 60 y nosotros como ocho o nueve, todos salimos corriendo. Estábamos haciendo el último alebrije y le destruyeron la cabeza y las alas, tuvimos que volverlas a hacer.

Hay muchas broncas aquí dentro, por ejemplo, ahorita estamos castigados, no podemos salir ni a servicio médico ni a comida, se pelearon entre patios.

Experiencia artística

A mí, en todo este tiempo, me gustó mucho pintar, y sé, por ejemplo, que si estoy pintando un alebrije y la riego, sé que lo puedo arreglar, lo vuelvo a cubrir. En la serigrafía no es así, ahí se usan solventes y, si le echas demás, se te echa a perder el trabajo, se te seca la pintura, se rompen los vasos.

Aprendí muchas cosas, me refiero a que no sabía que podía llegar a hacer lo que hice. Yo no sabía lo que era un proyecto, pensaba que era un trabajo cualquiera, al saber qué es en realidad, te das cuenta que es más allá de lo que piensas.

También experimenté trabajar en equipo; la verdad lo que viví con Marco nunca lo he vivido con un profesor, porque él es capaz de decirte –¡vamos!– y vamos todos, de que se hace se hace, te echa para arriba, te saca de una duda, si estás abajo te levanta. No se da por vencido fácilmente.

Una vez estábamos haciendo el mural del dragón y Marco se había torcido el pie y traía un bastón; todos estábamos cotorreando y nos dijo –no carnales, yo vengo todo malo y aquí estoy. Recordamos la película de *Sangre por sangre*, cuando el personaje *Crucito* sale con su bastón y no puede correr, ni nada. Y le empezamos a hacer burla y nada más nos decía –pinches cabrones. A mí me dio alegría, porque aún con su pie malo se vino a trabajar y no le importó, se seguía todo el día de corrido. Para Marco, siento que el taller era más que un trabajo.

Cuando salga de aquí, siento que algunos conocimientos que aprendí sí me van a servir, aunque también sé trabajar de muchas cosas, y pues la verdad todavía no me decido en qué voy a trabajar, sí me van a servir si algún día se presenta la oportunidad. De lo que sí estoy seguro es que lo que aprendí en el taller no me va a dar para vivir allá afuera; no es que sea negativo, pero a la gente no le interesa. Tal vez a mí sí, a Marco también, a la gente no le gusta el arte, no creo que digan –estos chavos están trabajando en el arte, vamos a ver qué hacen–, no hay ese interés.

Si encuentro la posibilidad de practicar lo del taller, lo haré; a lo mejor piensan que lo dudé, también tengo algunos problemas económicos y tengo que trabajar donde gane más, necesito conseguir mucho dinero. No descarto seguir con lo del taller, incluso Marco nos invitó a que colaboráramos con él en el Faro de Tláhuac cuando saliéramos y sí lo voy a visitar.

Creo que un taller aquí dentro sí nos ayuda mucho. Al inicio, el Taller ACCA estaba muy sencillo, había poco material, con el tiempo, cuando empezamos a hacer alebrijes, se puso más padre.

No sé decir qué es lo que tiene de especial este taller a diferencia de los otros, siempre hay algo que hacer, puedes hacer muchas cosas, algo que en otros talleres no hay. Por ejemplo, yo luego me aburro de pintar y me voy a pegar cartón, me aburro de eso y me voy a hacer una estructura, hay muchas cosas por crear.

*Banda**

A sus 17 años, Banda fue considerado por las autoridades como un delincuente de alta peligrosidad y trasladado a la Comunidad Especializada para Adolescentes “Dr. Alfonso Quiroz Cuarón”, lugar donde llegan los adolescentes que, por su liderazgo y violencia resultan un peligro en otras comunidades. Ingresó ahí en el 2007 con acusaciones relacionadas al robo, secuestro y asesinato, sólo dos años después de que cometiera su primer delito, el robo de un celular.¹

No aparentaba los 23 años que tenía cuando lo entrevistamos, parecía un joven de mayor edad debido a la vida que llevaba. Su mirada, postura y forma de hablar eran parte de su personalidad como líder, mantenía la cara alzada cuando hablaba, te miraba hacia abajo y se resbalaba por la silla hasta quedar en el borde.

Era voluble y el personal de la comunidad lo sabía. Si lo buscaban y no estaba de humor, no acudía al llamado, se excusaba bajo el argumento de que veía una película o, simplemente, se encontraba cansado. Y así vivía, acostado sobre una cama de piedra en su estancia oscurecida por cobertores de Winnie Pooh que colgaban de las rejas, siempre acompañado de Ivancito, quien se volvió su aliado y amigo.

A partir de 2007, Banda vivió el encierro y aislamiento, su comportamiento y participación en motines llevó a las autoridades a mantenerlo, hasta por seis meses, en lo que ellos llaman “medida”, que consiste en separar a un adolescente del resto de la población. Primero estuvo en Quiroz Cuarón y, en febrero de 2008, fue trasladado a la CTEA de San Fernando, donde conoció el Taller de Arte y Cultura de la Comunidad para Adolescentes (ACCA).

* Ingreso a San Fernando: 25 de mayo de 2007.

Entrevista: 27 de febrero de 2012.

¹ Padgett, Humberto, *Los muchachos perdidos*, pp. 19 y 20.

Llegó ahí cuando el control aún lo tenía el gobierno federal, cuando vivir en ese lugar significaba castigos, humillaciones y violencia. En 2011, ya bajo la tutela del Gobierno del Distrito Federal, regresó a “Quiroz Cuarón” para terminar su sentencia.

Los adolescentes recuerdan las fechas de su ingreso, traslado y liberación como si fuera su fecha de nacimiento y, Banda, no es la excepción.

“A mí primero me mandaron a ‘Quiroz Cuarón’, casi al año me cambiaron a San Fernando. Llegué al Patio 3, sentí adrenalina, era algo nuevo... llegué cuando todavía era correccional. Sí sentí el cambio de Quiroz a San Fernando, estuvo mejor porque está más grande, hay más población... Aquí, en Quiroz es más lento, más rutina, prácticamente todo es en el mismo lugar”.

Proviene de Iztapalapa, una de las delegaciones que más población aporta a las comunidades. Cuando lo detuvieron vivía en la colonia Frentes, en Eje 7 y Periférico, por ello, encontrar conocidos dentro no fue difícil, además de que haber llegado primero a “Quiroz Cuarón” le evitó los castigos que en esas fechas se aplicaban al llegar a La Corre de San Fernando.

“Antes era un ambiente como más de castigo, más rígido, entonces cuando te cambian de aquí a La Corre, pues sí llegas con un estatus de ¡ay güey! –¿quién es ese güey?– decían. Aparte, cuando llegas no te relacionan con la población, te llevan a una parte aislada”.

En las comunidades saben quién es Banda y sólo unos cuantos conocieron su talento en la creación de alebrijes dentro del Taller ACCA. Ahí canalizó su agresividad al realizar figuras de cartonería, papalotes y cuadros. Formó parte de “la pura banda indomable y faltosa”.

Al momento de conocerlo, aceptó dos citas para la entrevista. La primera se llevó a cabo el 27 de febrero de 2012, nos contó de su ingreso, de la impresión que le causó y de cómo se integró al taller. La segunda sesión se programó una semana después, no se llevó a cabo, con grabadora y cámaras instaladas, Banda se negó a salir, propuso una nueva fecha dos semanas después.

Los días pasaron y solicitamos nuevamente su presencia, esta vez ni siquiera quiso salir, los guías nos permitieron el acceso a su celda para escuchar sus argumentos. Dentro, en un cuarto gris de cuatro metros cuadrados, acostado en una cama de cemento y cubriéndose del sol con cobertores, se generó una conversación, no son exactas las palabras, sí la idea.

–Hola.

–¡Ahhh!, ¿qué pasó?

–Vine para realizar la entrevista.

–Sí, ya le dije a los guías que no.

–¿Por qué no?

–Porque estoy viendo mi película.

–Me habías dicho que regresara.

–Sí, mejor regresa luego.

–¿Cuándo?

–En 15 días.

–¿Si regreso y no sales de nuevo?

–Pues ya, ¿no?

–Dime por qué no quieres.

–Pues nomás, estoy ocupado.

–Se quedará tu historia incompleta.

–Pues escríbela así.

Y así se quedó, una historia que se lee inconclusa, pero con experiencias reveladoras que describen a este personaje de los ACCA de San Fernando.

La Llegada a la Comunidad

Es igual como me digan, me conocen más por *Banda*. Cuando yo llegué a la comunidad tenía 18 años, primero me mandaron a “Quiroz Cuarón”, casi al año me cambiaron a San Fernando, llegué al Patio 3, cuando todavía era Correccional, era un ambiente como más de castigo, más rígido.

Cuando me cambian a *La Corre*, pues llegué con un estatus de –¡ay güey!, ¿quién es ese güey?– decían, aparte cuando llegué no me relacionan con la población, me llevaron a una parte aislada.

Sí sentí el cambio de Quiroz a San Fernando, sentí adrenalina, era algo nuevo, tenía curiosidad de conocer y saber cómo me la iba a llevar, estuvo mejor porque está más grande, hay más población, me distraía, se me iba más rápido el tiempo.

Como yo llegué nuevo, se veía lo de la *chicha*^{*}, cuando me cambiaron al Patio 1 me tocó *chicha*, fue poco, estuve como dos meses nada más. Ya después me quedé a hacer aseos.

En San Fernando encontré a unos chavos ya más viejos. A algunos los conocía de allá afuera, de Iztapalapa, en la colonia Los Frentes, en Eje 7 y Periférico, y ya después me fui relacionando con diferentes chavos, aprendí a convivir, a llevarme, con unos de plano no me llevé, empecé a agarrar mi coto.

Al poco tiempo que llegué, como una o dos semanas después se hizo el motín. Yo llegué a principios de febrero, a finales de ese mes se armó un desmadre. Por lo mismo del motín muchos estuvieron bastante tiempo castigados, yo en ese tiempo estuve cinco meses castigado, aislado, solo. Otros chavos estuvieron más tiempo, hubo quienes se aventaron hasta ocho meses.

No puedes evadir tu realidad

Fueron muchos meses de aislamiento, leía mucho, le empecé a agarrar un poco de buen humor a la lectura. Afuera sí leía, no mucho, cuando entré a Quiroz, no había nada qué hacer y lo único que te daban eran libros y revistas, y pues decías –a ver de qué se trata–, me empecé a clavar, veía que un libro choncho me lo aventaba en una semana, leía día y noche, ni dormía si me picaba en una novela o en alguna historia.

* Limpieza de los pisos que los adolescentes realizaban con una toalla, tallando y secando, en ocasiones, a un solo ritmo, parejos, de lado a lado, de adelante para atrás.

Los libros los sacaba de aquí de la biblioteca y me iban llevando de a cinco o seis libros, ya después me los dejaban y veía de qué se trataban.

Leí varios, *El corazón del hombre*, de Eric Fromm, es mi favorito. En San Fernando las psicólogas hacían paro y me prestaban un libro, porque no te daban nada. Llegaban a la sesión y traían libros, yo les preguntaba de qué eran y les decía que me los prestaran.

Siempre me han aislado por motivos diferentes, no siempre fueron buscados, a veces fueron en autodefensa, se puede decir. No es que uno lo busque, es que algunas cosas se te salen de las manos. No es que te digan no tires el refresco y lo vuelvas a tirar, no, algunas veces es por vicios, por objetos no permitidos, porque pegaste, porque te pegaron, siempre me han aislado por motivos diferentes.

En el encierro no puedes evadir tu realidad, a lo mejor si estás afuera y estás triste pues te pones a ver la tele o juegas o así, aquí no, aquí si estás alegre, emocionado, triste o llorando tienes que estar. Como que te enseña a enfrentar un poco más tus retos.

Aprendes muchas cosas, de todo, hasta puedes encontrarle lo más divertido al encierro. Aprendes las limitaciones, te sirve mucho, para todo, para mejorar o empeorar tu personalidad, tus pensamientos, tu vida, todo. No es tanto de reflexión, sí sirve.

Agarran parejo

En San Fernando daban imprenta, carpintería, panadería y resinas, no entré a ninguno porque así como llegué, fue el motín y me castigaron, casi no tuve actividades, salí hasta julio y luego, a los 20 días, me aventaron otros dos meses por unas travesuras. Terminó el castigo y me cambiaron al Patio 1, dos meses después, en octubre de 2008, cambió la administración.

No dijeron nada, no comentaron nada, sólo fueron a presentarse y a decir que eran nuevas autoridades, y ya sabes, que iban a dar actividades y que en la escuela iba haber cosas más dinámicas.

Hubieron muchos problemas al principio. Al contrario, las actividades fueron disminuyendo, nos empezaron a encerrar más y más, luego volvió a pasar el otro motín en enero de 2009, hubo más encierro.

Yo andaba en la bola y en los despapayes agarran parejo para el castigo, sólo a los líderes o a las más desastrosos, por así decirlo, los tienen más aislados. Conmigo agarraron parejo, en el segundo me castigaron como dos meses, me dejaron en mi patio, me cambiaron de sección.

En ese mes, antes del motín, nos pasaron a todos a conocer los talleres, como un desfile. Los maestros explicaban y te preguntaban a cuál te querías ir, parecía que estábamos en la secundaria. Dieron los cupos, horarios y empezaron a acomodar a todos.

Al principio anduve dando un rol, me fui a todos los talleres, iba de *espontáneo* a ver cómo eran las actividades, me quedaba dos clases en imprenta, otras dos en cartonería, carpintería, panadería, y así. Ya después no podías hacer eso, tenías que escoger un taller y los empezaron a asignar, fue ahí cuando me quedé con Marco. Él estaba solo, sin Yolotzin, daba lo mismo, pero aparte, ella no tenía un área fija, andaba de aquí para allá, Marco estaba instalado en el taller.

El *Spiderman* de cartón

Antes de que empezara a ir de lleno al taller, como por agosto de 2009, hubo un tiempo en que ni me levantaba, no tenía rutina, mis días siempre variaban. Hubo un tiempo en que vivía de noche, dormía todo el día y en la noche estaba despierto, veía tele y así, la veíamos en la misma sección, echábamos coto, y de noche todo, comíamos y nos preparábamos la comida en la parrilla. Nada más salía a las cuentas, las cuentas de los guías, las que hacen para saber si estás o no estás, no más se asomaban y me alumbraban.

Entré al taller porque no tenía más, afuera en la secundaria en algunas clases, me daban artes plásticas, ahí hacíamos cuadros y todo eso, no me gustaba.

Cuando empecé en el taller me tocaba temprano, de lunes a jueves por la mañana, de ocho a 10 o algo así, y antes tomaba barras de siete a ocho, entonces en esos días me levantaba y me iba a las barras y ya después me iba al taller y ya a las 10 desayunaba, me bañaba y ya, me dormía un rato.

El taller era un portón grande grande, entrabas y de lado izquierdo estaba un cuartito así chiquito, como bodega se podría decir, ese casi no lo abrían, luego pasabas y estaba un área así como un lavabo y las mesas, y luego pasabas y había otro cuartito, y ese sí estaba abierto, ahí había una computadora, se puede decir que ese era como la oficina del profe.

Cada quién era un coto diferente, porque cada quién hacía lo suyo, pero pues luego estabas acá con la banda y se ponía música. Cuando llegaba al taller le ponía mi nombre abajo al trabajo, “*Banda*”, y ya decía –no pues la virgencita es mía– y ya me la pasaban y ya le preguntaba al Marco que qué le hacía y ya le comenzaba a hacer lo que faltara, que los ojos, los detalles y así.

Empecé así, primero a hacer alebrijes chiquitos, chiquititos, chiquititos, luego unos un poquito más grandes. Lo primero que hice fue un *Spiderman* en cartón y alambre y ese fue de los primeros. Marco me decía cómo, yo lo hacía todo, la diferencia era que él me iba guiando.

Ya luego me animé a hacer los cuadros calados, ahí debía pegar el cromo y después tenía que cortar y así, debía cuidar que no se rompiera con la segueta, en sí, nada más es de pegar el cromo. Por ejemplo, si pegas un perro con unas nubes, empiezas a cortar las nubes y las botas para que resalten, las pones así como inclinadas, el chiste es que se acomoden las figuras y en el fondo se vuelve a pegar otro y de ahí pues se puede pintar el marco y hacerlo diferente.

Hice unos cuadros, luego unos repujados y me empezó a llamar un poco más el taller cuando empezábamos a hacer más cosas como alebrijes.

Había veces que iba desde tempranito, llegaba hasta antes del taller, me empezaba asomar desde las nueve de la mañana a ver si ya estaba el Marco y ahí me metía y me la pasaba así hasta que se acabara, me quedaba toda la tarde hasta como a las cuatro de la tarde que se iban. Estaba chido, sí me distraía.

Además, el Marco es un personaje, es la banda, no te aburres con él, es bien chido, es la banda, es un personajazo. Por ejemplo, en algún trabajo me enseñaba a hacer algo y la primera él enseñaba, en el segundo él ya no ayudaba, tú lo hacías. Por ejemplo, si enseñaba a difuminar, a lo mejor lo aprendías haciendo un alebrije y ya después lo hacías en un cuadro.

Lo que hacía en el taller se lo daba a quien se lo ganara. Se los daba a mi hermana, a mi tía o a mi tío, o a mi mamá o a mi papá, y pues decían que estaba chido.

Mi familia me decía que estaba bien el que estuviera en un taller, hasta cuando les pedía materiales me preguntaban que cómo le iba a hacer. Les gustaba lo que hacía y por lo regular mi familia me apoya.

Deje de ir al taller varias veces porque me llevaron a otros centros, una vez, cuando me llevaron y luego regresé, ya estaban Yolotzin y Marco dando el taller juntos. Luego en 2010, una vez que me llevaron a otra comunidad, cuando regresé ya se habían separado.

Después, a mí me cambiaron a otro centro, como por julio, y me regresaron en septiembre de 2010, cuando regresé ya no estaba Marco y pues ya no me incorporé al taller porque el Marco se había ido, además, pues estuve otros dos meses en otro lado encerrado, y así.

Chagoya*

Era el año de 1998, una tarde cualquiera transcurría para los habitantes de Naucalpan, no para esta familia. El hombre de la casa, acostumbrado a imponer su poder con violencia, trataba, una vez más, de golpear al pequeño Chagoya.

De corta estatura, piel rojiza y cuerpo embarnecido, el niño corría por la casa para escaparse de la tunda que quería propinarle su padre. Jamás lo volteaba a ver, con excepción de los días que lo lastimaba. Su madre, despreocupada también, nunca lo inscribió en la escuela y, el día que lo intentó, el pequeño le advirtió que no perdiera su tiempo, el daño estaba hecho.

El instinto materno siempre está presente, sólo basta el impulso que lo haga salir ante alguna señal de peligro. Chagoya dejó de correr, su padre lo había alcanzado y golpe a golpe, como si disfrutara hacerlo, marcaba un parteaguas en la vida de su hijo. A su defensa, la madre tomó un cuchillo de la cocina y lo enterró en las entrañas de su esposo. Así transcurrían los días en aquella casa del Estado de México, sin imaginar que pronto cada miembro de la familia tomaría su camino.

El escenario cambió al puente de Plaza Galerías, la familia de Chagoya ahora eran los niños de la calle que ahí se refugiaban, con la droga de comida y la limosna como rutina diaria. Su hermana mayor lo buscó ante la preocupación de su madre y lo llevó a rastras nuevamente a casa, ya había caído en la trampa, sobrevivir era su reto.

Ahora no tenía que cuidarse de los golpes de su padre, sino del estado inconsciente de sus compañeros de calle, que intentaban quitarle el dinero que los transeúntes le daban para comer. El vicio era primero y tranquilizaba el crujido de las tripas. Repitió la escena aprendida en casa, tomó un cuchillo que sacó quién sabe de dónde y picó a sus compañeros, tenía que darles una lección.

* Ingreso a San Fernando: marzo de 2008.

Entrevista: 20 de febrero y 12 de marzo de 2012. Quiroz Cuarón.

Un buen día, Chagoya, ya un adolescente de 12 años, llamó la atención de una familia: padre, madre e hijo, cinco o seis años menor que él. Como gesto humanitario, llevaban tortas cada semana a los niños del puente, pues su carne pegada a los huesos no era más que el reflejo de la desnutrición que padecían. Pero Chagoya no perdía su gracia, regordete y chapeado conmovió al padre de familia, quien con la aceptación de su esposa, le ofertó casa, vestido y sustento a cambio de nombrarlo hijo.

El buen hombre era mecánico de autos de carreras, lo que atrajo a Chagoya e hizo decidir pasar una temporada con esa familia. Ropa, calor de hogar, comida y la enseñanza de su nuevo “padre”, al que él llamaba por su nombre, no bastó para que su estancia fuera definitiva. Un día, al llevar comida a sus viejos compañeros, algo pasó por su mente que lo hizo huir.

Los nuevos padres preocupados por él, lo esperaron horas, los mismos niños de la calle les advirtieron que no volvería, que era en vano su desesperación, no desistieron. Volvió sólo para decirles que siguieran sin él, que no necesitaba más familia que la que le había tocado. Ojos rojos, idos, inconsciente.

El adolescente dio paso al joven que lo llevó al límite de lo permisible. Se reencontró con uno de sus hermanos y se acopló a su estilo de vida. El entendimiento era perfecto: fiestas, mujeres, droga, alcohol, robos, secuestros.

Su iniciativa lo llevó a la escuela, quería aprender a leer y escribir para ubicarse dentro de esta gran ciudad cuando andaba “tendo”, delinquiendo.

Su gran vida se situaba en una vecindad de largo pasillo, vieja, de un solo nivel, algunas casas gozaban del privilegio de un segundo piso, dependía de cómo les fuera en el negocio. Todos ahí vendían droga, él también, para no pagarle renta al patrón.

Su casa era prostíbulo y él tapadera de su hermano ya casado. Juntos compartían las ganancias del negocio, las mieles del éxito. La buena vida tenía que acabar. Junio de 2006: delitos contra la salud, sentencia: nueve meses. Marzo de 2007: robo a transeúnte con arma blanca, sentencia: seis meses.

No fue hasta marzo de 2008 que la estancia en la CTEA de San Fernando se hizo más larga: cuatro años, seis meses, 22 días. Vio nuevamente la calle que lo llevó a La Corre hasta noviembre de 2012.

Cuando lo entrevistamos, Chagoya ignoraba su edad y su fecha de nacimiento, aunque afirmaba tener 21 años en ese momento y haber nacido en Xalapa, Veracruz. Argumentó que su hermano tiene su acta de nacimiento, desconoce dónde la guarda. Perdió la cuenta de los años, en su rostro se ven las marcas de la vida, de una más larga de la que dice ha vivido, sus ojos no mienten, tampoco su voz temblorosa al tocar el tema.

Tiene una hija que entonces tenía un año y cinco meses, producto de una relación dentro de la comunidad, guardaba gran ánimo por salir libre para trabajar y componer su vida debido a la responsabilidad que ya tenía. Deambulaba a paso lento y semblante cansado por los patios de “Quiroz Cuarón”, comunidad a la que lo cambiaron en noviembre de 2010.

La tercera es la vencida

Me dicen *Chagoya*. Llegué al Consejo primero, aquí al lado, a CDIA,* en Petén. Tenía 17 años, ya había tenido algunos ingresos antes, desde los 13 años, como unos nueve o 10, éste último, ya fue el verdadero.

Incluso dos veces ya me habían mandado para San Fernando, uno por Daños a la Salud y otro por Robo a transeúnte con arma blanca, con lesiones. Entonces ya me sentenciaron en la primera a nueve meses y la segunda a seis meses, salí y volví a dar acá.

En este último ingreso primero fui a declaraciones, duré como cuatro o cinco días, una semana, ya después me mandaron para el Consejo, estuve como un mes y medio o algo así, por mi delito, y ya después me mandaron a San Fernando. Ya tengo casi cuatro años aquí, llegué el 11 junio de 2008.

* Comunidad de Diagnóstico Integral para Adolescentes.

Es que, cómo te podría decir, ya había estado ahí, ya sabía lo que era, de todas maneras llegas con otras impresiones, ya sabía que iba haber cambio de ley, ya nos habían dicho más cosas y que había más talleres, entonces ya, lo que quería era tranquilizarme, y fue otra impresión.

Se notó poco el cambio de ley, bueno, sí se nota la diferencia en un aspecto, en el que antes los federales nos tenían más encerrados y en esta administración nos tienen más libres, aunque sí hay menos privilegios, te dejan pasar más cosas, con los federales te dejaban pasar más, no había problema, pero te pedían. Es otra administración, hay más convivencia con los guías, juegan si hay oportunidad.

Antes te tenían más encerrado y en esta administración como que ya no, te enseñan, te capacitan más, hay más terapia familiar, mandan a traer a tu familia, trabajas más con ellos, y antes era nada más Trabajo Social, Psicología y ya, no había terapias familiares. Y pues en esta administración sí hay, es una red de apoyo para ti, te dejan salir antes. Cuando llegué a San Fernando, ya tenía conocidos, no era lo mismo, era mi primer día, me despierto y dije –chale, pues si vengo por cuatro años, siete meses, 22 días, y apenas llevo un día. Sí me fueron a ver varios conocidos y –qué necesitas–, pues era mucho tiempo, ya no sabía por dónde empezar, ni por dónde acabar.

Cambio de ley

Todavía llegué en la ley federal, ya fueron muy pocos meses, entré en junio de 2008 y la nueva Ley entró en octubre, el 4 o 6 de octubre ya estaban entrando, ya no fue mucho tiempo lo que conviví con los federales, ya no te trataban como antes, así de –tú vete para allá y vente para acá– te pegaban, ya no era tanto ese trato. Ya te trababan un poco mejor que antes.

Cuando recién llegas estás separado de la población, estás en un cuarto donde no puede entrar nadie, más que los custodios, se llama Recepción.* Ya después te bajan y te dicen a qué patio y qué sección te toca.

Cuando estaban los federales, por Sección había 40 o 50 personas, y en esta administración ya lo máximo que hay son 20 chavos, creo. Una sección era un espacio de más o menos 25 metros cuadrados, y ahí habían 50 chavos mínimo. En el Patio 1 eran nueve secciones, en el Patio 2 eran seis, en el Patio 3 eran tres.

Cuando entra la nueva administración en octubre, pasan dos meses y en diciembre hubo muchas liberaciones, como 200, 250, algo así. Pues ya se fueron yendo y ya ibas ocupando los lugares vacíos. Cuando entró esta ley, el proceso era de 22 días hábiles en el Consejo, no contaban ni sábados ni domingos ni días festivos, ya cuando entró esta administración hubo un cambio, el proceso era de cinco a nueve meses, y pues ya se tardaban más en llegar los chavos, no llegaban hasta después de seis meses, siete.

Me empecé a llevar bien con muchos de mi sección, igual con la mayoría de los de tu dormitorio. Con mi psicóloga, mi terapeuta, mi trabajadora social y mi tallerista, se llamaba Andrés. Estaba en el taller de imprenta, hacía playeras, posters. Cuando llegas te meten a uno, no es de que quieras, te decían –tú vas a ir a este taller– y tenías que ir, si no ibas te castigaban, unos tablazos. Esa era la antigua ley. Ahorita ya no te hacen eso, ahorita si quieres ir a tu taller vas, si no pues no, el beneficio es para ti no para ellos.

Estuve con Andrés como seis meses, ya después me cambié al taller de Resinas, con el *Mandril*, y estuve ahí desde que llegué hasta que cambió a ACCA. Se podría decir que yo recibí a Marco y a su Taller ACCA, cuando él llegó yo ya estaba en el taller e hizo el cambio, en lugar de dar resinas, le puso ACCA y fue cuando empezó a dar cartonería.

* Recepción: sitio donde acceden los adolescentes antes de que se les asigne Patio y Sección.

Lo que trajo la nueva ley

Marco llegó y ya estábamos todos. Los federales se llevaron todas sus cosas, él y esta administración empezaron a traer materiales. El tallerista iba por ti al horario que le tocaba a tu patio y los que querían ir, iban, los que no, no. Ya no era como antes con los federales, que si no estabas en la lista para el taller no podrías bajar de tu patio. Con esta administración ya era abierto, a veces llegaba un chavo del Patio 3, otro del 2, y ya no había tantos problemas como antes que había riñas.

El horario era de 10 de la mañana a 12 de la tarde, todos los días. Eso era en mi Patio, yo estaba en el 1, después seguían de las tres a las cuatro los del 2 y de cuatro a seis seguían los del 3. No nos juntaban mucho porque se peleaban, habían riñas, le debías de entrar aunque no quisieras.

Con Marco pasaba que había varios chavos de secciones diferentes que se llevaban mal, se peleaban y cuando llegaban al taller era como si nada, yo pienso que era un espacio de expresión para ellos, podían hacer lo que ellos quisieran, ya no les decían –¡no hagas esto o haz esto!– y mejoró la relación.

Hacíamos Santas Muertes, San Judas, *Winnie Pooh*'s, alebrijes, de todo. Había libertad de hacer lo que quisieras y después te ibas a tu Patio, te llevaban. Hacías tus aseos, lavabas tu ropa, comías, conseguías las cosas que te pedían los padrinos,* a veces eran vasos, cucharas de color, champú. Yo tejía pulseras, agujetas, gorras, cinturones, lo que me pedían yo se los tejía, me gusta, bueno ahorita ya no, antes sí, me servía para obtener mis cosas. Los chavos me daban sus combinaciones, sus hilos, y ya nada más yo les tejía, les daba lo que me pedían y ellos me daban lo que yo quería, lo que me había pedido el padrino.

El espacio del taller seguía siendo el mismo, ya no era lo mismo que hacíamos. Antes con pedazos de troncos hacíamos un Cristo, la virgen, y les echábamos resinas y se veía padre, también hacíamos ceniceros de resinas y pues ahorita ya no, ya se hacen las cosas con más periódico y engrudo.

* Se le llama así a los adolescentes que por su tiempo reclusos, violencia e influencia, tienen el control de los Patios y dictan qué se tiene que hacer.

El taller era grande, había tres mesas donde debías de trabajar, si hacías algo de periódico con engrudo, ponían una mesa larga para que pusieras tu Santa Muerte, tu San Judas o lo que estabas haciendo, le ponían tu nombre y *pum pum pum*.

Había un escritorio con muchas cosas, clavos, lijas, pinturas, pinceles. Estaba el cuarto donde había *thinner* y más cosas que no podían tocar, seguetas, y, al lado, otro cuarto donde metían pura madera, era como tipo basurero.

La puerta era muy grande, había muchas sillas blancas, la mayoría trabajaba parado, les gustaba, ya si pintabas pues ya te sentabas, platicabas, ibas con los otros y les decías –qué güey, préstame esto– cotorreabas, te aventabas algo, estaba chido, la convivencia estaba buena.

Había veces que te llevaban que los chicharrones, o nosotros de la visita que teníamos, llevábamos yogurt, galletas y convivíamos, comíamos, iban a nuestros patios y te decían –qué tranza, ya estás comiendo el pollo *Bimbo*–, y como que había más confianza entre nosotros.

Lo que hice en resinas a veces lo ocupaba con Marco, depende de lo que querías hacer, porque tenías que mandar a traer tu material. A mí si me daban alambre y periódico, yo sacaba lo que podía de ahí, lo sacaba porque lo sacaba. No conocía nada de eso, por eso me gustó el taller, hacías cosas chidas como resinas, cuadros con resina, se veían chidos y los regalabas o los vendías.

Mi esposa me decía que estaba padre lo que hacía, que incluso podríamos vivir de eso allá afuera, hacer cuadros y así, venderlos porque estaban padres. Que iba a tener un trabajo seguro afuera si me quedaba en ese taller. Me pedía que le hiciera cosas, que para su mamá, que para ella, su papá, su tía.

Ya tengo experiencia de los dos talleres, ya podría hacer un alebrije chiquito con resina para que dure más. Y pues se ve más chido a que sólo hagas el puro alebrije pintado, ya con resina como que luce más. Sí podría hacer eso y vivir de eso, hay muchas personas a las que les gustan esas cosas.

Lo primero que hice con Marco fue una piñata de *Winnie Pooh*, con su jarro y la miel. Ya después hice una Santa Muerte, un San Judas de cartón y un cuadro de repujado. Todo era con tiempo, primero era una cosa y después otra y así hasta terminar. También hice cuadros resinados, calados.

Una vez hice un cuadro, lo que yo quise expresar fue la libertad. La mayoría ponen a alguien detrás de las rejas o alguien con una cadena, yo nada más puse las puras cadenas, muchas cadenas y unas esposas, quise expresar la libertad. En mis otras cosas como mis Santas Muertes y eso, no expresaba nada en especial, lo hacía sólo por gusto, por mi creencia.

Pedía opiniones a mis compañeros, les decía –oye, ¿cómo ves esto?–, por ejemplo mi Santa Muerte que era negra –qué tal si le echo algún grisito, cómo ves si le pongo la guadaña de este color, con sangre, sin sangre, ¿cómo crees que se va a ver?– pedía consejos y ellos también me pedían. Nadie se alejaba, la cosa era expresiva, tú podías decir –qué onda, ayúdame– y ya te ayudaban o tú ibas a ayudarles, estaba chido.

Las cosas que hacía me las quedaba, otras, a veces, las regalaba, por ejemplo a mi psicóloga, a mi trabajadora social. Una vez mandé una Santa Muerte al altar de Tepito, como de un metro de altura, le puse un mundo, todo lo que lleva y quedó chida, la pinté como color fuego y se veía chingón.

Hice un San Judas más chiquito, como de medio metro, y se lo regalé a mi esposa. Los cuadros se los di a ella, eran dos calados, uno del *Demonio de Tasmania* y otro de *Campanita*, el repujado era una *Cowco* con un corazón que decía “Te amo”. A mi hermana le pinté una virgen en lienzo, me la dibujaron porque yo no sé dibujar, y yo la pinté.

Yo iba mis dos horas al taller, hasta tres, diario, de lunes a viernes. Para quedarnos teníamos que pedir permiso a los guías y Marco les decía –pues mira este chavo está haciendo esto que va a regalar para su visita y le toca el sábado y no ha terminado, qué tal si se puede quedar, ¿no hay problema?–, y pues ya te daban la autorización y te quedabas, si no te regresaban a tu Patio.

Yo respetaba las reglas de Marco, a veces la banda iba mariguana, con chochos, y Marco sí nos dijo –saben qué, aquí en mi taller no deben entrar drogados–, puso sus límites y varios se salieron.

Cuando iban llegando los nuevos, pues empezaban desde abajo, debían ganarse la confianza de Marco. Yo nunca pedí esa confianza, porque pues a veces sí te gana la tentación y la friegas. Sí había chavos a los que les daba las llaves donde estaba el cemento, el *thinner* y esas cosas y no le robaban.

Yo siempre estaba en mi rollo, nunca quise ganarme las llaves, yo lo que quería era hacer un cuadro, distraerme más que nada. Llegaba, me ponía a hacer el engrudo, arrugaba mi periódico para que pegara más.

Nunca busqué a Marco para decirle –dame las llaves, dame confianza–, porque sabía que allá adentro me drogaba y nada más la iba a regar, iba a perder su confianza, yo hacía lo mío y ya.

Llegas a hacer amigos, estás aquí todo el tiempo, se puede decir que casi casi son de tu familia, se vuelve más que una amistad con ellos. Yo con Marco hice una amistad muy chingón, me caía bien, nos llevábamos –qué tranza güey– me decía, –sí sí pinche ruquito– le contestaba. Nos llevábamos chido.

Pero una cosa era llevarte bien con él y otra no hacer nada en el taller, cuando terminabas, debías de barrer, recoger todo, mantener el espacio limpio y arreglado, era lo básico. Marco nos decía –cuando vayas a ocupar algo, lo lavas y dejas en su lugar–, y suponiendo que a ti te tocaba barrer, a otro le tocaba recoger la basura, nos íbamos turnando, todos participábamos.

Del material, yo agarraba de lo que hubiera, a veces le robaba a la banda o a veces le pedía a mi esposa. No había mucho material, el que te daban dentro pues estaba feo, no servía, la resina estaba fea, era de la más corriente, y pues tenías que mandar a traer de la buena con tu familia.

Pues la mitad del material te lo traía la familia y la otra Marco, la institución ponía pura basura, también de ahí se puede hacer algo.

Con lo que había, aprendí a hacer figuras de papel con engrudo, eso yo no lo sabía hacer y se ve chido. No era tan hábil con las manos pero hacía un esfuerzo para que se viera bonito, cuando iba aprendiendo me desesperaba y lo

tiraba, ya no le seguía, después me decía Marco –no, mira es así– me iba enseñando y agarré práctica. Al principio nada más hacía las cosas al *ahí se va*, ya después Marco me enseñó cómo hacerlo, lo hice y le dije –qué, ¿cómo ves?, ya me aplico o qué onda– me respondía –ya se ve mejor de cómo lo estabas haciendo antes–, fue cuando dije –ya aprendí algo nuevo que no sabía– y sentí chido.

Es mejor en equipo

Las actividades en grupo eran los alebrijes cuando había concursos, nos preguntaban si queríamos trabajar, también los elegían, eran los elegidos, se podría decir que los que trabajaban más, los que sabían que no le echaban hueva, porque se trabajaba de día y de noche, descansabas un rato o dormías de día y trabajabas en la noche.

Cuando hacíamos esas actividades mi mente se abría, yo sentía que no estaba ahí, yo estaba en otro lado, me despejaba, se me iba el tiempo y ya después decía –ay güey, ya pasó mucho tiempo– nos decían que ya se había acabado y nos parábamos, nos despedíamos y al otro día era igual, armar, pintar, comíamos ahí todos, un rato de desorden y vámonos otra vez a chingarle.

Me gustaba más trabajar en grupo, convivías con todos, también para que cuando uno salga se adapte a la sociedad, que no va a ser fácil, hay que hacerlo poco a poco, por eso me gustaba más el espacio grupal.

Entre nosotros nos preguntábamos qué le quitábamos y qué le aumentábamos a los trabajos que hacíamos, para qué éramos buenos. –Yo pienso que hay que ponerle esto, o déjaselo pero ponerle esto otro– decíamos.

Nos hablábamos con nuestro lenguaje –ponle ese pinche verde güey, no mames, ¡quítale el rojo!, ponle un amarillo, uno más claro–, –va güey– respondía otro –ponle un color más oscuro, no, perdón uno más claro–, así íbamos opinando todos, hasta Marco opinaba. Nos expresábamos a nuestra forma.

Trabajando en grupo aprendí cosas que no sabía, que no conocía, algo que ni siquiera imaginaba, veía las figuras, las pinturas y decía –¿de dónde sacan

esto, cómo lo hacen?–, y ya cuando lo hice con ayuda de todos pensé –se ve chido, lo haces a tu modo y se ve mejor. Eso está chingón, está muy chingón.

Alebrije independentista

Era 2010, nos dijeron –va a haber un concurso–, y dijimos –pues va, nos aventamos. Lo empezamos a hacer en las mañanas, y ya cuando me di cuenta también era en las noches y ya te habían sacado y pues ya ni pedo, toda la noche también te aventabas. Lo terminamos como en un mes, algo así.

Llegó Marco y nos dijo –hay un concurso de unos alebrijes–, y pues agarraban a los que se aplicaban, él los eligió, no agarró a todo el taller, sólo a algunos. A mí me dijo –jálate– le dije que sí, yo pensaba que sólo iba a hacer en el día, no en las noches, y le dije –chale, ¿cómo me embarcaste?–, –ya, órale no estés de niño– me dijo, y pues entré al concurso del alebrije.

Le entré por la experiencia y el aprendizaje, quería hacer figuras grandes, en grupo. Lo que iban a hablar de nosotros afuera, a mí no me pasó por la mente. Marco hasta grabó, andaba con una videograbadora y nos pasó todo el desfile, nunca nos pasó por la mente salir en la tele, bueno yo sólo lo hice por experimentar, quién sabe los demás.

Mi interés era hacer algo grande y en grupo, no sabía ni qué era un alebrije, Marco nos había explicado algo por la cartonería que hacíamos, nunca pensé que fuera tan grandote, y ya cuando lo empezamos a hacer me sorprendí y me dije – pues ya ni pedo, ya estamos aquí.

Estábamos *Cejas, Furcio, Golum, Quemado, Pollo, Bribiesca*, sólo me acuerdo de ellos, y yo. Empezamos a soldar varillas y todo eso, lo empezamos a construir y después a encartonar, en eso nos llevamos como un día y medio, ya después empezamos a pegarle periódico, le pusimos como cuatro capas de periódico. Después se tenía que pintar y le empezamos a hacer los detalles, figuras sobre el alebrije, cualquier cháchara que se les venía a la mente se la ponían. Cada quien ocupaba su técnica, las alas las hacían entre cuatro o cinco chavos, pues ya se ponían de acuerdo para que le pintaran lo mismo.

Nos tardamos más en hacer la cabeza, quién sabe qué era, tenía cuerpo como de dragón. Tenía alas como de murciélago o algo así y una cola larga larga, era como espiral.

Yo hice parte del cuerpo con Marco y otros tres, lo encartonamos, ya después, Marco, *El Cejas* y *El Furcio* le pintaron las primeras capas. Ya después entre todos empezamos a dibujarle figuritas. Andábamos pintándole a todo, decíamos –ya me aburrí de estar aquí, ahora vamos a pintarle acá–, andabas de un lado para otro. Lo que más le ponías al cuerpo eran escamas y espirales, Marco nos iba enseñando a hacerlo, para que se viera bien y no quedara feo.

Teníamos brochas y pinceles y nos enseñó a mover de una forma para que saliera la figura que queríamos, círculos y todo eso, pintábamos con lo que hubiera. Sí había pinceles, la mayoría los estaban ocupando que para las alas, la cabeza, la cola.

Luego llevaban que unas tortas, un café, y pues íbamos haciendo el alebrije y convivíamos, era un rato de convivencia con los que están aquí adentro, te despejabas un rato.

Cuando el alebrije salió en la tele me emocioné –yo participé en ese– dije. También había otros más chidos, Marco nos decía y pues sí, la verdad estaban bien chidos.

Tiraron su chuky*

Al principio del taller, eran dos maestros, Marco y Yolotzin, los dos hacían lo mismo y por eso estaban en el mismo taller, compartían el material y el espacio, entre los dos llevaban el taller.

Antes de que se separaran, porque se pelearon y se dividieron el cacho, si trabajabas con Marco, trabajabas con Yolotzin, porque eran lo mismo. Ya después se separaron y yo ya estaba acá en “Quiroz Cuarón”.

* Se enojaron.

Empezaron a pelear porque Yolotzin según tenía muy mugroso el taller, pusieron una división –ésta es tu parte y ésta es la mía–, tiraron su *chuky*. La división era para que ella no se metiera al lugar de Marco, ni él al de ella, porque Yolotzin tenía muy sucio el taller, y pues sí, le decían “*Mugrotzin*” allá. A Marco le gustaba tener todo ordenado.

Marco era la onda, te enseñaba chido y estaba preparado para todo eso, tenía la preparación para ayudarte, te enseñaba muchas cosas que no sabías, Yolotzin también, sabía hacer varias cosas la chava. Eran lo mismo casi, sólo que Marco sabía hacer un poco más de cosas que ella.

Para mí, Marco era la banda. Luego iban dos que tres güeyes a contarle a Marco cosas de sus papás y pues él te decía –no, pues hazle así–, te apoyaba en esos sentidos también. Con Yolo no había eso, nada más –¡*queobolas!*, cómo está la calle–, luego la cotorreaban y ella ponía su raya, luego no tanto, a veces sí se dejaba, le gustaba que le dijeran todo eso, porque no te reportaba ni nada. Y con Marco como que sí nos expresábamos, te enseñaba a expresarte, la mayoría de la banda iba con él, le decían cosas, le tenían confianza, así como él a ellos.

El infierno

Llegué a “Quiroz Cuarón” con *Bribiesca, Gomita, Furcio, Ivancito, Araña, Quique y Castor*, éramos ocho, aquí nada más había tres, entonces ya éramos 12 en total, ya después se trajeron a otra camada.

Nosotros llegamos en noviembre de 2010 y en enero otros, después otros dos grupos. Todos pensaban que aquí iba a haber actividades, nos *terapearon*.

Llegamos acá porque nos preguntaron quién se quería venir, que había muchas actividades, nos lo dijeron los encargados allá en San Fernando. –¿Quién se quiere ir para Quiroz?, se pueden ir antes, allá hay actividades, no se van a aburrir– nos dijeron.

Hicimos una carta para que nos cambiaran, yo no creía, pues dije –chicle y pega y me voy. En la carta puse que quería cambiar, estar con mi esposa, con mi hija. Ese mismo día por la noche nos avisaron y de mi patio se vino un chavo que se llamaba Israel y otro que le decían *El Bribiesca*, aunque él al otro día se fue. Dijeron –*Chagoya*, te vas.

Y al otro día que me arrepiento, no había nada, nos decían que ya para la siguiente semana iba a haber actividades, y así nos trajeron, está bien pinche aburrido aquí, ni hubiera venido. Pedí mi cambio, me dijeron que no me podía regresar, porque yo hice la carta.

Por más que quieras hacer algo no hay nada. El alebrije del 2011 con Marco, fue la única actividad que ha habido. Una vez también hubo una obra de teatro, no le entré. No hay nada más que escuela, psicología, trabajo social y terapia familiar.

Hacen falta actividades así como el taller, sólo vienen los miércoles con juegos de mesa, cine, todas las que traen ya las vi. La mayoría de la banda manda a traer sus películas con su familia, ya nada más pedimos el DVD y con nuestra tele aquí dentro, las vemos.

Allá en San Fernando está más chido por los talleres, aquí está más aburrido porque está más chico, si hubiera actividades estaría mejor, no hay nada. En San Fernando está grande, aquí por más que quieras salir a hacer algo, luego luego está la barra, allá tenías que salir de tu Patio, aquí sales del dormitorio y está todo.

Aire fresco

Estábamos jugando fútbol ese día y llegó Marco –¡qué tranza, qué paso!–, y empezó de *guagarón*, siempre es así –qué *Chagoya*, traigo un proyecto, ¿le entras?– me dijo. –Pues vámonos *tendo*, está bien pinche aburrido aquí, chance se me va el tiempo ahí. Ya después nos dijo cuándo empezábamos y sí se me fue

el tiempo. La mayoría de la banda iba porque había unas chavas, yo iba por desaburrirme, estaba bien pinche aburrido. Estuvimos dos semanas haciéndolo.

La mayoría de los que estábamos aquí ya habíamos participado en los anteriores alebrijes, entonces en corto llegaron con los churros de papel y empezaron a armarlo, fue rápido, más que los otros.

Marco llegó primero con la estructura en chiquito y nos dijo que así iba a ser el alebrije, después ya llegó con la estructura hecha y pues lo acabamos rápido.

Yo pinté el cuerpo, las patas, tenía el caparazón de una tortuga y también ahí le pinté, las alas, yo andaba por todos lados, lo único que no pinté fue la cola porque la estaba haciendo uno de los chavos que acompañaron a Marco.

De nombre le pusimos La Vagabunda, al final los ayudantes de Marco ya le habían puesto así, nos preguntaron y así le dejamos.

Todo depende de ti

En el Taller ACCA aprendí a expresarme, a convivir para salir preparado a la sociedad, para ya no ser como antes. El taller no te cambia de la noche a la mañana, también me ayuda psicología y trabajo social, el taller sí me tranquilizaba, me relajaba. Se me iba el día rápido y ya no pensaba en pendejadas.

Lo que aprendí con Marco sí te puede servir allá afuera, –¿qué tal si quiero trabajar en otra cosa? Sí lo podría hacer, cuando tenga ganas de regalarle algo a mi esposa, a mi hija, a mi hermana o a mi sobrino. Para vivir, me pongo a trabajar de otra cosa mejor. También fui a otros talleres antes de la nueva ley, carpintería, panadería, imprenta y gastronomía, porque después nada más estuve en ACCA.

Allá afuera trabajé de panadero un tiempo, quitándole a las charolas lo pegado, ya después aprendí a hacer pan, quién sabe –¿qué tal si salgo y me encuentro un trabajo donde paguen mejor?

Mi chava me dijo que me había conseguido un trabajo, no me dijo de qué. Todavía no tengo nada planeado, me falta poco para salir, salgo en noviembre de este año, no pienso mucho en eso.

Aquí dentro aprendes muchas cosas y puedes hacer algo allá afuera con esos aprendizajes, ya es de ti que lo quieras seguir como profesión. Cuando salga va a estar difícil que encuentre algo de eso que aprendí aquí. Muchas actividades te servían sólo para no pensar en el encierro.

El taller estuvo chido, fue una experiencia diferente. Cuando entré a San Fernando no pensé encontrarme con un taller como ése, ya conocía los talleres, nada más estaba esperando a que me dieran uno y después cambiarme. Experimenté –a ver qué nos trae la nueva ley– pensé.

Creo que es bueno que existan este tipo de talleres, que te permitan expresarte libremente, que aprendas cosas que nunca habías hecho antes. Por ejemplo, qué tal si ahora quieres hacer una virgen, ya con lo que sabes haces algo diferente y se ve tu libertad de expresión, puedes hacer lo que quieras.

Me gustaría enseñar afuera lo que aprendí en el taller, a quienes quieran, si tengo las herramientas al alcance. Si les gusta, pues les sigo enseñando, si no, pues mientras ya experimentaron algo.

También quisiera seguir aprendiendo cosas del taller, estaría chido –¿por qué no? Si Marco me invita a sus talleres, ¡pues me jalo!

*Layon**

Comenzaba el mes de marzo de 2010. Layon, de 16 años, no imaginaba que su trabajo estaba a punto de recluirlo en la Comunidad de Tratamiento Especializado para Adolescentes de San Fernando y, con ello, poner fin a su vida de desvelo, fiestas, amigos y alcohol por los próximos dos años y medio, a los que fue sentenciado.

Su mamá y su esposa, con quien tiene un hijo de cinco años, ya se habían cansado de advertírsele, sabían que no les haría caso y que seguiría en su desastre, como él lo decía.

No soportaba las horas de clases durante el primer año de secundaria, pero sí podía esperar hasta las cuatro de la tarde para que, con ayuda de la cajera de algún banco, su banda pudiera asaltar a algún cuentahabiente que saliera con una buena cantidad de dinero.

Es originario de la Ciudad de México y criado en la colonia Ramos Millán, en la Delegación Iztacalco. Es de estatura promedio, tiene un abdomen abultado que se delinea bajo las playeras sin mangas que usa y que permiten ver uno de sus tatuajes en el antebrazo con el nombre de su hijo. No es el único que tiene, su colección suma nueve, además de 19 charrascas, como llaman en las comunidades a las cicatrices provocadas por razgaduras en la piel que ellos mismos se hacen.

Aparentaba más de los 18 años que tenía al momento de la entrevista. Era muy sonriente y mantenía una buena relación con sus compañeros. Sólo los guías y el personal de la comunidad lo llaman por su nombre, pues los demás lo nombraron Lion, o esa es la ortografía que hubiéramos utilizado hasta que él la corrigió.

* Ingreso a San Fernando: 7 de marzo de 2010.
Entrevistas: 20 y 27 de febrero de 2012.

–Me dicen Lion porque así me iba a poner mi papá.

–¿Como león en inglés?– le preguntamos.

–Sí, así: ele, a, i griega, o, ene: Layon.

Otro tatuaje en su antebrazo lo confirma.

Participó en el Taller de Arte y Cultura de la Comunidad para Adolescentes (ACCA), no en las épocas de auge, sino a finales de 2011 en un intento de Marco González, maestro del extinto curso en San Fernando, por reunir nuevamente el talento de los chicos reclusos en “Quiroz Cuarón”, a donde él llegó en junio de ese mismo año, para la elaboración de un alebrije de cartón.

Su testimonio acerca del Taller ACCA cuando vivió en San Fernando es más el de un espectador que el de un participante, pues su proceso de ingreso y el ritmo de trabajo que ya tenía enrachados a los integrantes del grupo, le impidió unirse al equipo, eso no impidió que observara su desempeño desde un taller vecino.

Fue el primero en aceptar la entrevista en febrero de 2012, cuatro meses después de conocerlo cuando elaboraba el alebrije. Aquella vez pintamos juntos la cabeza de la escultura monumental que tenía forma de grillo.

Nos reunimos en un cuarto blanco de tres por cinco metros ubicado a un costado de la cocina de la comunidad. Su voz quedó grabada al mismo tiempo que el ruido de las ollas y cazuelas en plena actividad, que el rebote de la pelota con la que jugaban frontón en el patio los demás internos y que el abrir y cerrar de las rejas que aguardaban el paso de los guías.

La cárcel chica

Yo llegué en el 2010 a *La Corre*. Se sentía el ambiente bien pesado, el centro se veía como una cárcel. Los mismos compañeros parecían más grandes, todo mundo, en pocas palabras estaba feo, era como una cárcel chica.

Me tardé en acoplarme, primero me llevaron con chavos que estaban conmigo en CDIA, en Petén, ya cuando me pasaron a patio, tardé en acoplarme porque los chavos ya llevaban tiempo y me tardé un rato en integrarme, como dos

meses. Hice cuates por lo mismo de que todos veíamos la televisión ahí en San Fernando, a mí me gustan las telenovelas de TV Azteca.

Ya después empecé hacer cuates del Patio 2 y del 3, empecé a hacer amigos de distintos Patios. Yo le hablo a todos, con los que más jalaba era con valedores de mi colonia de ahí de Ramos Millán.

Después ya tienes tu rutina, yo por ejemplo pasaba cuenta a las siete de la mañana, hacíamos aseo, hacíamos nuestra sección y ya a las nueve que terminábamos bajábamos a desayunar, de ahí nos íbamos a jugar frontón y ya a las doce, en mi caso, me tocaba la escuela de doce a dos, entonces ya dejaba de jugar y me iba a mi escuela.

Comía a las dos y terminando de comer me iba a jugar de nuevo frontón hasta las cuatro y ya a esa hora nos tocaba barras, bueno al Patio 1 le tocaba barras y regresaba a las seis, y a esa hora regresaba a la cena y ya luego de la cena nos cerraban puertas a las siete de la noche y ya después estabas un rato con los compañeros y pues ya a dormirme, porque yo me dormía temprano.

Luego me enteré de los talleres, porque como todo, te empiezan a hacer entrevistas los de las áreas, como ahí se divide por áreas está Psicología, Trabajo Social y los de Cultura. Ellos, te decían que escogieras uno de todos los talleres, entonces iban y te entrevistaban y te decían que a qué taller querías ir y ya nos decían que había carpintería, cartonería, gastronomía, el Taller de ACCA con Marco.

En el taller con Marco, no era nada más entrar por entrar porque se puede decir que ya tenía su equipo de chavos o sea pues era muy difícil entrar. Entonces yo escogí cartonería con Yolotzin.

Lo escogí porque eran los únicos talleres que había y porque yo cuando estuve en el proceso en Petén iba a los talleres con la mamá de Yolotzin. Su mamá también da cartonería y me llama también la atención hacer manualidades con periódico, con engrudo, con cartón y pues se pueden hacer varias cosas que están padres.

Del otro lado de la reja

Cuando empiezo en el taller de Yolo el horario era de diez a doce y nada más era martes y jueves, dos días a la semana. Yo digo que era poco tiempo, porque cuando menos veías te decían que ya se había acabado y que ya nos teníamos que ir.

Yo nunca había tenido un acercamiento con el trabajo en cartón. Tuve una experiencia con la carpintería, porque allá fuera con mi suegro trabajé un tiempo, con cartón y periódico no. En la carpintería hacíamos muebles, puertas, sillas, recámaras, cocinas integrales. O sea, no sé al cien por ciento, sí sé algunas cosas. Es el único antecedente que tengo de manejar herramientas.

Los de Yolo, estábamos en el mismo espacio que los del ACCA de Marco. Convivíamos todos, nos separaban unas rejas así como en T, entonces de un lado era el taller de Marco y del otro lado era el taller de cartonería.

El espacio donde estaba el taller era un salón grande, dividido a la mitad. Había un cuarto en el que estaba la computadora y ahí se ponía la música que escuchábamos todos, los del taller de Yolo y los del Taller ACCA.

Yo conocía a varios del ACCA, eran de diferentes patíos. Estaba *El Memín*, estaba un chavo que le decían *El Chagoya*, estaba un chavo que le decían *El Cuácharo*, estaban chavos del 3, del Patio 3 que ya eran viejos y ya no me acuerdo de sus nombres, sí me acuerdo del *Chagoya* y del *Memín*.

Aunque estábamos en el mismo salón, trabajábamos separados y de distinta forma, por ejemplo, en el acomodo de los materiales, ellos ya tenían los materiales que iban a utilizar y nosotros no, nosotros entrábamos al cuarto y pues Yolo te decía, tú vas a utilizar esto. Con nosotros, Yolo era la que organizaba y Marco no, los mismos chavos que ya estaban con Marco ya sabían lo qué tenían que hacer sin que Marco los estuviera acarreado y a nosotros nos tenían que estar organizando.

Con Marco, los chavos ya tenían tareas establecidas, ese es el sistema que utilizaban y pues ellos ya se sentían libres porque ya sabían dónde estaba la pintura, dónde estaba la pistola, el aerosol, los pinceles, las brochas. Ellos ya

sabían dónde estaba todo el material y nosotros no, porque pues ellos estaban todos los días y nosotros sólo estábamos dos días a la semana.

Con el Marco había más libertad, a mí me llamaba mucho la atención porque ahí sí te podías mover y acá tenías que estar esperando a la maestra a que te dijera vamos a hacer esto, y ellos no, pues llegaban y decían –vamos a pintar aquí– o –yo le voy a pintar acá ¿no?–, sí estaba más chido el otro taller.

En el taller con Yolo no estuve mucho. Alcancé a hacer unas máscaras y el marco de un cuadro. Las máscaras eran de calaveras eran para el 2 de noviembre que es el Día de Muertos. Sólo hice dos máscaras, en una expresé tristeza por lo mismo de lo que estaba haciendo y en otra pues alegría porque me iba a ver mi mamá y me iba a ver mi esposa y de que no me dejaban solo, eso me generaba alegría. Una se la di a mi mamá y una se la di a mi hijo.

Cuando tenían el material nos lo daba la institución, cuando no, pedíamos a la familia para que nos trajera. Yolo nos decía lo que hacía falta. También le pedía a la institución, sólo daban un bonchesin que Yolo utilizaba para todos.

Los profes también luego andaban llevando material para trabajar. Yolo ponía material para trabajar, como también Marco.

El material se quedaba ahí, le ponías tu nombre y pues igual ya se respetaba, hasta eso, sí respetan, ya cuando uno terminaba te decían ¿qué ya no quieres esto? y se lo dejabas a los chavos que no tenían visitas.

¡Ah!, también ayudé en un mural, cuando se hacían en las paredes del mismo taller. Participábamos los de Marco y nosotros. La verdad nomás me acuerdo que decían –díganle a Marco–, entre todos tenían las ideas y decían que había que ponerle esto aquí y hay que hacerle acá. Ahí era cuando nos uníamos, que te decían –no pues ahora hay que aventarnos un mural–, *uta*, pues lo pintábamos.

Entonces le aventábamos un rato los del Patio 1, después salía el 3 y le pintaban un rato, los de Marco estaban todo el día y diario, ahora sí que ellos se acoplaban a nosotros.

Yo pinté el mural de un dragón, pintamos un dragón con un castillo y el dragón así grandote, era grandote, como de dos metros de alto, sí, sí estaba grande. El dragón era de color anaranjado rojizo, las nubes así como moradas, estaba como atacando el castillo.

Yo ayudé a pintarle la cola, le hicimos como un efecto de nubes, acá como que se veía un efecto morado y anaranjado, ese efecto se lo hicimos nosotros. Pinté un pedazo de la cola, porque pues se hacía entre todos. Se le avanzó rápido porque salían los del Patio 2 y 3.

Hubo un tiempo en el que los sacaban al patio en horas que no eran del taller, yo ya no me quedé. Ya hasta tenían un grupo que se dedicaba a ese taller y ese grupito se la pasaba todo el día ahí haciendo el mural.

Fue el único en el que participé porque después me salí y me cambié de taller, creo que también hicieron un papalote, un papalote grande.

Yo me salí de con Yolo porque teníamos problemas el Patio 1 con el 3, entonces como había muchos conflictos preferí cambiarme a gastronomía, para no estar chocando con los mismos chavos.

El problema era que los compañeros más viejos se burlan. Porque ahora sí ¿no?, los compañeros viejos son los más malos y como nosotros éramos nuevos pues como que se querían agandayar, no con golpes, ahora sí que nos agraviábamos a palabras y para no seguir chocando con ellos, ahora sí que mejor decidí cambiarme a gastronomía, además de que también me gustaba gastronomía y ahí nos comíamos la comida. Estuve ahí como cinco meses hasta que me trajeron para acá a “Quiroz Cuarón”.

Me cambiaron el 11 de mayo de 2011 y me cambiaron porque un diez de mayo nos hablaron y nos subieron a la dirección, nos dijeron que estábamos convocados para venirnos para acá (Quiroz Cuarón), que si nosotros éramos los de la carta y pues nos quedamos así de a chinga si nosotros no hicimos nada. Total que nos dicen –tienen una semana para pensarlo– y al otro día ya estábamos arriba de una camioneta.

Me acuerdo que me trajeron con *El Galicia*, éramos como siete. Según que nosotros habíamos hecho una carta, la verdad nosotros no hicimos nada.

ACCA en Quiroz

Allá en San Fernando hay muchas actividades, allá hay mucho movimiento y hay muchos talleres, acá en Quiroz no hay nada, no más con la mamá de Yolo da cartonería.

Por eso cuando vino Marco con un español y nos llegó el rumor de que tenía un proyecto vi la oportunidad de entrar al taller, nosotros estábamos castigados, entonces nomás nos dijeron –van a hacer otro alebrije. Pensé, es puro choro, y de repente vino el Marco. No me acuerdo si era martes o miércoles y nos dijo que quería trabajar con nosotros y que quería comenzar el sábado y le dijimos que sí.

Total que el sábado llega el Marco con su estructura, periódico, papel kraft y engrudo. La estructura ya venía hecha, nosotros la empezamos a montar y de ahí comenzamos a empapelar. Desde que vino siempre estuve ahí, de hecho fui de los últimos que me quedé porque después casi nadie vino.

Hubo unos que no participaron porque no les gustaba, en general todos estábamos contentos y todos estábamos luchando porque quedara bien. La verdad, *Banda* y *Cejas* ya tenían experiencia y yo los veía y decía –no, éstos sí se la rifan– y se notaba ¿no?, porque ya veías que el Marco llegaba y les decía qué tenían que hacer y ya ellos solitos le empezaban. Me sorprendieron.

El alebrije que hicimos esa vez tenía alas de hoja, tenía cabeza como de grillo y cola de dragón, las patas como de gallo, de todo un poco. Yo participé en la cabeza y pues me ponía nervioso porque nunca había hecho algo tan fino. Nos dijo que le hiciéramos lo que nosotros quisiéramos hacerle, la verdad no sabía ni qué y luego pensaba –no pues lo van a ver en el concurso y ¿qué tal si lo hago mal? o ¿qué tal si lo dejo mal pintado? Era la primera vez que participaba en una cosa así y pues sí me daban nervios, la verdad no sabía ni qué hacer.

Nosotros le pusimos el nombre, se llamó La Vagabunda. Estábamos todos y comenzamos a decir nombres y entre todos se le quedó ese.

En ese alebrije nosotros demostramos el compañerismo porque en mi caso luego yo no podía y les pedía ayuda, y ahora sí que me brindaban la ayuda. Sí facilita la amistad y el compañerismo acá en la Comunidad. Ahora sí que como decimos nosotros, nos hace paro.

El informe

Aquí nos piden un informe, puede ser cada seis meses o cada tres. En mi caso es cada tres meses, entonces yo tengo que cumplir con todas mis áreas que son Trabajo Social, Psicología, Pedagogía y Cultural, entonces tengo que asistir a todas mis actividades culturales y a todas mi terapias psicológicas y a las de Trabajo Social y a la escuela, entonces ahí es cuando un informe va bien, entonces tú puedes pedir tu libertad y vas con el juez y te pregunta que ¿a qué ibas? ¿qué le pides? y ¿a qué te comprometes?, y ya le dices no pues yo quiero

mi libertad porque tengo un hijo y esto y esto y esto. Entonces para eso necesitas el informe. Si vas y no haces nada, es cuando dice el juez que si andas de flojo pues no te va a dar tu libertad porque allá a fuera vas a salir a lo mismo. O sea, el juez lo que quiere es un cambio.

Yo le entraba a estas cosas porque me gustaba y aparte para que se me pasara el tiempo, no tanto por el informe, sino por mí y hasta la fecha lo sigo haciendo por mí, para que se me pase el tiempo más rápido y no ande pensando cosas que no.

Chin, la regué

Lo de la cartonería lo vine a conocer acá adentro, porque allá afuera casi no se sabe, yo casi no he visto que hagan esto de la cartonería y la verdad sí te deja habilidades que no sabías que tenías.

Aprendes a reciclar y en la carpintería no, en la carpintería si cortas tantito mal ya no te salen las cosas y en este taller sí. En la cartonería expresas más las cosas, porque carpintería es como un oficio.

También empecé a pintar, mi primer cuadro que hice era por el cumpleaños de mi hermana y no sabía qué hacerle, entonces esta chava, del servicio social, me dice –pues píntale un cuadro– y pues le digo –la verdad yo nunca he pintado, yo para eso sí soy un tonto. No, nadie es tonto– me dice. Ya entonces agarré y dije pues bueno ¿no? vamos a pintarle, le hice un *Mickey Mouse* y ya fui empezando, y no es mentira, quería delinearlo y en vez de hacer una línea delgada me salía una línea bien gruesa y chueca la verdad ¿no?, pues ya le fui perdiendo el miedo y comencé a delinear bien padre y ya me salía la línea bien, bien delgadita, le hacía un efecto, le daba la sombra.

Ese regalo se lo di a mi hermana por el 14 de diciembre. Me dijo que estaba bien bonito, y digo a pesar de que sí me había equivocado y de que había hecho las cosas un poquito mal, pues no se veía tan feo.

Ahorita el último cuadro que he hecho es de un hada y a ese sí le hicimos mucho efecto, le hicimos un difuminado en las alas, en su pelo. Decían todos que era un hada sexy porque le pusimos sus ojos verdes, delineados, sus cejas, sus labios rojos.

Con la pintura también vas aprendiendo a no tener miedo a equivocarte, porque pues la pintura se puede corregir y ya te quitas el miedo de chin ya la regué, y pues no, la pintura se corrige y puedes darle efectos más chidos. Yo hice un cuadro en donde tuve muchos errores y fueron los efectos que le di.

Además la pintura me relaja, como que me olvido totalmente que estoy encerrado. Al estar pintando siento como si estuviera allá afuera en la calle, no sé, se me olvida todo, se me pasa el tiempo rápido.

Aprendí a expresar más lo que sentía, con Marco era más sencillo porque Yolo es más de que te decía hazme esto, y lo vamos ir haciendo así y lo tenías que ir haciendo al ritmo que ella te iba diciendo y con el Marco no, es más libre y expresas más y eso es una experiencia buena porque como que te olvidas de

estar encerrado y estás aprendiendo a pintar. Marco te permite experimentar y Yolo es más técnica.

No sé si algún día ponga en práctica la cartonería o la pintura, tal vez el día que yo quiera hacer algo pues aplicaré lo que ellos me enseñaron. Yo no quería que se fuera Marco, pues ya ves. Ya le dijimos al director y se supone que iba a regresar.

Económicamente yo digo que la verdad no me va a servir, porque yo tengo una familia y yo creo que no voy a tener tiempo de estar haciendo cosas y después estarlas vendiendo, como que no me va a salir, yo tengo que salir a ver por mi hijo. A lo mejor ya estando estable a lo mejor sí me pongo a hacer eso, como algo extra, no para vivir.

Cuando entré al taller era para pasar el rato, ya después empiezas a desahogar cosas que no habías podido expresar con tu familia o ni con tu psicóloga y ahí las expresas de forma manual, como yo lo hice en el alebrije. Bueno, eso es lo que a mí me pasó.

En Psicología me están haciendo ver las cosas, me aconsejan, puedo platicar. El encierro a lo mejor me estará haciendo valorar a mi familia.

Antes cuando estaba en San Fernando, sí decía que iba a salir a lo mismo, ahorita ya la pienso, estaría en lo último, muy lejano. Lo que yo quiero es estar con mi familia, ya estoy listo para reinsertarme a la sociedad.

La neta ya no quiero estar encerrado, ahora sí como que ya me cayó el veinte. Ahorita ya me la imagino trabajando. Yo le hablo a mi esposa cada martes y le ando diciendo –cómo ves, pues hay este trabajo– o mi papá me dice de tal trabajo. Mi papá ya me está buscando trabajo para que cuando salga me ponga a trabajar y cuidar a mi hijo, y estar más tiempo con él.

Tengo varios trabajos. Mi papá tiene un taxi, es de él y me dice que lo trabaje, mi papá también trabaja en la Delegación Iztapalapa en desazolve y puede meterme ahí, o con la suegra de mi hermana en una institución que se llama Fortaleza, en la carpintería con mi suegro, o con mi tío que es hojalatero.

La verdad me gustaría seguir estudiando, pero lo que ahorita quiero es trabajar para mantener a mi familia. Sí quiero salir y estudiar, la verdad lo veo lejos, quiero salir y todo mi tiempo lo voy a dedicar a trabajar y a estar con mi familia.

El aprendizaje

Durante la creación de La Vagabunda, un compañero de Layon dejó indeleble su apodo, aunque con doble ele.



Los jóvenes de “Quiroz Cuarón” trabajaron duro para participar en el Concurso de Alebrijes Monumentales, organizado por el Museo de Arte Popular, en su edición de 2011.



Los jóvenes, en su mayoría, creen en la religión católica y veneran a la Santa Muerte.



Los creadores de La Vagabunda posan con su obra, su maestro y colaboradora.

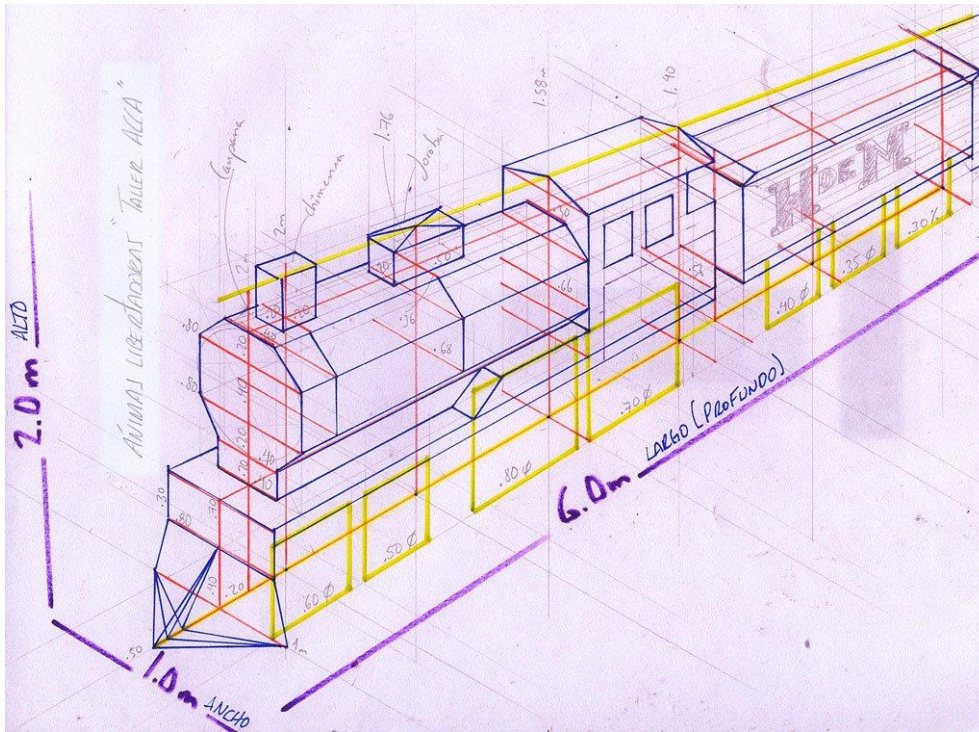


Alumno y maestro, *Furcio* y *Marco*, en los jardines de la Facultad de Ciencias de la UNAM.

Navegando Libertad fue el primer papalote con el que los jóvenes del Taller ACCA concursaron en 2009 y ganaron el tercer lugar



Tomada de internet



Boceto del papalote Ánimas Libertadoras con el que participaron en 2010

Otorgada por Marco González



Tomada de internet

La Urbe, el primer alebrije que realizaron los participantes del Taller ACCA en 2009.



Tomada de internet

La obra terminada



Bribiesca, ex integrante de los ACCA, conduce el alebrije realizado por el colectivo cultural del Faro de Tláhuac, liderado por Marco, en 2012.



Obra con la que en 2010, *Bribiesca* ganó el concurso Caminos de la Libertad, en la categoría de Plástica.

Tomada de internet



Tomada de internet

El Centinela del Honor fue el alebrije que representó a los ACCA en 2010 durante el desfile del MAP



Tomada de internet

Con esta intervención, *More*, joven que trabajó de la mano con Yolotzin, ganó el primer lugar de la categoría PintArte en Caminos de la Libertad 2010.



Ororgada por Marco González

Idea principal en trazo del alebrije Centinela del Honor

*Furcio**

Era marzo del 2007, 22, para ser exactos. Furcio, adolescente de 16 años, empezaba su condena de cinco años en la Comunidad de Tratamiento Especializado para Adolescentes (CTEA) de San Fernando. Salió el 29 de agosto del 2011, redujeron su condena siete meses. A los 21 años, edad que tenía cuando lo entrevistamos, aseguró que el encierro es lo peor que le pudo haber sucedido.

“Era un desmadre, un desmadre total”, sentenció. Entre robos y asesinatos, las horas de sus días pasaban en la colonia Santa Martha, en Iztapalapa. Su madre preocupada por él, era en quien menos pensaba, ni siquiera llegaba a dormir a su casa, se quedaba en donde le agarrara la noche, “nunca en la calle”, siempre tenía un techo dispuesto a recibirlo.

Dejó la escuela a los 12 años, cuando lo corrieron de la secundaria “Enrique Beltrán” 293 y después de la “Carlos Marx” 214. No hacía tareas, aseguró no ser malo para el estudio, contó a su favor haber concluido la secundaria en la Comunidad Especializada para Adolescentes “Dr. Alfonso Quiroz Cuarón”, a la cual llegó en noviembre de 2010.

El estereotipo de los jóvenes de su edad fue el vacío que necesitó llenar afuera: “tenis Jordan, ropa chida, un carro, una moto, ya sabes”. A su corta edad las amistades de la colonia, curtidas en el negocio, lo invitaban y él se dejaba llevar, aunque comentó que jamás hizo algo que él no quisiera hacer, lo hacía porque le gustaba, no porque los demás le ordenaran hacerlo, ellos sólo le mostraban el camino.

Adentro, se movía por el reconocimiento, buscaba sobresalir y ser respetado. Los diplomas de las actividades realizadas en el Taller de Arte y Cultura de la Comunidad para Adolescentes (ACCA) y de todo lo que hacía,

** Ingreso a San Fernando: 22 de marzo de 2007.
Entrevista: 30 de abril de 2012.*

llenaban esa necesidad, pues le gustaba ver su nombre en el papel, se sentía orgulloso, para él, eran símbolo de cambio.

Su padre falleció a causa del cáncer hace nueve años, conserva a su madre, a sus cuatro hermanos y siete sobrinos. Su vida no ha sido fácil, cuando era un niño sufrió el abandono de su mamá y vivió con su papá hasta su muerte. Fue entonces cuando regresó con ellos, no la culpa, “si nos dejó, tuvo su porqué”.

A pesar de tener una familia numerosa, sintió la soledad cuando estuvo en San Fernando y “Quiroz Cuarón”. No lo visitaban, muy de vez en cuando lo hacía su madre y sus hermanos nunca, aprendió la lección.

Poco tiempo después de haber salido, contó que su amigo inseparable, Ivancito, quien aún se encontraba adentro, le hablaba para reencontrarse y revivir viejos tiempos cuando saliera, en noviembre de 2012. Él cambió, sus palabras parecían ser las de un joven maduro que padeció las consecuencias de sus actos. “Lucho con el diablito que me pica y me pica y me dice puto, aprendí a decir que no”. Rechaza las invitaciones de sus amigos si en ellas está implícito robar y matar a alguien. “Vamos por unas chavas, dos, tres días, hasta ahí”.

Ivancito es su amigo desde los diez años, es especial para él, intentó cambiar su mentalidad, no lo logró. “No barrio, yo voy a salir con todo y chingue a su madre”, le decía. Y lo hizo. Desde enero de 2013 se encuentra nuevamente en prisión en el Reclusorio Norte por homicidio calificado.

Contó con el apoyo de su madre y hermanos cuando salió de la comunidad, le compraron ropa y todo lo que él quiso, no lo dejaron solo. Para él, las palabras se las lleva el viento, las promesas vuelan y pueden no cumplirse, los actos lo demuestran todo. Empezó un curso para terminar la prepa y meses después encontró trabajo. Cuando nos reunimos con él era promotor de Alpura, trabajaba en la Bodega Aurrera de Villa Coapa y había tomado la decisión de dejar atrás su pasado, empacó sus cosas de casa de su madre para vivir solo, lejos de Santa Martha, del motivo de su encierro.

Platicó que es autosuficiente, apoya a los suyos cuando puede, los visita de vez en cuando y, aunque eso significa regresar al barrio que lo llevó a delinquir, aseguró no temerle a nadie. Su madre opina lo contrario y los nervios se le ponen de punta cuando llega a su vieja casa. “Tú debes muchas y la gente se queda con el rencor”, le decía.

Novia nunca le falta, la coquetería la trae en la sangre, tiene amores en todos lados y lo disfruta. Aprendió a bailar salsa en “Quiroz Cuarón”, utiliza esta disciplina como método de conquista, además de todas las habilidades que adquirió en el Taller ACCA, siempre sorprende a las chicas con algún detalle. Le gustan los globos de cantoya y las velas, anhela algún día poder estudiar y tener un negocio de todo lo que aprendió en el taller.

Evitar la historia de encierro otra vez es su objetivo principal, tampoco quiere caer en los errores de sus hermanos, quienes viven en casa de su madre y día a día le reclaman haberlos abandonado. Trata de ayudar a su hermano mayor, quien ha participado en robos. No imagina la vida en un reclusorio, lugar al que teme y al que llegaría si delinquiera nuevamente.

Un lunes de abril, con cielo azul y brisa refrescante, nos encontramos con Christian en la Facultad de Ciencias de la UNAM, allá por el sur de la ciudad, donde sentados en el verde pasto recién podado y con olor a tierra mojada, él se dijo en voz alta: “¡qué tengo que estar allá adentro sufriendo, cuando puedo estar aquí en la UNAM!, en el pastito, con la coquita, la tortita, todo cuando quieras, ¡allá adentro tenías que hacer un alebrije de cuatro metros para que te dieran una!”.

Bienvenido

Cuando llegué a San Fernando tenía 16, me agarraron chavito. Llegué al Consejo, ahí estuve diez meses. Tenía miedo. Anteriormente había tenido un hermano ahí, él estuvo en el 2003 y lo iba a ver; cuando entraba sí se me hacía feo, yo era más chiquito. También estaba un amigo mío y me platicaba, me decía que te tenías que cuidar de los custodios, que con la demás banda te acoplabas.

Sí me dio miedo ¿no?, decían que los guías te daban en tu pinche madre llegando, y dicho y hecho, en la pinche camioneta vi por una rejita que ya estaba todo el pinche turno esperándonos. Yo fui el primero que bajé y luego luego me agarró un puto del cuello y –¡vámonos!– me dijo. Me llevaron a enfermería para que me certificaran, en el camino me soltaron unos cocos, unos rodillazos.

Yo luego luego entré con el doctor, hasta eso no me pegaron tanto en la entrada; me estaba certificando, revisando si traía algo, y mientras, en el otro cuarto –¡pum, pum, pum!–, ya estaban madreándose a los demás –¡acomódate puto! Yo pensé que cuando saliera del doctor me iba a tocar a mí.

Cuando llegamos había un comandante que se apellidaba Montoya y una subdirectora que no me acuerdo de su nombre, nos hablaban fuerte –aquí no van a hacer sus desmadres– nos decían, tenían un concepto de nosotros, por el delito que íbamos, básicamente. Yo digo que la subdirectora y el comandante dieron luz verde para que nos partieran la madre.

Nos metieron en el cuartito de los custodios y nos empezaron a rajar la madre a todos, y como yo iba por homicidio, entre ellos se decían –estos putos son los que mataron a un custodio–, porque habían matado a uno en no sé qué barrio, pues más nos dieron, pero ¿cuál custodio?, bueno fuera.

El lugar estaba feo. Llegas, lo ves, además de lo que te han platicado, pues dices –¡no manches!–, tienes que resignarte. Cuando te mandan a Recepción te encuentras banda que conoces, desde que llegas ahí, tienes que ver por ti, no dejarte de nadie, aunque te peguen, tienes que ver por ti, nada de –es que es mi amigo y le voy a tirar un paro aunque me meta en pedos–, no, nada, sólo por ti.

Yo estuve ahí una semana. Una noche antes de bajar a tu Patio te dicen dónde te toca, a mí me dieron el Patio 1, Sección 7, al otro día a las seis de la mañana te dan tus cosas.

Yo iba con mi causa*, él ya había estado ahí antes. En el baño de Recepción había un hoyito donde se veía mi sección, y mi causa le hablaba al padrino de esa sección, el *Pancho*. –El que va para allá es mi *causa* el *Furcio*– le dijo. –No güey, al chile dile que se cambie, aquí no lo quieren y le van a dar en

* Compañero o cómplice del mismo delito por el cual están en internación.

toda su madre. No pude dormir toda la noche, la verdad. Cerraba los ojos y ya me estaba imaginando que me daban en la madre, hasta sudaba, yo solo me proyecté, porque cuando bajé al Patio y a mi sección, había un chingo de banda que ya conocía, me la llevé tranquila.

Al principio hice amistad con un chavo que era de la Valle Gómez, nada más duró seis meses el puto, yo me quedé, seguido tenía que buscar más amigos porque muchos iban por menos tiempo que yo.

Sabía quién era mi cuate cuando no eran doble cara, si les caía mal les decía que me lo dijeran, no tenía amigos envidiosos ni que se sintieran muy acá, tenía que gustarles el desmadre.

San Fernando a su llegada

Al principio había un taller de resinas, el maestro no hacía nada, el puto te pegaba, tenía una tira de cuero y te pegaba. En una cadenita luego traía colgada una rata muerta, estaba loco, le decían *El Malandro*. Yo llegué y luego luego me dijo –a ver tú perro– así te hablaba –¿cómo te llamas?, ¿tienes hermanas?, salúdame a tu mamacita, que venga por un cuadro, y también a tus hermanitas–, le contestabas y te pegaba.

Hasta que cambió la administración, modificaron los talleres y todo. Antes no nos dejaban salir al patio o a las barras, sólo era el taller una vez al día y para adentro, después sí muchas cosas fueron diferentes.

Supuestamente decían que íbamos a andar con ropa de vestir y dinero, que iba a haber tienda, teléfono, tarjetas y todo eso.

Empezaron con los aseos, antes se *chicheaba*. La *chicha* era una toalla con la que tallabas y secabas todo, íbamos a ritmo, parejos, de lado a lado, de adelante para atrás, como cenicienta o patito. Tenía que estar *chichada* la sección a las seis de la mañana y todos bañados.

Después de seis meses te daban tu cepillo, que era una escoba, después el jalador, podías entrar a los baños, hasta no hacer todos tus aseos y faltar a las cuentas. Cuando entró la nueva administración sí cambiaron muchas cosas, ya nadie se formaba, ya no había cuentas, los aseos se hacían una vez al día.

Ya todos se paraban a la una o dos de la tarde, a la hora que llegaban los burócratas empezaba a moverse el lugar. Iban todos dormidos al patio o a la escuela. Antes había un ritmo de disciplina muy fuerte, el padrino te traía cortito con los aseos –aquí haz todo lo que se te diga, anda limpio, no te dejes de nadie allá afuera y así te la llevarás chido– te decía.

Esa disciplina se te queda, yo ahorita me levanto, tiendo mi cama, lavo mi ropa, trapeo. Antes había cuatro cuentas y en las tres tenías que estar uniformado, entre las secciones se ponían de acuerdo –ahora van a estar de pants gris, playera blanca, chancas azules, calcetas blancas– te decía el padrino, tenías que tener todo nuevo, te revisaban si estaba sucia la camisa de tirantes debajo de la playera.

La primer cuenta era a las seis de la mañana, la segunda era después de la escuela y el taller, a las dos de la tarde, otra a las siete y la última era a las nueve de la noche. Ya con la nueva administración, a duras penas había una como a las siete de la mañana o en la noche, y no estaban todos.

De las cosas que te pedían, por ejemplo el champú, te lo traía tu visita para hacer los aseos, te daban un litro, en la semana se te iban tres cuartos, así que tenías que comprar con las chácharas, que son chicharrones, comida, galletas, era como el dinero. Había güeyes que tenían sus botellas de champú y te lo vendían todo rebajado. –Un cuarto diez pesos–, ya le dabas unos chicharrones que valían eso.

O te pedían cucharas, de esas que aquí afuera las tiras, adentro te las pedían, o unos pinches vasos de plástico que les decían los *caneros*, ¡50 pesos un pinche vaso!, eran de colores, los ocupaban para adornar los pinches baños, hacían sus torres, igual las cucharas, eran de colores o blancas, la visita las ocupaban –quiero diez cucharas blancas– te decían. Cuando se iba la visita veías a la banda en los botes de basura sacando las cucharas.

También te pedían un adorno, que era una caja de una pasta *Colgate*, para adornar las camas, o hasta las chichas te pedían; si te traían una toalla, te daban cinco pesos en unos chicharrones por ella, la dividían en seis partes y ya tenían *chichas*, porque si las guardas huelen feo, diario querían chichas nuevas.

En esos tiempos un día normal para mí implicaba levantarme a las cinco de la mañana a *chichar*, tendía mi cama, bueno eran literas, les llaman tumbas, la tenía que adornar con una toalla, una cobija, con un *Zote* o esas cosas. Me bañaba con agua fría, ¡cómo no me iba a despertar!, luego los bañeros eran culeros, te daban dos botes chicos y te decían –sólo te vas a bañar con dos–, pues con uno te enjuagabas y el otro lo tenías que cuidar.

En las mañanas nos pedían que nos uniformáramos, playera de tirantes, bóxer gris, calcetas blancas y chanclas azules. Ya formados, los guardias les gritaban a los de chochos* que pasaran por su medicamento controlado. Ya después te salías, venía el desayuno y acabando te ibas a la escuela, regresabas y te formabas en tu patio para ir a taller, regresando del taller otra vez a *chichar*, a bañarte y otra cuenta.

En la tarde, te bajaban a comer por secciones, había espacio abierto y era cuando te ponías a conseguir las cosas que te había pedido el padrino. Nos encerraban como a las 5 de la tarde, a las 5 y media volvían a abrir, teníamos que volver a *chichar*, bañarnos y uniformarnos para la cuenta de las siete. A las 9 de la noche era la última, ésa ya se hacía dentro de la sección. Te dormías a la hora que querías.

Yo a la escuela, la verdad, me iba a dormir, me tardé mucho en acabarla adentro, porque en la pasada administración lo que querías era dormir, en esta nueva administración lo que sobra es eso. Además la maestra andaba con uno de los chavos y estaban beso y beso, ni enseñaba, entonces yo me dormía.

La escuela antes era un desmadre, los chavos andaban enseñándole su “cosa” a las maestras y nadie decía nada, y pues también había maestras bien locas, ya señoras.

* Adolescentes que tienen tratamiento médico controlado.

Primer acercamiento con el arte

Ahora que platico con mi mamá de lo que hacía en el taller con Marco y que veía todo lo que realizaba, porque todas las cosas se las daba a ella, le digo que siento que eso me gustaba desde chico. En la secundaria tenía un taller de artes plásticas, duré bien poquito en la escuela porque me corrieron, desde ahí me dediqué a lo mío, no regresé a la escuela. En mi vida me había imaginado todo lo que hicimos en el taller, cosas tan chidas que se pueden hacer hasta con la basura, por ejemplo, los alebrijes, de pensarlo hasta me emociono.

A mí lo que me gustaba de los talleres, sinceramente, eran los reconocimientos, los diplomas, ahí tengo todos los que nos dieron, era una necesidad mía, sentirme reconocido, bien. El esfuerzo estaba plasmado en ellos.

Cuando recién entré al taller, el maestro nos puso a hacer un papalote y tres libretas. Me gustaron más las libretas, después empecé a hacer yo las mías, pedí mi material y el maestro me enseñaba a hacer varias pastas. Las que más me gustaron fueron las de papel china, un marmolado con puro papel y *Resistol*, según cómo le trabajáramos quedaban las cosas.

Cuando llegué sólo era la encuadernación, no existía todavía el ACCA, entonces me llamó la atención hacer las tres libretas –de aquí soy– dije. Si te querías quedar en el taller tenías que hacer tus tres libretas y el papalote, si no –avanzale a gastronomía. Y pues aparte el maestro nos animó –sé hacer esto y también estas cosas bien chingonas con este material– nos comentó, y pues dices –esto va a estar chingón. Pensé que si las libretas chiquitas habían quedado chingonas, imagínate las grandes, para la novia o la trabajadora social que me gustara.

Después de un tiempo, nos empezamos a tener confianza el maestro y yo, le pedía paro cuando no me dejaban salir, y pues ya veía cómo me sacaba; al taller no ibas a hacerte maje, veías todo lo que había y tenías que hacer un cuadrito o algo. Trabajo siempre había, si no tenías material, si tu mamá no te traía, había alambre y engrudo y podías hacer tu estructura, la banda o el maestro te regalaban pintura y ya tenías para hacer una figura.

Recién que entré al taller la dinámica fue irregular, algunos salían y otros no, los maestros tenían que hacer sus listas, en el Taller ACCA se habían anotado no sé cuántos y terminamos yendo dos. Al principio yo nada más iba a desaburrirme, a dar un rol, a áreas verdes aunque sea, ya después le agarras el sentido –voy a hacer mi primer cuadrito, para enamorarla más– piensas. Y luego el maestro que sabe hacer de todo, pues mejor.

Mi rutina en San Fernando sí cambió, era dependiendo de lo que hiciéramos; el maestro empezó a trabajar desde la mañana y nos quedábamos más tiempo en el Taller, cuando hacíamos murales pasaba por nosotros desde tempranito, a las siete de la mañana, después íbamos a desayunar y nos veíamos otra vez en la tarde.

Yo me dividía entre el taller y el fútbol, porque el entrenador no nos metía a jugar el domingo si no íbamos entre semana, entonces le pedía permiso al maestro para salirme. Acabando del fútbol me quedaba en el taller, luego el guía te presionaba, lo mandabas a la chingada, se sentía tu niñera, era el guía de tu sección y pues él te tenía que sacar de tu Patio y regresarte. Aparte yo me llevaba chido con el Vidal –entonces qué Vidal, no me dejan salir los guías– le decía, y después me daban permiso.

En el taller había chavos de todos los patios y secciones, y pues no siempre le vas a caer bien a todos, si tenías pedos con un güey de otro Patio, todos nos agarrábamos a golpes, en el taller no, por ejemplo, la semana y media en la que hicimos el primer alebrije, le entramos todos, aunque no te hablaras con el güey de la Sección tal, ahí se olvidaba que tenía pedos contigo. Íbamos a trabajar, convivíamos, sacábamos nuestras charolas de comida y comíamos entre todos, hasta el maestro comía de lo que nos daban. Era chido, escuchábamos música, cotorreábamos.

A mí me caían mal algunos chavos que entraban muy acá –qué pasó Marco, qué vamos a hacer–, –pinche taller culero–, –pues llégale a la verga carnal, si está culero, qué haces aquí– les contestaba, la verdad.

A mí siempre me ha gustado trabajar en equipo, obvio si todos le echan ganas, porque si yo le estoy echando ganas y los otros no, así hasta yo me desanimo. En un grupo se aprende, yo puedo aprender de ti y tú de mí.

Algo que hacíamos en equipo eran los murales para el taller, eran para adornarlo, si sobraba pintura de un alebrije la ocupábamos para el mural, el maestro decía –pues hay que aventarnos un mural, acá chido–, sacaba los diseños y los empezamos a trazar. Esos los hacíamos en la mañana, de siete a nueve, en vez de levantarnos a las 11, pues nos levantábamos a pintar. Hicimos dos, el del dragón y el de la chava. También participamos haciendo rótulos, fueron a capacitarnos y nos iban a dar diploma, después rotulamos todos los talleres, yo hice el de carpintería, le puse “Taller de Carpintería” y me dieron mi reconocimiento.

En los otros murales pintaba y rellenaba, hacía sombras; el *Flaco* llegó al taller y en un día trazó el mural, ése le dibujaba a toda la banda, si un güey le quería escribir a su novia le decían –güey tira paro, hazme un dibujo para mi vieja.

Ninguno de nosotros había tenido acercamiento con la pintura, entonces lo que hacíamos era rellenar por plasta y después aplicamos sombras y degradados, pero empezamos a ver cómo si a un color se le metía otro, se desvanecía, luego con la sombra empezábamos a dar volúmenes, fue un descubrimiento para nosotros. Yo aprendí muchas cosas ahí, en mi vida llegué a pensar que me gustarían las artes plásticas, la pintura y todo eso. Desde que empecé hasta la fecha me sigue gustando y quiero seguirle.

Me gustaba hacer manualidades más que pintar, la verdad. Me gustaba ensuciarme, me quitaba la camisa y andaba con el engrudo para allá y para acá, al fin de cuentas nos teníamos que bañar.

Trabajábamos con los materiales que había en el taller, Raquel Olvera, la entonces directora de las comunidades, nos dijo que nos iba a dar material, nunca llegó, entonces empezamos a pedirle a nuestra familia. Ellos sí me apoyaron, me traían cosas según lo que quería hacer, por ejemplo, para un cuadro, me traían la tabla, el cromo y la resina.

Había chavos a quienes no les traían material, quién sabe cómo le hacían, lo conseguían, se lo robaban o quién sabe; luego había chavitos medio tontitos, llegaba el habilidoso y le decía –qué onda, préstame material para un cuadro– y pues como el otro chavo tenía miedo, le daba su material.

Luego yo les prestaba del mío, bueno, dependiendo, si el chavo me caía mal le decía al maestro que no les diera nada, porque él repartía todo lo que había, era ordenado.

El maestro me ayudó mucho para mejorar, sí hace falta que te digan que vas bien y esas cosas, que hagan que te la creas. El maestro nos decía –¡está chido!, sólo le falta esto, un detalle más.

Después yo empecé a pedir mucho material para repujado, al principio todo se me rompía, no me quedaba alzado, después agarré práctica e hice un *Winnie Pooh* que le di a mi mamá.

Con el tiempo, el maestro se ponía a pasar lista y hacer otras cosas y nosotros empezábamos a trabajar, agarrábamos el material y cada quien a lo suyo, nos organizábamos bien. –Te toca hacer engrudo, cortar papel, etcétera– nos decíamos. Sólo le pedíamos herramientas como pinzas, martillo y esas cosas que estaban a resguardo, sobre todo por los guías, porque hacían revisión por si algo se perdía; una vez faltó un cuchillo en carpintería y se hizo todo un desastre. Sabíamos que antes de salir todo tenía que estar en su lugar.

Al anterior maestro sí le escondíamos los martillos, nos gustaba hacerlo enojar, nos decía –¡órale perros!, no van a salir de aquí hasta que lo encuentre. Es confianza también, a mí me gusta que entre amigos nos tiremos paro, yo no soy culero, que tampoco sean culeros conmigo. Y con el maestro los chavos a veces eran mala onda, luego sí le decían cosas –tu taller está bien aburrido–, él no decía nada y, tiempo después, iban todos de nuevo.

El maestro jalaba con la banda, no era de los que nos prohibía cosas, nos decía –va, hagan lo que quieran, nada más no me metan en problemas– y pues la banda también cotorreaba; una vez hasta nos pintó el pelo, nos decoloró a todos con peróxido.

Éramos un equipo, todos poníamos por igual, sabíamos que éramos un grupo, nos ayudábamos, no había superioridad, al contrario, todos se acercaban y te decían –ayúdame o enséñame ¿no? Yo pedía ayuda y después me pedían a mí. Una vez hice una Santa Muerte con cuerpo de centauro y me preguntaban cómo le había hecho, cómo hice la estructura con el alambre.

Cuando había una bronca y me castigaban, sólo podía salir al taller después de la comida, el maestro pasaba por mí y me daba el rol; de alguna forma tenía algún beneficio por pertenecer al taller. Lo demás es terapia, no ganabas nada por ir a tu taller en forma, te endulzan el oído diciéndote que se ve reflejado en tu informe. En todos mis informes salía que iba a mi taller, al fútbol, a mis terapias y nunca pasó nada, salí hasta mi sentencia.

Igual cuando me fui a Quiroz, por decisión propia, era porque según iban a hacer el proyecto de una obra de teatro y el plan era salir antes de tu sentencia, salir firmando, pero no, nada, salí a mi sentencia; mi causa, *Ivancito*, también estuvo ahí y salió a su sentencia. Incluso una vez mi psicóloga me dijo que le habían pedido cambiar mi informe –vas bien, me dijeron que lo cambiara. En ese sentido no hubo beneficio, a veces pensaba que si me podía ir antes, pues qué mejor, nunca me hice ilusiones.

Yolotzin

Yo trabajaba más con el maestro, al inicio la maestra no tenía su taller fijo, se coló. Ella tenía su lugar en una banca de áreas verdes, sacaba a su grupito y en su cajita tenía todo su material. Yo fui varias veces con ella, nada más para dar el rol, ¡eran áreas verdes!, con tal de salir del patio, sí me salía con ella, pero no hice nada, pensaba que no tenía el material suficiente para hacer muchas cosas, nunca me animé.

La maestra era chida, de repente se ponía sus moños, sobre todo con el maestro porque él tenía su control, decía –te toca hacer esto, a ti esto otro–, y Yolotzin no, ella decía –¡vénganse!– y chocaba con el maestro que ya tenía su planeación. Los chavos le quedaban mal porque trabajaba con quien quisiera en

ese momento y, por ejemplo, el maestro trabajaba con quienes se interesaban en el taller, no con los que sólo iban cuando querían.

Yolotzin trabajaba mucho con un chavo que le decían *El More*, se pasaban horas platicando y trabajando para un concurso de pintar un *Converse*, sólo lo sacaba a él, todos los demás chavos le pedían al maestro que los sacara al taller porque ella los había dejado en su Patio sin trabajar.

En cambio, el maestro no tenía consentidos, andaba de acá para allá, una vez me castigó como un mes por andar de necio. Nos encontró moneando y me puse loco –¡a chingar a su madre!– me dijo, después regresé como si nada, tiró su *chucky* un rato.

¡Yolotzin no se bañaba!, un día me tocó pintar el primer alebrije de la parte de abajo y a ella de la parte de arriba, y me acuerdo que le pinté sus uñas verde, blanco y rojo. Pasó la premiación y un día mandé a traer con mi mamá cosas para hacer unas quesadillas en la clase de gastronomía para que me las llevaran a mi sección; esa vez invité a Yolotzin y ¡todavía traía pintadas las uñas!, y eso que era de agua la pintura, de la que se te cae luego luego, pasó como un mes y todavía las traía pintadas.

El primer concurso

Recuerdo el día en el que el maestro nos avisó que íbamos a participar en un concurso de alebrijes, mi primera de ¡no manches!; hicimos el alebrije en una semana y media, era de cuatro metros por dos de ancho, y no teníamos material –¿cómo ya nos inscribiste si no tenemos material?, ¡qué pedo!– le dijimos al maestro, lo hicimos. Creímos que no lo íbamos a lograr y, al final, ya que lo íbamos a terminar, que se nos va de lado, se nos rompió un carrizo. Lo dejamos afuera para que se secara el engrudo, llovió ese día, estaba todo mojado y el peso tronó un carrizo y se cayó el alebrije.

Ese día lo abrimos y dos chavos nos metimos para cambiarle el carrizo y levantarlo –¡vámonos aquí!– dijimos de broma *El Pijiji* y yo. Nos decían entre todos –acomódale aquí, hazle un hoyo para que atravesase, amárrale aquí– todo para volver a enderezarlo. Estábamos adentro sudando por la humedad.

En ese alebrije estuve desde el inicio, desde que se armó la estructura de carrizo, hice engrudo, las alas, todos pasamos por todo y trabajamos en la noche. Empezábamos de las 10 de la mañana hasta la hora de la comida, íbamos por las charolas, comíamos ahí y seguíamos trabajando. A las siete de la noche íbamos a bañarnos y a la cuenta, a las 10 u 11 de la noche otra vez a trabajar, y de ahí hasta las cuatro de la mañana. Las lámparas y los cuarzos los puso el maestro, para que pudiéramos trabajar bien, porque el taller estaba todo oscuro.

El día que lo terminamos sentí mucha emoción, esperábamos aunque sea una torta del director o alguien, no nos dieron nada. No planeábamos que íbamos a ganar, la verdad, no tuvimos mucho tiempo y después el maestro nos decía – hay un alebrije que lo está patrocinando *Banamex* y llevan seis meses haciéndolo. Salió la emoción porque logramos acabarlo, fue récord.

Cuando hacía el alebrije se me olvidaba que estaba encerrado, yo pensaba que era como un trabajo, aunque nunca en mi vida había trabajado. No sentía las horas, había veces que me la quería pasar todo el día ahí. Allá adentro tenía celular y también me la pasaba hablando, a veces ya no salía con el maestro, tenía que hablar con las chicas, pero cuando me lo encontraba, me iba al taller.

El segundo concurso en el que participé fue en el papalote monumental que se llamó Ánimas Libertadoras, era un ferrocarril grande, medía como 18 metros de largo y ¡no ganamos nada!, ni una mención, para mí estaba más padre que el primero que habían hecho, *Navegando Libertad*, con el que se ganó el tercer lugar. Nos dieron mil pesos como apoyo y con ese dinero hicimos una comida, *Elvis* hizo unas quesadillas y gorditas ahí en el taller. –Hay que comprar refrescos, tortas– decíamos, ahí dentro todo eso estaba escaso. Si sobraba dinero, era para comprar resinas, barnices, seguetas para calar, mucho material.

En ese papalote participaron como 30 chavos, era mucho trabajo, teníamos que cortar papel china y pegarlo con brocha, poco a poco, teníamos que estirarlo para cuidar que no se rompiera, si no, había que volver a lijar y empezar de nuevo. Yo hice de todo, aunque trabajé más la estructura, la cabina del tren y las fumarolas.

Nos dijeron que no ganó porque estaba pesado, los jueces pensaron que era bambú y no, era carrizo, estaba ligero. Teníamos la intención de ganar; el último día trabajamos hasta tarde. Al saber que no habíamos ganado, sí nos dio el bajón, entrábamos a los patios y nos decían –¡lléguele a la verga, pinche papalote feo, no ganó!–, pero pues ni modo. Me dio mucho coraje cuando el maestro nos enseñó la foto del que ganó. Si hubiéramos ganado, el dinero lo hubiéramos ocupado en comida y para comprar material.

A partir de ahí, me empezó a gustar un buen trabajar con papalotes y papel china; me metí a hacer globos de cantoya, yo fui el primero que volé uno. Entre el *Cubano*, *Erny*, *Gato* y yo, nos pusimos a pegar el papel y armamos el globo, era un cubo de metro y medio por lado, de varios colores, hicimos la mecha y estaba listo para volar. Fue en una exposición, estaban los papás, los técnicos y el maestro presentó nuestro trabajo. Encendimos la mecha, se hizo un buen de humo, se empezó a inflar y voló; subió unos metros, se le acabó la mecha y bajó poco a poco. El segundo globo se quedó atorado en un árbol.

Teníamos la intención de volar varios globos en mayo para las mamás, no volaron, las mechas no se cargaron, el engrudo no secó, al final sí se inflaron, no subieron. También acostumbrábamos a volar uno al final de cada evento, después de la *comilona*.

Ya el maestro no me enseñó a hacer el globo de estrella, para regalárselo a la novia, voy a ir a verlo para que me enseñe. Quiero hacerle uno a mi mamá para su cumpleaños.

¡El segundo alebrije fue mucho mejor!, lo hicimos con tiempo, con un mes de anticipación, el maestro se llevó su planta para soldar y anduvimos buscando en los almacenes fierro para hacer la estructura, después lo limpiamos, soldamos, doblamos, y la primera empapelada me tocó a mí con *Memín*.

En ese trabajo sí sentimos que podíamos ir por un tercer lugar, estuvo más chido; a mí me gusta el color negro y el alebrije era negro. Aprendimos nuevas cosas, a mí lo que más me gustó fueron las texturas, la de pata de gallina que hicimos con papel de kraft, arrugándolo. Las patas del alebrije eran como de pollo, les ponía el pliego de papel y lo iba doblando, se veía bien chido.

Después de eso me fui con *Ivancito* a trabajar las alas, nosotros las acabamos, las emplumamos todas con pedazos de cartón que íbamos forrando, ida y vuelta de cada ala, para que dieran el efecto de plumas.

Adiós al maestro

El taller se acabó cuando nos empezaron a separar, éramos un grupo, sí éramos de los más desastrosos, trabajábamos, éramos de los que teníamos más tiempo en San Fernando y nos empezaron a separar porque según “movíamos” a los demás cuando había algún desastre.

Se empezó a perder el equipo, a mí ya no me tocó cuando se fue el maestro, ya estaba en “Quiroz Cuarón”, todo empezó a perderse desde antes, por esos desmadres de que éramos los que llevábamos más tiempo y que organizábamos a la banda; una vez hasta me aislaron en la torre y no me dejaron salir.

Dejamos de ir al taller en la mañana, no nos dejaban salir en la tarde porque estábamos castigados, empezaron a bloquearnos aunque no fuera cierto que estábamos de organizadores y desastrosos, nada más íbamos en nuestro taller, pero los de seguridad querían buscar culpables.

Cuando llegué a “Quiroz Cuarón” y vi que no había nada de actividades ¡me arrepentí! Me cambié porque nos la pintaron chido, no nada más a mí, sino a todos con los que me fui, nos dijeron –te vas a ir antes, va a ver un proyecto donde te van a dar escuela al salir, dinero al mes, te van a conseguir trabajo– y piensas –cuando salga de aquí no voy a tener nada, allá me van a apoyar con trabajo y escuela– y me fui.

No me cumplieron nada de lo que me prometieron, lo que me importaba era salir antes; en San Fernando hubo un tiempo en el que me empecé a sentir desesperado y ya quería salir, por eso me fui –no hay pedo que al principio me den en la madre los custodios, todo por irme antes– dije.

Quiroz está todo solo, acá en San Fernando mínimo salías, veías el pasto y te tirabas; ahí no, nada. Yo le decía a mi psicóloga que no iba a hacer nada de lo que me dijeran, que me habían prometido muchas cosas y no había nada de actividades, nada, nada. Tan sólo las estancias estuvieran mejor, pero no, es estar solo completamente.

Estuve ahí nueve meses, llegué un noviembre y hasta marzo empezaron a dar actividades, no eran fijas, las mandaban de apoyo del Consejo que está al lado, luego los maestros no iban, venían de su otro trabajo.

Teníamos la escuela, a fuerza, también educación física en la mañana e iba una chava güera que daba ludoteca, traía sus juegos de mesa; luego iba uno de baile, ahí fue donde aprendí a bailar salsa, yo no sabía bailar. Los jueves iba la familia para tener pareja –¡ni modo que agarrara al *Chagoya!*–, mi mamá nada más fue una vez, bailaba con mi psicóloga y mi trabajadora social.

Después, llegó una maestra para darnos algo parecido al Taller ACCA, ¡no sabía nada y nos quería enseñar! Era la mamá de Yolotzin, se llama Adriana. Con ella empezamos a hacer estructuras para figuras chicas, nos las hizo hacer de popote porque según con alambre no se podía porque lo iban a restringir por ser una comunidad de máxima seguridad. Y ahí fue cuando sin alambre empecé a hacer el alacrán con acabado de piel de gallina, todo lo hice con periódico y engrudo, sin estructura ni nada, lo hice más por mi iniciativa que por lo que me enseñaba la maestra.

Ya cuando me resigné de estar en Quiroz, peleé para que mínimo me dejaran meter material para hacer unos cuadros o algo –no pues déjanos checar, según lo que quieras hacer– me decían –quiero hacer unos ahilados–, –no porque para eso se necesita meter un martillo y clavos y eso no lo puedes tener adentro– me contestaban. Hablé con mi trabajadora para que me hiciera paro y me checara mientras trabajaba. Después me dejaron meter mi material y pedí para hacer algo

con chaquira, hice unas cajas, una grandota de *Mickey* en forma de corazón y otra de la cara de *Wamba*, la vaquita, y el *Wipo*, ahí los tengo en donde vivo.

Aprendizaje de vida

Haber participado en el Taller ACCA me permitió descubrir muchas cosas que en mi vida pensé hacer y que ahora me gustan. Si tengo la oportunidad de estudiar algo que tenga que ver con esto, lo quiero hacer.

Creo que a pesar de que estés ahí y vayas por el delito que vayas, tienes algo que dar; ¡de una pinche basura lo que puedes llegar a hacer!, no importa qué signifiquen para la sociedad, tu trabajo lo refleja todo.

Aunque la gente no lo crea, haber estado en ese taller me ayudó en mucho; en el futuro yo quisiera tener un puestecito de velas, me gustan las velas. Todo lo que aprendí, sí me va a servir.

*Ivancito**

Es muy conocido en la CTEA de San Fernando, en la Comunidad Especializada para Adolescentes “Dr. Alfonso Quiroz Cuarón”, en la colonia Ermita Zaragoza, su barrio, y en los medios de comunicación. Antes de ser detenido a los 17 años, en noviembre de 2007, vivía con su mamá y dos de sus hermanos, quienes hoy tienen 26 y 17 años, respectivamente. Tenía un tercer hermano, fue asesinado un año antes de su ingreso. De su papá no sabía mucho cuando nos reunimos para entrevistarlo, nunca había vivido con él, estaba seguro que se encontraba preso en el Reclusorio Norte de la Ciudad de México.

Ivancito es papá de dos niños, quienes ahora tienen seis y dos años de edad, los podía ver cada que su esposa lo visitaba. Deseaba una vida diferente para ellos y por eso aseguraba que, al salir de prisión, iba a mudarse de colonia, además de estudiar la prepa con su causa y amigo Furcio. Se negaba a dejar de ser sicario, era su oficio.

Estuvo sentenciado a cinco años, condena máxima para menores en el D.F., aplicada a secuestradores u homicidas. No era la primera vez que estaba detenido, era su tercera ocasión. Él mismo reconoció que pasó por alto las advertencias de sus amigos cuando le decían que andaba muy “tendo” y que iba a terminar en La Corre.

Se mostró como un joven reservado, su hablar era pausado durante la plática y su mirada siempre estaba buscando algo que parecía no encontrar. Lo recordamos delgado, ya no era tan pequeño como cuando se ganó el mote, tampoco rebasaba los 1.70 metros de altura. A pesar de ello, Ivancito fue remitido al Patio 3, donde se encuentran los adolescentes más conflictivos y agresivos, luego lo trasladaron a “Quiroz Cuarón”.

* Ingreso a San Fernando: noviembre de 2007.
Entrevistas: 27 de febrero y 19 de marzo de 2012.

Fue testigo de las golpizas y abusos que imperaban cuando el gobierno federal era responsable de los centros para adolescentes y, también, del cambio de ley en 2008, momento en que el Gobierno del Distrito Federal tomó su tutela y los rebautizó como Comunidades.

Entonces tuvo la oportunidad de integrarse junto con otros adolescentes a uno de los talleres que se comenzaron a impartir, el Taller de Arte y Cultura de la comunidad para Adolescentes (ACCA), en el cual pasó el rato, como él dice, construyendo y pintando alebrijes, momentos que ayudaron a canalizar su violencia y a no desesperar para su fecha de salida.

A punto de cumplir su sentencia se veía listo para egresar, deseaba que su estancia en la comunidad se convirtiera sólo en un recuerdo, y así fue, obtuvo su libertad en noviembre de 2012, tan sólo unos meses después, en enero de 2013, fue detenido en Iztapalapa acusado de haber matado a un hombre con cuatro balazos. Debido a que ya tenía 21 años, esta vez fue trasladado al reclusorio.

¿De qué color es el diablo?

Cuando llegué a San Fernando iba con miedo, antes cuando recién llegabas a la corre te daban la bienvenida los custodios, me tocó. Te preguntaban –¿de qué color es el diablo, puto?– y ya tú les decías –rojo. Te daban en la madre y te decían el diablo es negro, hijo de tu puta madre, nosotros somos el diablo. Después te preguntaban –¿sabes a dónde llegaste?– y les dije que no, que no sabía, –¿no sabes?– me dice, –no pues no sé– le digo. –Aquí llegaste al paraíso hijo de tu puta madre. Te daban unos madrazos y te tenías que aguantar.

Antes era la ley federal y ahí estaba más *cachondo* el pedo, los guardias estaban más violentos, antes les decías algo y te iba como en feria, cuidado y tocaras a alguno porque ¡uhhhh!

Tenía amigos que habían sido corregidos,* me habían platicado de la *chicha*, donde te ponían a limpiar los pisos con los custodios atrás y que debías andar *chicheando* y todo el pedo, que te ponían una madriz a tus padrinos. No me la creía tanto, ya cuando llegué, vi que sí estaba *cachondo* el pedo. A mí me tocó lo de la *chicha*, de ley eran seis meses, pero yo estuve como tres porque si veían que te ponías al tiro te iban dando tus cosas, primero era cepillo, luego te daban el jalador. Después te tocaban baños, al que le tocaban baños se encargaba de tenerlos limpios y adornados y también decidías quién podía pasar al baño, si no querías que pasara alguien, pues no pasaba. Era el que organizaba los baños. Luego, ya después te tocaba puerta, ahí ya no hacías nada más que formarte para pasar lista.

El patio de castigo

Cuando llegué me mandaron al Patio 3, no conocía a nadie, había unos chavos que tiraron paro porque eran del barrio y ya no dejaron que yo hiciera nada. Era un güey que le decían el *Cholo*, *Pipucho*, *Caballo* y otro güey que le decían el *Chente*. Ellos la movían allá adentro, y ya pues andábamos juntos para allá y para acá.

Ese Patio era el de castigo, eran pocos, por lo mucho 17. Haz de cuenta que los del Patio 3 fueron los padrinos del 1 y a los que eran muy encajosos se los llevaron al 3, éramos muy conflictivos. Siempre que salíamos peleábamos nomás.

Como no tenía nada que hacer en el Patio me paraba como a las 9 o 10 de la mañana, ya después bajaba a desayunar, después me metía a bañar y luego pues ya te ponías a hablar por teléfono o a ver la tele o luego a ver una película. Veía mucho la de *El cartel de los sapos*. Luego jugaba frontón, a veces bajaba en las tardes a jugar un ratote. Yo juego de todo, me gusta jugar futbol, le voy al *América*, ahorita anda bien mal, jugué americano con Las Panteras, en americano le iba a Pittsburgh, pero ahorita no han ganado.

* Que ya habían estado en *La Corre*.

Más me la pasaba en el teléfono, les hablaba a unas amigas que tengo y ya después me venían a ver. Les hablaba desde mi teléfono, yo tenía un teléfono que pagué para que alguien me lo pasara, en ese tiempo pagué como mil pesos, era un *Nokia*.

Con mi primer celular duré como unos ocho meses, a mí me los encontraron porque un güey nos puso, pero pues seguido nos los encontraban y pasaba uno o dos días y ya teníamos el otro. Nos lo pasaban los guardias o los servicios social, el chiste era que les llegaras al precio. Yo creo que fácil me encontraron como unos 16 o 17. El último que tuve fue un *XpressMusic*. A veces nos tomábamos fotos y se las enviábamos a unas amigas.

En algo me tenía que distraer porque en ese entonces ahí en el Patio 3 no más nos daban un taller de chaquira, estuve yendo varios meses, como ocho. Hacía cuadros de muchas chaquiras, le tenía que pedir el material a mi familia.

Los nuevos talleres

Después del cambió la ley corrieron a todos, sólo quedaron unos cuantos de Trabajo Social. Entonces, nos llevaron a cada uno de los talleres para ver cuál queríamos, y ya escogías el que te gustaba. Ofrecieron gastronomía, carpintería, imprenta y el taller de Marco.

Escogí el taller de Marco, el ACCA, por las cosas que ahí se realizaban como los cuadros, yo entré con mis vales el *Pipucho y Chanclas*. En el taller de Marco había horarios, a mí me tocaba dos veces a la semana o por lo mucho tres, como a eso de las 12 o a las 2 o 3 de la tarde, íbamos dos horas. Cuando no había nada que hacer con Marco me iba a meter a otro taller. Si le hablabas chido a los talleristas tenías esa facilidad de cambiarte, me metía seguido al de gastronomía, me iba a comer ahí, estaba buena la comida.

Era chido estar en el ACCA, aprendes a hacer cosas, yo nunca había hecho un alebrije y eso también te sirve para distraerte y para pasar el rato, te distraes. En el taller poníamos música en la computadora, cada quien estaba en lo suyo y si alguien podía pues te ayudaba. El lugar estaba grande, sí era grande, las paredes

estaban grafiteadas, había mesas grandes y había unas cosas que aplastaban, unas prensas.

Con Marco comenzamos hacer puros alebrijes o piñatas, al principio eran puras piñatas, también trabajamos resinas, ¡ah! también cuadros calados, también hacíamos cuadros como con reciclaje. Sí teníamos varias cosas, hacíamos cuadros y así. Al principio el Marco estaba solo, pero después lo juntaron con una chava, Yolotzín, creo los juntaron porque decían que hacían lo mismo.

El primer trabajo que hice con el Marco fue un *Piolín*, hice la silueta con alambre y luego ya lo hice con papel y con cartón, ya después lo pinté. Luego hice una Santa Muerte porque un amigo me dijo que le regalara una. Era grandota, medía como uno setenta, el Marco me ayudó a hacerle la estructura, era toda roja, y con color como cráneo, la pintamos con latas de aerosol. Quedó chida, me ayudó un amigo, *Memín*.

Yo era bueno para los alebrijes, pequeños y grandes. Me quedan chidos. Cuando los acababa, Marco y mis mismos compañeros me decían que estaban chidos.

Me acuerdo del primer alebrije grande que hicimos, era como de papel china, fue de rápido, lo hicimos entre unos doce chavos, al final le trabajábamos hasta en la madrugada. Para ponerle el nombre dijimos varios y se quedó por el que más votaron, yo voté por uno, no se quedó. Estuvo chido hacerlo y cuando vimos el desfile y vimos otros alebrijes que estaban más chidos, pues ya dijimos – no pues cómo íbamos a ganar.

En el segundo, el que fue negro, ya estaba más organizado, el alebrije estaba mejor, tenía la cara de un ferrocarril, como de una locomotora, tenía tres colas, en su pecho le pintaron caras de héroes del centenario y de la Independencia. Hicimos todo, como ahí teníamos para soldar, pues hicimos la estructura y se le dio forma, yo ahí aprendí a soldar. A mí a veces me tocaba pintar las alas, hacer las cositas de la locomotora, lo hacíamos por partes. No me acuerdo cómo se llamó, pero igual lo hicimos por votación.

El motín

Cuando hicimos ese alebrije que parecía ferrocarril, el Marco y Yolo ya no trabajaban juntos se habían peleado, hasta había algo que separaba a los talleres. Yo me regresé con Marco y digo me regresé porque cuando fue el pleito yo no estaba en San Fernando, en eso me cambiaron de centro porque según intentamos organizarnos un motín.

No fue un motín, fue un intento porque no pudimos abrir todo, no más fue por desmadre, la banda estaba organizando allá adentro y pues les hicimos un desmadre. Éramos como 60 chavos. El plan era llegar a la azotea y hacer un desmadre, no pudimos llegar tan lejos.

A mí me tocaba apagar* a los guías, sacarlos y ya después abrirle a todos. Era sacar a los del Patio 1, luego a los del 2, y después los del 3, cuando empezó todo el desmadre, no salió toda la banda y valió gorro. Ahí nos agarraron los guías y se armaron los madrazos, ya cuando los controlaron les pusieron una madriza. A mí no me tocó, a mí me metió el director al Patio y fue cuando me mandaron a otro Centro y cuando regresé ya me enteré que había dos talleres, el de Marco y el de Yolo.

Estuve un rato y luego ya no seguí en el taller porque me cambiaron a Quiroz Cuarón. Ya ni me despedí de Marco porque cuando te cambian, llegan de repente, agarran tus cosas y vámonos. A donde llegué no había actividades, no había nada y pues como yo siempre me he acostumbrado a lo que hay, entonces me quedé así.

En el taller aprendí a hacer esas cosas, yo nunca había hecho un alebrije. Sirve para distraerte para pasar el rato, te distraes. Te deja una buena experiencia saber el uso de algunas cosas, yo llegué a ir a museos en donde te enseñan cosas de arte y nunca supe, no ponía atención, cuando uno ya sabe, ya le entiendes más, ya le puedes poner más atención a las cosas, ya sabes sobre las cosas.

* Noquear.

Lo que aprendí en el taller tal vez lo use para ayudarles a mis hijos en sus tareas o tal vez hagamos una piñata y así, yo no me dedicaría a esto, yo ya tengo mi oficio y a mí me gusta a hacer otras cosas. En lo que yo hago, gano rápido y mucho.

Listo para salir

Tengo dos hijos, uno de cuatro años, y el otro va cumplir cuatro meses. La verdad no tengo idea qué haré, han cambiado las cosas y yo me pienso cambiar de colonia, tengo que ver a mis hijos, quiero algo distinto para ellos, algo distinto para mí, quiero buenas cosas para ellos, que no crezcan en el ambiente en el que yo crecí.

Yo estoy listo para salir, creo que aquí no te ayudan, sólo aprendes más, tanto cosas buenas como malas. El encierro sólo te sirve para valorar, para que te rehabilites no. Acá adentro voy a recordarlo normal, tanto lo bueno, como lo malo, me llevo amigos, *Cejas* es mi cuate.

*Memín**

Su apodo hace referencia a su piel morena y a sus labios anchos. Cuando lo conocimos era un adolescente de estatura medía y cuerpo robusto, tal vez resultado de la práctica de fútbol americano con las Panteras, el equipo de la Comunidad de Tratamiento Especializado para Adolescentes de San Fernando.

Su historia está marcada por el descuido, la violencia, la falta de educación, las malas compañías y el delito. A los 10 años perdió a su padre y fue abandonado por su madre. Tuvo que refugiarse en casa de sus tíos y comenzar a tomar decisiones de vida, mismas que lo llevarían a reclusión por cinco años, acusado de secuestro.

Al momento de la charla, parecía ser una persona que retaba con la mirada, alzaba la cabeza para escuchar y, con la misma postura, daba sus respuestas; advertía y amenazaba constantemente ante cualquier cuestionamiento y, aún con esa coraza, dejaba entrever a un adolescente que se preocupaba por su familia y que mostraba agradecimiento hacia las personas que le tendían la mano.

Nació un 20 de noviembre de 1992 y vivió en la delegación Iztapalapa, cerca de Santa Cruz Meyehualco, en casa de sus tíos, luego de haberse desintegrado su familia. Su papá murió al recibir un balazo cuando se resistió a un asalto en su propio taxi. Su mamá se fue sin decir a dónde, hasta la fecha sólo ha escuchado rumores de que trabaja en un table dance. A sus dos hermanos se los llevó su abuela y no ha vuelto a saber de ellos.

Al morir su padre, Memín fue heredero del taxi que le redituaba cuentas de 400 pesos diarios, además de herramientas de mecánica y armas. En ese tiempo salió adelante cuidándose a sí mismo, aunque aún vivía bajo el techo de sus protectores.

Al concluir la secundaria decidió abandonar sus estudios, sabía, o eso creyó, que la escuela no era lo suyo, le aburría, fue entonces cuando su vida dio un giro. A los 14 años se compró su primer auto, una camioneta Cherokee.

* Ingreso a San Fernando: 19 de julio de 2008.
Entrevistas: 26 de marzo y 2 de abril del 2012.

Sus días transcurrían entre las fiestas, le gustaba andar en moto, en su carro y acudir a los centros nocturnos con mujeres. La adrenalina llegaba los fines de semana en los arrancones. Un terreno asfaltado en Ixtapaluca se convertía en la pista donde Memín hacía subir la aguja del tacómetro del Mustang o la Honda CVR.

Su trabajo era conducir una combi por las tardes, o al menos eso quería aparentar. “Lo de la combi para qué te digo que era un trabajo pesado, porque la verdad ni trabajaba, era para tapanle el ojo”. Aquel transporte tuvo como pasajeros a víctimas de secuestro.

Aunque asumió la responsabilidad de sus actos, su ingreso a la vida delictiva estuvo rodeado de ignorancia e ingenuidad. “Lo primero que me dijeron fue –no pues vamos a dar una vuelta, vamos a levantar a tal gente, no más para darle una asustada– pues que sí”, afirmó.

En julio de 2008 fue detenido y trasladado a la Comunidad de San Fernando. Llegó cuando imperaba la antigua ley “y había de todo: policías federales, custodios y la chicha”. A su ingreso participó en uno de los motines y fue testigo de la transición del poder entre el gobierno federal y el de la Ciudad de México.

En noviembre de ese mismo año, le ofrecieron las nuevas actividades del programa de reincursión. Eligió carpintería, pero la disciplina y rigor del profesor lo hicieron pedir su cambio a encuadernación, que después se llamaría Taller de Arte y Cultura de la Comunidad para Adolescentes (ACCA).

Memín recordó claramente su primer trabajo de cartonería. A diferencia de sus compañeros, quienes realizaban piezas de 30 centímetros, él comenzó la estructura de un San Judas Tadeo y una Santa Muerte de un metro. Ahí descubrió y pulió su talento en esta rama artístico artesanal. Fue sincero y aceptó que no pretendía seguir con estas actividades cuando saliera libre, sólo las hacía porque le gustaban.

No se arrepintió de su pasado, aseguró que “lo hecho, hecho está y ni modo”. Se imaginaba una vida diferente, más tranquila, soñaba con ganar una beca para continuar con el americano y estudiar Veterinaria, también se vislumbraba casado y con un trabajo en Correos de México, pues le apasionaba conducir motos.

Volver a delinquir no estaba fuera de su mente por completo, afirmó que su regreso al negocio dependía de muchos factores, entre los que no figuraba el dinero, pues desde niño lo tuvo y, durante su estancia en la comunidad, se preguntaba y respondía a sí mismo, como esperando hallar la causa de sus faltas, “¿qué le podía hacer falta a un niño de 10 años con 400 pesos diarios? ¿Pues nada, verdad?”.

Los que van llegando

Venía asustado de lo que me pudiera pasar aquí, de las historias que tienen estas cosas, de que te van a golpear y que te van a hacer hasta lo que no.

Yo llegué cuando tenía 15 años, cuando era ley federal y había de todo: policías federales, custodios y la *chicha*, cuando vas llegando te toca a ti. La *chicha* es por un tiempo, yo la hice poco, como seis meses, no, como unos cuatro meses, también me tocaba el aseo porque se hacía tres veces al día: en la mañanita, a las seis de la mañana, al medio día y a la hora de la puerta.*

A los que llegan les toca *chicha*, luego cepillo, jalador y después baños porque para ir al baño pedías permiso y el padrino te decía que tenías que pagar o no entrabas y pues tenías que pagar.

Me pusieron en el Patio 2 y en el dormitorio en donde llegué había un chavo que era reingreso, le decían *El Chucho*, y fue él quien me puso buzo ¿no?, me explicó cómo estaban las cosas. Era un chavo bien flaquito, chiquito, ya era reingreso. Él me dijo cómo se movía todo, pues ya sabía.

* Se refiere al final de día, cuando los federales cerraban las celdas y pasaban lista para verificar que estuvieran todos los adolescentes.

Rápido me puse buzo ¿no?, se hizo un motín y me cambiaron al Patio 1, bueno yo me pasé, me cambié porque me deprimía, estaba feo el 2, está como muy encerrado y luego tiene unos arbolotes y no te da nada de sol.

Antes, con la ley federal, te tenías que levantar temprano, ahora ya no. Ahora si te quieres levantar hasta a la una, pues te sigues, dormirte también, te duermes a la hora que quieras. Yo me dormía noche, dormía poquito, me levantaba tarde cuando estaba cansado por el juego.

También había talleres, a mí me tocaba serigrafía, ese era mi taller, a mí me dijeron –ese es tu taller. Me gustaba porque nomás te ibas a dormir ahí, bueno no, no me gustaba, como te tenías que levantar temprano, a las 5 o 6 de la mañana para hacer aseos, era ir nomás a dormir ahí. Se llamaba imprenta y luego en el cambio se llamó serigrafía.

Pinches cuadernos

Con el cambio de ley cambiaron los talleres y te los ofrecían, ellos iban como en las escuelas, te decían que ahí en carpintería se hacía eso, esto y esto, en el otro, en ACCA, te decían que se hacían papalotes, libretas y eso, antes se llamaba resinas.

En el ACCA tenías que hacer cinco libretas para poder hacer una pieza de cartón, ¡cinco libretas!, o sea era como el paso para entrar ahí, encuadernar.

Cuando fueron a ofrecer los talleres Marco fue solo, él era el del taller, no estaba con Yolo. También estuvo Yolo desde el principio, ella llegó haciendo otra cosa, era tallerista, tejía hilos, hacía aretes e igual cartonería, siempre traía sus materiales en su caja, eran de áreas diferentes. Yolo era de la de Cultura y Deporte y Marco era de la Socio-Laboral. Los juntaron cuando se dieron cuenta que hacían lo mismo, los unieron.

Tú podías escoger tu taller, ya no podías tomar otro. Iban y te preguntaban que a qué taller ibas y ya les decías a cuál. Al principio yo estaba en carpintería, hice dos lámparas, alhajeros y varias cosas, una lámpara para poner el teléfono y así, eso era lo que yo hacía, el señor era muy estricto y todo lo quería bien

simétricamente y la verdad yo dije, este viejo está loco, y que me salgo y pedí mi cambio.

Fueron conmigo y me dijeron que en qué taller estaba, les dije que con el carpintero, que me quería cambiar, les dije –me quiero cambiar de taller, quiero estar en el de encuadernación–, al carpintero sí le gustaba mi trabajo, a mí él me desesperó, se los dije enfrente de él, entonces el carpintero se me quedó viendo feo y dice –pues como quieras–, y pedí mi cambio. En ese entonces el encargado de los talleres era Tovar.

Me cambié con Marco, a Yolo también la tenía una hora en las mañanas, era de 9 a 10, ella entraba al Patio con una caja, ahí daba sus talleres, no tenía un espacio. Después me iba a la escuela y como a las cuatro me tocaba taller con Marco.

Cuando me meto a los talleres cambia toda mi rutina, antes no hacía nada, sólo iba a la escuela, ahora sí que a pasar lista y ya, después a hacer mis aseos, me bañaba y ya después a hacer algo, a entretenerme con algo ahí en mi cuarto, a veces jugaba *poliana* o le hacía maldades al otro.

Me quise meter porque me gustó el tipo de trabajo y la forma de ser de los maestros y lo que se hacía, aunque cuando llegué al taller yo no sabía bien lo que se hacía, entonces me dijeron –haces tus cinco cuadernitos y ya después puedes hacer lo que quieras–, el Marco fue el que puso esa regla, y pues ya todos así con cara de ahhh pinches cuadernos feos para qué los quiere.

Es algo complicado encuadernar porque pues tiene que ir de acuerdo de los dos lados, bien forrado y eso para que no se rompa. Yo creo que nos enseñaron las bases para después pasar a otras cosas. Yo creo que era para que vieras que sí la cosa es difícil.

Marco nos puso a cortar el cartoncillo y nos enseñó a encuadernar y pues ya terminabas y le entregabas sus cinco cuadernos y nos dijo –no, esos son para ustedes o para que se los den a su familia–, y ya pues haz de cuenta que le ponías pedacitos de papel china o luego con pintura como arcoíris para que se viera bonito. Yo se los regalé a mi mamá, a mi tía, a mi hermana, a mi prima, a mí familia.

Después de los cuadernos, mis primeros trabajos fueron un San Judas y una Santa Muerte de un metro, los comencé desde la estructura y ahí fue cuando me di cuenta de que no se me complicaba, que era fácil con mis manos hacer eso, vi que me gustó esa idea y pues empecé con unas grandes ¿no?, pues porque todos empezaban con unas piezas de 30 centímetros y así chiquitas.

Mi familia no me dijo nada cuando les comenté que me había metido un taller hasta que vieron mi primer cuadro que hice con el material que me regaló el profe, como hice mi Santa Muerte y mi San Judas Tadeo, pues me dijo el profe –sí le echaste ganas, te doy esto– y me dio material para hacer mi primer cuadro y me enseñó a pegar el cromo, a cómo calar. Le hicimos el efecto a una tabla y ya lo pegamos y lo enresinamos, o sea fue un cuadro muy sencillo, quedó bonito para ser el primero. Ese se lo regalé a mi hermana y pues ella bien emocionada, me decía que si era eso lo que yo hacía aquí y decía que estaba bien padre. Yo también estaba emocionado, estaba muy sencillo, dije, sí hago cosas bonitas. Yo nunca pensé que podía hacer eso hasta que lo vi. Después conseguí material y seguí haciendo cuadros.

En el taller, si no había nada que hacer, era aprender técnicas: cortar las figuras de los cuadros, técnicas de pintura, que para pintarles el fondo o un azul difuminado, difuminado hasta blanco o hacíamos burbujas o transparencias, todo eso, te enseñaba varias técnicas. También hacíamos lo de cartonería, fue cuando también hice una Santa Muerte de dos metros forrada de puros dólares, esa la mandé para mi casa, como de protección ¿no?, para que nunca les falte dinero.

No todo me salía bien, le fui perfeccionando por los profes que me iban dando los tips de cómo se hacía, por ejemplo si era cartonería, me decían cómo era un buen acabado ¿no?, primero tiene que ser una buena estructura, Marco era el bueno para eso. Si una estructura no está bien, pues la construcción se cae, todo lo que hiciste, no te va a durar mucho tiempo, y pues la Yolo era la que me ayudaba por fuera, me decía –ponle papel kraft y te va a durar más, te va a quedar fino por fuera, lisito.

Así fue como le fui aprendiendo, la verdad le agradezco mucho a los dos porque me enseñaron mucho, mientras uno me daba una guía, el otro igual y si juntaba sus ideas, ¡puta!, eran dos personajes chonchos.

Pura banda faltosa

No era el único que iba al taller, éramos tres los de mi Sección que hacíamos la misma rutina, íbamos al taller temprano, luego a la escuela, después al otro taller y en la noche a entrenar americano.

De todos los talleres es en el único taller en donde había chavos de diferentes Patios, el único, siempre ha sido así. No es tanto de que nos llevemos bien, sino de que pues si estás haciendo una pieza como que el tiempo sientes que no pasa para ti, estás bien clavado en tu pieza y de repente vez que ya son las dos y te tenías que ir a las doce y ya dices –no mejor me quedo a seguirle–, como que sientes que el tiempo no pasa, como una terapia de relajación.

Uno es así, hiperactivo y si nada más hubiera estado arriba (en los dormitorios) es de estar haciendo maldades, de estar cantando bien fuerte para despertar al de al lado, dándole un zape, cualquier cosa ¿no?, y si estabas ahí en el taller como que te relaja. No creo que yo sea el único, porque hay varios que íbamos y es de hacer cosas: los cuadros, un repujado, cualquier cosa. Pues el tiempo se pasaba bien rápido.

En el taller nadie se agandayaba, no había tanto así, porque pues todos según éramos iguales y pues si te querías encajar, los guías o Marco te decía – ¡cálmate, aquí no tienes tu chavito!, haz tus cosas y cada quien lo suyo.

Los profes pusieron reglas, porque Marco no era así como un tallerista, entonces –tienes que hacer esto a fuerza–, él era de los que te decía que trabajaras o que si no mejor te fueras y que no anduvieras viendo qué hacer y pues igual Yolo, porque era muy tolerante.

Las primeras veces nos decía Marco que no le gustaban las áreas sucias y todo eso. Por ejemplo, con los pinceles él los enjuagaba, haz de cuenta, nosotros los utilizábamos y nos decía –todos los pinceles júntenmelos ahí– y ya de ahí pues

fuimos jalando con él. Le decía –no pues ahora yo los tallo–, y yo los tallaba con cepillitos de alambre y así. En lo que tú estabas tallando, alguien guardaba y pues así teníamos el área limpia. Luego hasta nos invitaba a desayunar licuados, él los traía.

Ahí era todos parejos, luego yo sí cambiaba cosas, si les gustaban mis trabajos se los cambiaba: los alebrijes los cambiaba por cobertores. A los cocineros les cambiaba por comida, o pan a los panaderos. Los de gastronomía me encargaban cosas como San Judas y así y yo les pedía –dame una comida, un alambre y yo te doy un San Judas– o –dame un pastel y yo te doy una Santa Muerte.

Siempre en ese taller, quién sabe por qué, es donde pura banda faltosa llega, pura banda así como ingobernable, que nadie los controla. Llegas a ese taller y te sorprende la banda porque ahí como que te transformas, como que eres otro, te transformas y te clavas en lo que estás haciendo y se te olvida, si tenías pedo con el de a lado se te olvida, como que hay algo ahí dentro de ese taller que te transforma, es como un tipo de terapia. Te sorprendes de varios, *Banda, Ivancito, Cejas, Furcio*, todos nosotros éramos un equipo, éramos un equipo para chingar nomás.

Afuera también se lleva la amistad, pero cuando, es Patio contra Patio, pues ni modo ¿no? eres mi amigo, pero ni modo ¿verdad? Imagínate si te ven hablándole ahí a alguien de otro Patio, van a creer que andas diciendo algo. Sí se siente feo ¿no?, pero los otros son con los que estás, con los que vives y es para que no la pases mal.

En el taller y en las cosas que se hacían, de trabajar solo a trabajar en equipo, me gustaba más trabajar en equipo, porque mientras estás pintando y estás cotorreando, pues no estás como encerrado, sino estás con tus amigos y pues compartes ideas y las cambias, como cuando hicimos los murales.

Antes, las paredes tenían algo de todos, en cada espacio estaba algo, no pasaban ni 20 centímetros porque ya estaba puesto otro nombre, eran así, y ya después comenzamos con los murales.

Participé en dos murales que hicimos en el taller. En el de la güera y otro, era un dragón y un castillo, ese era muy grande.

Yo estuve en los murales desde el principio, desde trabajar la pared, tallarla, limpiarla y hasta la pintura. Yo ahí, hice algunas figuras, o sea, eso del dibujo como que sí puedo hacerlo, mal, mal, no me quedaban, y después me enseñaron a cuadricular los dibujos y se me hizo más fácil todavía, porque al principio yo hacía las cosas al aventón, yo decía, la cosa es pintar y era así lo que me iba saliendo, sí podía copiar un dibujo y quedaba más o menos bien, ya después de que cuadriculé las hojas y de que me enseñaron esa forma para pintar, pues así más fácil ¿verdad?

Marco nos enseñó esa técnica, a hacer los fondos y a difuminar, nos ponía primero a mezclar colores y a difuminar en los cuadros. Nosotros mismos practicábamos, luego no teníamos cromos nuevos y pues ni modo había unos cromos ya bien viejos ahí en el taller, era buscarte uno, traértelo y pues si sí, ya lo calcabas en una tabla, después, lo empezábamos a pintar. Primero hacías los dibujos en una tabla y ya luego pues los ponías en el mural.

En ese tiempo eran más del Patio 1, sí había de todos los patios, por ejemplo en el pedazo que estábamos haciendo para hacer el castillo estábamos el *Ley*, Luis, *Furcio* y yo, y del otro lado en el otro mural, en el de la güera, en ese estaban los del Patio 3. Los del 2 casi no, porque estaban hasta atrás y ellos no.

Sí había problemas con los otros patios, los del 1 y los del 3, pero ahí como estaba *El Furcio*, que era causa del *Ivancito*, ahí no había tanta falla, porque pues ya ellos ya se hablaban y pues te decían –él es mi compa, viene conmigo y con él no hay falla–, y pues ni modo que los agraviáramos.

El del castillo era como un comic y te viajabas ¿no?, ya cuando ves en grande el castillo y el dragón, ahora sí que te viajas, observas la pintura y piensas que estás ahí. Haz de cuenta que era un castillo como de metro cincuenta y el dragón era de toda la pared, había otro dragón con un jinete que lo traía, estaba encima de él, venía jineteando con una espadota y luego era el fondo como entre morado y rojizo, pues estaba muy pacheco. Fue el que más me gustó porque pues era algo así como una escena de una guerra de dragones y así.

A los murales le teníamos que echar ganas, a veces sí nos tardábamos como unos tres meses, le echábamos poquito a uno y luego poquito a otro.

La cosa también era los materiales, pues la mayoría los traía el Marco. Nosotros traíamos materiales, muy pocos y ya en los demás pues Marco nos ayudaba, luego aquí en la comunidad los pedía y le empezaban a poner peros de una cosa, luego para otra y pues los terminaba poniendo él. Mi familia me traía resinas, tablas, periódico, alambre, pues varias cosas.

El mural del dragón lo borraron porque el Marco ya no estaba. Nosotros sí luchamos para que no quitaran el mural, porque pues fue nuestro trabajo, cuando fueron a remodelar el taller lo borraron y lo quitaron. El de la güera ahí sigue.

La Urbe

Marco y Yolo nos inscribieron en concursos y lo primero que pensé fue que íbamos a concursar a nivel, con tanta gente, con tantos artesanos de la república y todo eso, te sacas de onda, ya cuando ves que es para concurso, pues te emocionas ¿no?, sientes una emoción y dices –chido, mi trabajo no nada más se queda aquí, ahora sí que se va a ir a dar una vuelta ¿no? Ya sabía que yo no iba a poder estar allá, pero por lo menos iban a conocer lo que hacíamos, ahora así que lo que se hacía en el ACCA.

Yo decidí participar por no salirme del taller, no quería verme fuera porque ya sabía cosas, técnicas y todo eso. Habíamos hecho globos aerostáticos y dije pues vamos a entrarle, eso fue la motivación y hacer trabajo en equipo. El primer concurso en el que participé fue en un alebrije, uno que se llamaba La Urbe.

El alebrije lo levantamos desde el puro carrizo y eso fue en un tiempo rápido, no me acuerdo cuánto, sólo me acuerdo que fue en muy poquito tiempo, en días. Recuerdo que era el tercer concurso de los alebrijes y Marco fue el que nos conectó con el MAP y fue de rápido, nos dijo:

–A ver, está el concurso, tenemos muy poquito tiempo, ¿qué onda, le entran?

–Pues sí, vamos a entrarle– le dijimos.

–Pues hay que darle duro, hay que conseguir los materiales y vamos a ver cómo la institución nos apoya– nos dijo.

En La Urbe participó *Furcio*, *Elvis*, *Banda*, *Bruja*, el *Feo* y de los demás ya no me acuerdo. Lo hicimos con carrizo, la idea fue de Marco, ya nosotros le fuimos metiendo, que una mano de gancho y así. A mí me tocaron las manos, fueron unas manos de gancho, eran como un anzuelo para atraer una carnada.

Según nos contaron Yolo y Marco, que estaban ahí en el Azteca cortando los carrizos y todo eso, y sí trajeron muchos carrizos y entre los dos lo hicieron. Y ya aquí comenzamos a hacer la estructura, era como un edificio, toda cuadrada la estructura de abajo, ya después las manos, las caras, el ángel atravesado, la cara de un dragón.

Por fuera era un edificio como de un metro y luego ya hasta la orilla eran puras caras, diferentes caras, eso se fue haciendo con papel, papel y más papel y pues ir formando las caras. Luego ya se hizo el ángel, el Ángel de la Independencia atravesado a la mitad del cuerpo del alebrije. Esa vez ocupamos hojas y periódico y después lo pintamos, muchos rojos, tenía muchos rojos, la cara roja.

Ese alebrije se nos rompió, como en esas fechas llueve, lo teníamos que cargar pa dentro porque lo trabajábamos a fuera ¿no?, estaba muy pesado, y luego había como cinco escalones para subirlo a una cisterna. Era una bronca cargarlo porque era llevarlo en unas tablas, arrastrándolo, meterlo y luego ya no cabía. Se tronó, se tronó un carrizo y le tuvieron que hacer un hoyo para meterse a arreglarlo, *Furcio* fue el que se metió a arreglar eso. No se cayó, sino se tronó un carrizo de ya tan pesado que estaba, no aguantó y faltaba una semana para el concurso y pues todavía faltaba la pintura y todo eso.

Por lo mismo también salíamos en la madrugada a hacerlo, fue una jornada pesada, era todo el día y hasta en la noche. Era ir a pasar cuenta, ya pasabas la cuenta y otra vez para fuera. Era de las ocho de la mañana, hasta la madrugada

más de la una o dos y luego en la mañana a levantarse temprano, ya habíamos quedado y estábamos motivados y ni modo, a no dormir.

Recuerdo algo de cuando hicimos el primer alebrije. Mi mamá cumple años el 30 de octubre y pues los alebrijes se entregan unas semanas antes, el 20, el 21 por ahí, así se entregan, y yo en ese tiempo estaba haciendo un *Winnie Pooh* para mi mamá y, como estábamos haciendo el alebrije, pues lo hice al ritmo, un pedazo de una pata, luego otra pata, o sea que lo hice en una semana, lo acabé todo y mi *Winnie Pooh* se fue todo así fresco, al igual que el alebrije, pero mi mamá recibió su regalo, de eso me acuerdo mucho.

Hacer ese alebrije, dejó ver que no somos inútiles, de qué fuimos capaces de hacerlo y más por el equipo que éramos, porque pues éramos chavos que no nos controlaba nadie, quién sabe cómo pudimos estar tanto tiempo sin agravios entre los de distintos patios y cómo nos pudimos mantener y calmar. Ese fue nuestro primer alebrije, no era así tanto, era más la experiencia ¿no?, porque era el primer trabajo para participar y ¡en grande ¿no?!, y pues órale.

El centinela

El siguiente año hicimos otro alebrije, se llamó, se llamó... no me acuerdo, es que tiene un nombre bien raro, se lo pusimos entre Marco, la *Bruja*, *Furcio* y yo. Es un guerrero, yo sé que es un guerrero, no me acuerdo cómo se llama, sigue de pie, ahí lo tengo, ahí en el taller.

Tenía un tema, fue el tema del bicentenario. La idea la hicimos en un alebrije chiquito, ese día nada más estábamos Marco y yo, entonces le dije –el alebrije es más o menos así– y comencé a hacer unas vías en chiquito, y ya pues de ahí le fuimos pensando.

El chiste fue cuando comenzamos a conseguir los materiales en el centro, empezamos a movernos por toda la comunidad, fuimos con la licenciada Ivonne y nos dijo que no había nada y ya teníamos que conseguir material y pues lo que estaban eran las soleras.

Nosotros aquí cuando hay campales quitamos, desarmamos las tumbas,* les quitamos un tubo de enmedio, otro de abajo, otro de las escaleras y pues con eso ¿no?, son las soleras, los *cuarentaicincasos* que se hacen aquí, te descalabran. Cada revisión se llevan muchas, muchas, porque todos siempre andamos con esas, y se llevan muchas soleras, se las llevan al almacén.

Entonces fuimos al almacén a recoger todas esas soleras y nos decían –esto es puro basura, esto ya no va a servir, esto ya no se va a utilizar–, y les dijimos –pa’ nosotros sí nos sirve para la estructura–, y de eso fue la estructura del alebrije.

La estructura la armamos entre la *Bruja*, *Elvis* y yo, ahí tuvimos un día libre porque teníamos los ojos bien rojos, no sabíamos soldar y anduvimos todo el día flameados. Yo al otro día, no podía abrir bien los ojos y el Marco nos consiguió unas papas para que se desinflamara y ahí andábamos, con nuestras papotas.

En este alebrije, a mí y a la *Bruja* nos cambiaron al Patio 3, que según por otro motín que iba haber, pero ya no se hizo. En ese tiempo, me acuerdo que *Ivancito* estaba haciendo un San Judas grandote, como de 1.60 metros, y pues ahí yo le ayudaba, él era como mi vale ahí en el Patio 3 y ya llegué y le dije que estábamos haciendo un alebrije y que si quería jalar y pues sí se jaló y ya fue ahí cuando invitamos a *Banda*, *Cejas* y *Joan*, y ya ellos ya vieron que podían y, empezamos a jalar más gente, invitamos como a unos 10 chavos.

Comenzamos entonces con lo que seguía, la forrada, lo empezamos a forrar, primero lo forramos de alambre, hacerle las redes de alambre para que no se fuera para adentro y después con rollos de papel, los enrollábamos y después los pegábamos con *diurex*, los rollos eran para no darle tantas forradas de papel y que no pesara tanto, pues ya la pura estructura pesaba, lo forrábamos de unas cuatro capas de periódico y ya después lo forrábamos con kraft.

Ya después lo pintamos entre todos, yo pinté el frente, a Zapata, con el aer..., aereo..., con el aerógrafo, le hice los efectos al Zapata.

* Camas.

Toda la panza del alebrije eran las vías, pero en cada vía, en cada espacio era así como una escena, y al mismo tiempo que era una vía era como una cinta como de cine, de una película e iba escena por escena, esas la hizo *La Bruja*. Yo hice las difuminaciones como el profe me enseñó, difuminamos la cola, los brazos, los parpados y ya hasta el último nos sacaran en el barniz por los solventes.

Le aprendí, sobre todo las técnicas, de cómo hacer las escamas, diferentes tipos de ojos. Hubo un avance, bastante con respecto al primero porque el primero no aguantó y en éste estaba bien la estructura, estaba más fuerte.

El otro taller

Marco y Yolo tenían sus diferencias y se separaron. Cuando se separan ya cada quien se hizo su espacio, como el taller era un espacio abierto, Marco lo comenzó a dividir, porque tenía planeado en cada espacio una actividad: uno era para barro, otro era para vidrio y un espacio para cartonería, pero lo dividieron muy feo, lo enrejaron. Antes no había enrejado ni nada, era un espacio amplio, normal, lo dividieron.

Yo seguía trabajando en el taller con los dos, me iba un rato con Yolo y un rato con Marco y así. Yo seguía porque le seguía aprendiendo día con día, le aprendía algo. Yo no me podía meter porque eran sus broncas y les agradezco a los dos muchas cosas que me enseñaron y fueron sus broncas. O sea no me podían decir nada de que no podía estar en el otro taller porque pues yo soy me vale madres y yo hago lo que yo quiera, así es mi forma de ser y quién sabe cuáles eran sus broncas.

Luego Marco se fue, nos dijo que se iba por su sueldo y por broncas de aquí. Él nos dejó ¿verdad?, por problemas de aquí.

El taller se quedó, está en el mismo espacio, hasta siguió el rótulo que le hice cuando fuimos al taller de rótulos, le puse "Taller de ACCA", hasta la fecha ahí sigue escrito. Aunque hubo cambios cuando se fue Marco, después se llamó Reciclado Artesanal y pues Yolo se hizo cargo. Algunos le siguieron diciendo así, otros hasta le decían encuadernación, pero ya ni se encuadernaba.

En ese entonces fue cuando hice un papalote con Yolo, ella dio la base de las ideas y, como éramos casi toda una sección, fuimos los que lo hicimos, los del Patio 1, Sección 1. Era una mariposa, una mariposa grandota, de tres metros y medio por dos y medio. Era de los aztecas, de sus dioses, pusimos a Quetzalcóatl, al Dios de la Muerte.

Usamos puro carrizo con uniones de hilo y papel china, pero fueron más bien recortes, recortes encima del recorte por colores, era en pedacitos de papel china, su ojo de un color, lo de la orilla de otro y así por pedacitos, todo de papel china.

Se llamó Ollin Pápalo y ganamos, no lo creíamos ¿verdad? Yolo nos dio la noticia. Ganamos dinero en efectivo, como 15 mil pesos, no lo recibimos directamente porque no se puede manejar así aquí. Con ese dinero hicimos una bistecisa con la familia y compramos materiales, pinceles y todo eso, también tomamos un curso, no de reciclado, hicimos portarretratos. Ese curso lo tomamos y lo pagamos, aunque el señor nos quedó mal, sólo nos dio las bases y nos dejó la idea.

En ese año hicimos también un alebrije, igual, eran ideas de todos, primero, primero, la maestra dijo que iba a ser un alebrije como un monstruo grandote y con los siete pecados en alebrijes deambulando por todo su cuerpo. Ya después cambiamos la historia y se llamó El Cuenta cuentos, era un sapo gordo, gordo que tenía una boca en el estómago con una lengua de resbaladilla.

Tenía diferentes historias, en la cola, entre sus manos, hasta en la punta de sus pies. En la cola tenía sirenas, sirenitos, barcos, piratas, no eran dibujos, eran figuras de papel saliendo así de la cola de la pura cola era eso. La espalda era un bosque de hadas, muchos hongos. Sus alas eran un libro, un cuento. Sus piernas eran así como unas montañas. Las manos, una eran un árbol con manzanas y la otra una víbora que agarraba un alebrije.

Nuestra idea era que no le gustara tanto a la gente grande, sino a los niños. Esa era la idea de nosotros, que le debería de gustar a los niños y que sea más útil para los niños y por eso lo hicimos así y hasta le hicimos la resbaladilla en la lengua, para que llamara la atención de los niños.

Queríamos invitar a los niños a leer, o sea que los niños desde chicos lean.

No ganamos nada, solamente aprendimos muchas cosas y cosas que no se van a olvidar, como que cayó* mi primo el *Galleta*, él hizo la mayoría de la cola, era de los que mejor trabajaba, pero se murió cuando estábamos en el proceso del alebrije, una semana antes de que entregáramos el alebrije, se mató. No sé qué pasó, no sé qué decir realmente, él tomó la decisión, se quitó la vida.

Nos pegó a todos los que estábamos haciendo el alebrije, nos motivamos más y en libro le pusimos una leyenda, trae algo así: “Él quería quedarse, él sigue aquí dentro de nosotros”. Le queríamos poner la foto de él al alebrije, pero no dejaron por lo mismo, porque qué fueran a decir y de dónde era, de dónde venía el alebrije y simplemente le pusimos un moño, un moño en el cuello.

El ambiente estuvo pesado en ese momento, porque como siempre, no había apoyo de aquí de parte de las autoridades. Estaban sobre nosotros por lo mismo que había pasado, estaban muy encima de nosotros y no podías trabajar a gusto porque sentías a la gente encima de ti.

También nos dimos palizas dentro del taller por lo mismo de los pleitos entre los patios. Una vez invité a un chavo que era el parote, él era del Patio 1 y yo del 3. Yo lo invité, le dije, pues vamos a hacer lo del alebrije y dijo que sí y fue, se sacó de onda con uno del Patio 3 y se empezaron a apalearse ahí. Y ya el chiste es que ya fuimos menos los que nos quedamos, pero pues ya le echamos más ganas y pues así fue como fue saliendo.

Al final, no sé que nos dejó la realización de ese alebrije con todo lo que pasó, la verdad no sabría decir, sí nos dejó que hay que disfrutar.

El encierro te hace más ojete

Estar en un taller así pues me quitaba el estrés, me ponía más tranquilo y pues hacía que mi imaginación volara, estar en eso era volar, imaginar y pues hacerlo. Era atreverte, es no tener miedo y pues y saber que sí se puede hacer lo que venga a tu imaginación.

* Murió.

Fue chido estar en un taller así porque aprendí muchas cosas que nunca me imaginé en la calle, ¿cuándo yo iba hacer una piñata o así? o encuadernar, nunca me imaginé hacer eso, encontré que es algo que me gustó y que se me facilita.

Lo malo es que no hay mucha gente que apoye esto, somos pocos, somos guerreros y le damos ¿verdad?

Adentro hay muuuucha, muchísima gente que es buena para esto. Pues ahora sí que luego hasta a veces los profes no los quieren sacar porque hay mucha gente que quiere salir y que son buenos, los ves y tienen una cara de que no das un peso por ellos, luego empiezan a mover las manos.

Esto es algo que no aburre, porque si te aburres tantito haciendo cuadros y calar y todo eso, pues terminas el cuadro y después haces una pieza de cartón, ya que aburrió la pieza de cartón, pues unos aretes, o después coser una bolsa y así, pues.

Yo creo que en actividades como éstas sí cambian la gente, toda tu agresividad la depositas ahí y en crear. Yo pienso que esto es lo que más ayuda, porque tu imaginación vuela. Hay mucha diferencia con otros talleres, ¿cómo decirlo?, pues es que es mucha la diferencia, es que es mucho o sea es que no es sólo una cosa, sino aprendes de todo, o sea no sólo aprendes a hacer pasteles o platos fuertes, sino también por un lado le estás dando a la costura, por otro lado le estás dando a la pintura, por otro a la cartonería, por otro a la joyería, aquí es abierto, es algo muy completo.

¿El encierro? no, eso no sirve, no sirve porque no tienen claro lo que quieren, el encierro te hace más ojete. O sea si fuera un encierro con una buena terapia, una buena medida, algo así, yo digo que sí te serviría, pero al contrario, este mismo encierro te hace más cabrón.

Si hubiera unos buenos psicólogos, tal vez, no sirven más que para ganarse el cheque y ya. Yo estuve más de un año y medio sin psicólogo, sin que nadie hablara conmigo, yo ya tenía que ver por mí.

La gente que maneja el centro nada más viene a ganar lo suyo y ya. La gente nueva es la que se pone la pila pero, ya que agarran la onda, igual le vale madre, igual que a toda la gente de aquí.

Afuera me imagino mi vida un poco diferente a lo que era antes, un poco más tranquila, no sé todavía cómo, sí sé que un poco más tranquila. No tan alocada, tan carrereada, disfrutar un poco. Me gustaría estar en un estado más tranquilo, la verdad no me gusta mucho la ciudad, es muy rápida. He vivido en provincia y es así como todo tranquilo.

No me arrepiento de lo hecho, jamás, lo hecho, hecho está y ni modo. A los 12 años no piensas, ni siquiera se te ocurre la familia ¿no?, en ese momento dices –chingue su madre, lo que venga–, en ese momento estás chico y no piensas en las consecuencias, todo lo que queda es cambiar y buscar otra salida.

Ahora, lo que espero es encontrar a una buena mujer, en verdad una mujer que me quiera y pues hacer una familia y me gustaría hacer una carrera, me gustaría Veterinaria.

*Bribiesca**

“Detienen al ladrón del Circuito Interior”. Fue el encabezado que pronunció Joaquín López-Dóriga el 23 de abril de 2009 en su noticiario nocturno del Canal 2 de televisión abierta. Ese ladrón era un joven de 15 años, apodado Bribiesca, como su apellido, hijo mayor de un matrimonio divorciado.

Entre la separación de sus padres, la apatía hacia el estudio, las drogas y las amistades de la colonia Observatorio estuvo el móvil que lo llevaría a robar autos, relojes, alhajas, computadoras y celulares. Entre 300 y 400 mil pesos oscilaron los daños que causó, las víctimas denunciaron y, cuando lo detuvieron, los cargos y la deuda aumentaron.

Cuando lo conocimos, su apariencia era la de un joven que salía del estereotipo de quienes llegan a San Fernando. Su rostro dejaba ver ingenuidad, incluso bondad, no tenía las facciones duras ni la mirada fría. Sonreía y platicaba despreocupado, buscaba expresarse correctamente, sin olvidar la informalidad de algunas expresiones de un chico de su edad.

Vivió con sus padres hasta los 10 años en una casa grande donde se repartían distintos parientes. Ante la desintegración de su núcleo familiar, optó por vivir con sus abuelos paternos y con su hermano menor. “Yo nunca me quise ir con mi mamá porque sentía que le daba la espalda a mi papá o viceversa”.

Su vida consistía en levantarse a la 1 o 2 de la tarde, bañarse, comer y salir a la calle con los cuates, la banda. Por la noche, el alcohol, las fiestas, las chavas y los robos eran su rutina. Cuando no llegaba a dormir a casa, sus abuelos preocupados lo regañaban al día siguiente, ya era un caso sin solución.

Se arrepiente del ejemplo que le dio a su hermano menor, quien veía en él a su guía y su pilar. Sus seres queridos nunca lo dejaron solo, lo visitaban en San Fernando, no le faltó nada.

* Ingreso a San Fernando: 23 de abril de 2009.
Entrevista: 25 de marzo y 2 de abril del 2012.

Fue un caso excepcional entre miles, obtuvo su libertad anticipada el 11 de noviembre del 2010, su sentencia final fue de tan sólo un año, ocho meses; la suerte le sonrió dentro de San Fernando en el Taller ACCA; encontró su pasión de vida, el fútbol americano; logró una beca escolar en una universidad privada para cursar la prepa y dejó atrás los pensamientos de volver a delinquir en el barrio en el que vive. “Ahí hay lugares donde roban, por ejemplo, saliendo del metro Observatorio está muy feo y más en las noches, por ahí donde hay un puente”.

Su experiencia dentro de la comunidad estuvo marcada por su participación en el taller y el premio de 50 mil pesos que ganó en el concurso Caminos de la Libertad, en la categoría de Plástica. También, se llevó grandes amistades, como su compañero Cejas; su coach, Alfredo y, Marco, su tallerista.

Las viejas amistades, quienes lo recordaban delgado e inmaduro física y emocionalmente, se encontraron con un joven fuerte, robusto, a quien se le notaba el entrenamiento, tranquilo y evasivo ante las invitaciones para monear y delinquir nuevamente.

Ser el ejemplo de las autoridades que imparten justicia para adolescentes, le da autoridad para opinar sobre el sistema de reintegración social al cual perteneció. Considera que el deporte y las actividades que ayudan a reflexionar a los jóvenes, serían una vía eficaz para cambiar la mentalidad de los chavos.

Gracias al cariño y respeto que le tiene a sus abuelos, al ejemplo que le quiere dar a su hermano y al fútbol americano, Bribiesca aseguró ser una persona diferente a la que entró en prisión años atrás. También afirmó que aprovechó la oportunidad que no todos tienen: una beca, educación, “y de ahí me agarré”.

La nueva realidad

Quando me detuvieron, llegué al Centro de Diagnóstico Integral para Adolescentes (CEDIA), es el lugar que por ley tienen que pisar primero los menores; después te diagnostican y, según el resultado, te mandan a San Fernando.

Tenía 15 años cuando llegué a CEDIA, estuve cinco meses, no se presentaba mi parte acusadora. Llegué a San Fernando en octubre de 2009. Fueron meses de encierro ahí, hay menos actividades, menos alimento. Cuando llegué a San Fernando lo vi más como cárcel para adultos, obviamente no lo conoces, llegas y lo ves enorme. Lo relacioné con una cárcel para adultos porque ya conocía una.

Pensé en todo el tiempo que iba a estar ahí. Llevaba cinco meses y, desde que te detienen, empiezan a contar tu sentencia. En la primera audiencia se presentaron siete partes acusadoras de ocho que tenía, resolvieron todos los casos y a la parte acusadora que faltaba le mandaron citatorios y tardó tres meses en presentarse, después me mandaron a San Fernando.

Cuando llegué no pensé nada, estaba pasmado en ese momento, en blanco, tenía miedo. Abordo de una camioneta, entré directamente por la avenida San Fernando. Antes de salir de CEDIA te revisan y, al llegar a San Fernando, te vuelven a revisar. Después te ingresan hasta la puerta principal, entras sin cosas, la familia tiene que llevarnos todo, como papel, jabón de baño, comida, ropa. En CEDIA tu familia tiene que llevar tus cosas un lunes y te lo entregan un jueves, en San Fernando, te lo llevan el día que es la visita.

Sabía que no iba a estar solo en San Fernando, tenía un amigo que conocía de la calle, de mi colonia, salió en el 2009, le dicen la *Lagartija*. Yo llegué con una muda de ropa y él me llevó más, jabón y otras cosas.

Cuando empezó mi rutina, me levantaba a las siete de la mañana, que era la cuenta en el cambio de turno de los guías, ya después me volvía a dormir como hasta las ocho o nueve que es el desayuno; de las 10 a las 11 de la mañana había barras, después los aseos hasta la una de la tarde, seguía la comida, y de tres a cinco empezaban los talleres, después el americano a las seis de la tarde, la cena, la cuenta a las nueve de la noche y se acababa el día.

Primer acercamiento a los talleres

A lo mucho, dos días después de entrar te enteras de los talleres, las trabajadoras sociales suben a Recepción a darte la plática, yo estuve ahí menos de un mes. Van a decirte qué actividades hay en el Centro, qué talleres, qué deportes; cuando te asignan formalmente un Patio es cuando puedes escoger, antes no, sólo ves a tu psicóloga y trabajadora social, te llevan a áreas verdes si ellas lo autorizan, a lo mucho te bajan a la cocina a que ayudes, a enfermería, hasta ahí, en Recepción estás encerrado casi todo el tiempo.

Después me asignaron el Patio 3 y, cuando pude escoger taller, inicié en el de Gastronomía, estuve dos o tres meses; había más talleres, de Carpintería, Serigrafía y Encuadernación, pero no sabía qué era Serigrafía y Encuadernación y Carpintería me daban hueva. Me imaginaba que hacían cuadernos y no me llamó la atención.

Después dejé Gastronomía porque empecé con el fútbol americano, con Las Panteras. El horario del taller se juntaba con el entrenamiento de Las Panteras, no podía salirme del taller e irme a entrenar, el maestro tenía que dejarme en mi Patio y de ahí tenía que ir el entrenador por mí, luego no te dejaban los guías, por eso me salí.

Yo nunca había tenido algún acercamiento con el arte, había escuchado de los pintores y eso, pero que a mí me interesara pintar, no.

Cuando conocí el Taller ACCA me llamó la atención, pues la rutina del día a día ya me aburría; un amigo estaba en el taller de encuadernación, así se llamaba antes el ACCA, no me acuerdo qué estaban haciendo, si un alebrije o un papalote, pero lo sacaban a las siete de la noche, ya cuando nadie salía, lo metían hasta la una de la mañana, le preguntaba que hacían, –pues que pintamos, hacemos figuras– me decía. Entonces como yo me aburría de estar en el Patio, empecé a buscar todos los talleres posibles, y como era un chico tranquilo, no tenía problemas, los guías me daban chance de salir.

Le dije a *Piri* que le dijera al profe si me aceptaba y me dijo –dice que sí te va a sacar al taller, pero que le tienes que echar ganas. A los pocos días, Marco me dio de baja de gastronomía y empezó a sacarme poco a poco, poniéndome a prueba, vio que le eché ganas y me sacaba más seguido, ya después me la pasaba todo el día en el taller, fuera de mi sección.

Cuando entré mi primera actividad fue hacer una especie de trípticos de madera grandes para el Faro de Tláhuac, eran tablas que Marco unió y quedaron paradas para poder escribir en cada pedazo; esa vez trabajamos con el profe de carpintería. Los chicos que estaban en el taller de Carpintería hicieron las formas de madera y nosotros nos encargamos de resanar y pintar.

No recuerdo muy bien a todos mis compañeros en ese entonces, había chavos de varios Patios, nos juntaban. A veces había rencillas, por eso después empezaron a separarlos; Marco tuvo que hacer oficios con los jóvenes que querían estar en el taller con él y que no fueran problemáticos; Yolotzin, otra maestra que trabajaba en el mismo taller, sacaba a los chavos del Patio 1 y, Marco, a los chavos del Patio 3.

Cuando todos llegaban al taller había mucho intercambio de droga, de celulares, de ropa, de tenis. Se empezaron a dar cuenta los guías y de ahí quitaron que los Patios salieran juntos, tenían que elaborar un oficio si los iban a sacar, Marco escogía a los chavos, ya sabía a quiénes sacar.

Sí había muchos chavos desastrosos en el grupo de Marco, sin embargo trabajábamos, entonces empezaron las envidias hacia el profe porque las autoridades no sabían cómo nos controlaba, fue cuando le empezaron a pedir los oficios para sacarnos. Por eso él hacía bien su trabajo, iba por nosotros hasta nuestro Patio y nos regresaba, para no tener problemas.

A Marco lo respetábamos porque uno siente el afecto de quien quiere trabajar contigo, y hay otras personas con las que se siente que lo hacen más a fuerza que de buena gana. Marco se ganó a todos, es muy buena onda.

En el taller había chavos que conocía del Patio 1 y era trabajar y echar relajo, me divertía, no me aburría, por eso me quedé. Había chavos de mi Patio que me preguntaban por qué me quedaba todo el día en el taller –me aburro más

aquí en el Patio, me desespero, no me quita nada ir al taller, al contrario– les decía, y como que eso les cayó gordo y me mandaban a la goma.

Cuando entré a Gastronomía, mi familia me decía –¡ahora nos vas a hacer de comer!–, la verdad no hacía nada, nada más llevabas lo que querías hacer, el maestro lo hacía y ya, nunca nos decía –tienes que medir porciones así–, nada de eso, por eso me cambié. –Ahora nos vas a tener que hacer un cuadro– me decía mi familia, ¡pero nunca hice un cuadro! El apoyo de mi familia siempre estuvo ahí, nunca me dijeron –eso no sirve para nada.

Mi primer actividad en el taller fue un huevo como de los *M&M*, me ayudó Marco, nunca lo terminamos porque siempre había proyectos. Era de cartón, lo pintamos de color café, Marco le puso un puro en su mano, y nunca lo terminamos, ahí se quedó. Ése fue el único trabajo solo, siempre participé en proyectos de papalotes y alebrijes. Nunca hice un San Judas o Santa Muerte, no me llamaban la atención, creo en San Judas, en la Santa Muerte no, no me interesó, hice un *M&M*.

En un día normal en el taller, Marco decía lo que se iba a hacer, empezábamos a trabajar, nos asignaba tareas –tú vas a hacer esto, vas a ocupar esto, cualquier cosa me preguntas–, y cada que queríamos sentarnos, Marco no nos dejaba descansar, tal vez por eso me quedé, me gusta trabajar bajo presión. Marco es muy hiperactivo.

Después, ya todo el día me la pasaba con él, cuando eran alebrijes y papalotes, todo el día hacíamos esa actividad. Nos sacaba después del desayuno, trabajábamos hasta la comida, comíamos ahí en el taller si lo autorizaban, si no, nos regresábamos a nuestros Patios y volvía a pasar por nosotros para trabajar hasta la noche. Cuando eran alebrijes, nos sacaba después de la cuenta, a las nueve de la noche, y nos metía hasta la una o dos de la mañana.

La división del taller

Cuando eran días normales Marco abría y cerraba el taller, el espacio era grande, lo compartía con Yolotzin, quien no quería recoger basura y limpiar, lo dejaba todo sucio, entonces Marco nos dijo que iba a poner rejas para dividir el espacio. Un día me fui a soldar las rejas con él, fui protagonista de esa división. Cuando entró Yolotzin se sorprendió, no creyó que Marco lo fuera a hacer.

Nadie estuvo cuando se pelearon, porque se pelearon, pero Marco nos tenía confianza, nos contó y nos dijo que no le cargáramos pila a Yolotzin, el grupo apoyaba mucho a Marco. Con ella estaban *More*, *Memín*, *Guapo*, *Castor* y otros chavos más, cuando empezaron a ver que Marco hacía más actividades más formales y más padres, les llamó la atención y empezaron a dejar a Yolotzin.

Memín era uno de los que la apoyaba y era simplemente Yolotzin y sólo Yolotzin, después nada más fue Marco y adiós Yolotzin, el único que se quedó hasta el final con ella, y eso porque estaban pintando juntos un tenis *Converse*, fue *More*, después igual la dejó y se vino con nosotros, porque vio que con nosotros era trabajar todo el día.

Trabajo en equipo

Algo nuevo que me trajo el taller fue el trabajo en equipo, realizamos los murales que están hasta el fondo del taller.

El primero en el que participé fue en el de la chica, es al que más le avanzamos, porque el del dragón creo que lo borraron, ése lo hicieron *Cejas* y *Memín*. Creo que los murales ya no están, porque pintaron todo el taller después de que yo salí.

En el de la chica participamos el *Piri*, *Memín*, el *Guapo*, *Castor*, yo, todos. Yo pinté todas las patas amarillas del esqueleto, la sombra del humo del cigarro, los huesos de la calavera, los efectos del cabello de la chava y, de los efectos más pesados, se encargaba Marco.

Hice otro mural con *Cejas* e *Ivancito*, eran uña y mugre, hicimos la pantera que está por el campo, fue nuestra idea porque la anterior parecía canguro, –hay que pintar una más padre– dijo *Cejas*. El entrenador del equipo nos llevó el dibujo, estuvimos pensando cómo hacerla, Marco la corrigió en la computadora, la escaneó y nos la dio para empezarla. Él nos ayudó a trazarla y entre todos la pintamos.

Cuando pintaba tiraba la carga que traía de la sección, el estrés, a mí me pone de malas el calor y los gritos, el ruido, y estar en la sección era escuchar grito y grito, llegaba al taller todo estresado, empezaba a pintar y se me olvidaba, todo relax. También en el americano, los golpes me desestresan, yo creo que por eso no lo dejo. Las dos cosas, aunque diferentes, me relajaban, me causaban y me siguen causando satisfacción.

Ya llegaba hasta la noche a la sección y todos estaban más callados, me bañaba y me dormía.

Creo que me gustó trabajar más en equipo, porque si yo no era bueno trazando, había otro que sí lo era, si alguno no era bueno pintando, había otros que sí lo eran.

Las dificultades

Para lo que sí padecemos mucho, fue para los materiales, nadie nos apoyaba, sólo eran las cosas que llevaba Marco y nada más, incluso yo le llegué a pedir a mi familia dos o tres botes de pintura, fueron con los que pintamos la pantera. Luego mi familia ni me creía que estuviera ocupando el material, –¿dónde están los botes de pintura?– me decían –estoy pintando un mural–, y una vez me hicieron una entrevista en Externación* y salió el mural –ahí está la pintura– les dije.

Siempre le pedimos material a la institución –sí, sí, les vamos a dar lo que quieran, pidan lo que sea, pinceles, pintura– nos decían, pero nunca nunca nos dieron algo. Del cien por ciento del material que había, el sesenta por ciento lo

* Comunidad Externa de Atención para Adolescentes (CEAA).

ponía Marco, la participación de la institución era muy escasa, yo creo que un 20 por ciento y, nosotros, otro veinte por ciento. El profe ya sabía que eran falsas promesas lo que nos decían, ya no estaba esperanzado en pedir pinceles o pintura, él ponía de su bolsa o traía material que sobraba del Faro de Tláhuac, donde también imparte talleres.

No había material, en proyectos como alebrijes, una vez llevaron acuarelas, pincelitos y, lo más que nos llegaron a dar, fue un bote de 250 mililitros de pintura, y te la daban de poquito en poquito. Era el mismo problema para todos los talleres, no daban nada.

De hecho, ahora que estuve en tratamiento externo, tuve que ir por mi liberación anticipada, de alguna forma conviví con los administradores y me di cuenta que en los oficios ponen grandes cantidades de dinero que contrastan con la cantidad de material que nos dan, es cuando dices –¿dónde está ese material?, nunca lo vi llegar a San Fernando–, igual por ejemplo para las charolas de comida, ponen en el oficio tanto dinero para tal cantidad de charolas, y en la comunidad estaban rotas o no había.

Ese dinero yo creo que se perdía en CEAA, que es donde elaboran los oficios. Del material que decía el oficio que se iba a comprar, a San Fernando llegaba el mínimo, y ese mínimo lo guardaban en el almacén, para que el día que llegara supervisión y preguntara dónde estaba el presupuesto, los llevaban a almacén y ahí estaba el material nuevecito. Incluso había detergentes que nosotros no usábamos para nada y, obviamente, no hay personal de limpieza que lo pueda usar, no nos lo daban.

Regresando al taller, lo que más me gustaba hacer era pintar, para trazar sí soy pésimo, pero Marco me pulió para pintar detalles, sombras, cuerpos. Ahorita en la escuela una vez a la semana nos dan dibujo, y ahí practico, aunque hay quienes dibujan mejor, yo me pongo a pintar y mi mente se pierde.

Yo creo que descubrí que me gustaba pintar cuando hicimos el mural, me relajaba y empezaba a fluir, si sentía pesada mi mano, al pintar se aligeraba, fue cuando me di cuenta que era bueno en eso. Me imaginaba lo que iba a pintar, no

soy tan bueno para trazar o crear una idea desde el inicio, pero si me dan un trazo y hay que pintarlo, lo hago.

Había veces en el taller que veía a los chavos que la estaban regando y, como ya había escuchado lo que Marco les había pedido, les ayudaba y me dejaban hacerlo.

El grupo que tenía Marco era de puro latoso y relajiento, tenían problemas con guías; ningún trabajador creía que esos chavos con problemas, peleoneros y agresivos, provenientes de diferentes patios, llegaran a trabajar en equipo y a echar relajo sin pelear, se sacaban de onda, se sorprendían mucho con nosotros. Había momentos en que le encontraban celulares a *Cejas* o *Ivancito*, mota a *Memín*, y los castigaban mientras los demás estábamos en el taller, ya después ellos salían del castigo y los demás estaban castigados, pero cuando llegábamos a estar todos juntos, siempre había ganas de trabajar porque había proyectos muy buenos.

No voy a negar que al principio había rivalidades entre el Patio 1 y el 3, unos se creen superiores, Marco logró que nos uniéramos –¡ya, no estén de señoritas. En el taller se olvidaba todo, éramos iguales.

Hay una historia entre el *Cejas* y la *Bruja*. A la *Bruja* lo sacaron del Patio 3 y lo mandaron al Patio 1, todos lo golpearon y, *Cejas*, que estaban en el Patio 1, empezó a moverlo. Cuando estábamos en el Taller, *Cejas* no le decía nada a la *Bruja*, porque él le ayudaba a trazar. Se podría decir que afuera, *Cejas* tenía poder sobre la *Bruja*, y dentro del taller, al revés.

Cada quien podía sacar el beneficio que quisiera del taller, yo, por ejemplo, lo vi reflejado con la institución, por la buena conducta, por mis avances en la integración con la sociedad, como ellos lo manejan, y todo eso se plasma en el escrito que le dan al juez, y en el mío pusieron que participé en lo de *Caminos de la Libertad*, lo de Gastronomía, lo del americano, lo de Marco, el escrito de mi valoración psicológica y, por todo eso, salí antes, me redujeron la sentencia un año, dos meses. Es muy difícil que hagan eso, el día que me dijeron que me iba antes, *Cejas* y todos no me creían –estás loco, cómo crees–, lo creyeron hasta que vieron mi oficio.

Libertad anticipada

Ni yo me la creía. Mi abuela ya había tramitado el escrito para mi liberación anticipada, pero ese jueves me mandaron a Quiroz porque yo había pedido mi cambio junto con *Ivancito*, *Furcio* y otros dos chavos. Esa noche, ya en Quiroz, un chavo nos dio un cigarro de marihuana y nos lo fumamos, al otro día en la mañana nos dio otro cigarro, nos lo estábamos fumando y gritan –¡*Bribiesca!* Te hablan en servicio médico–, –¡no quiero estoy bien!– les dije –¡que vengas!– me gritaron. Ya con el médico me pidieron que me desvistiera; pensé que se habían dado cuenta de la marihuana, les dije que para qué y me dijeron que la licenciada Raquel mandó el oficio que me quería otra vez en San Fernando.

Era viernes, llegando me fui al taller y me mandaron a hablar de Traslados, me enojé porque me interrumpieron, era mi abuela, –¿para qué me mandas llamar?, tengo cosas que hacer– le dije. Me contestó que ese día me había tocado la revisión de la liberación. Yo estaba muy enojado porque otra vez me sacaban.

Me llevaron a los juzgados y me metieron al cubículo de la juez que me preguntó por qué quería salir –para portarme bien, estudiar y echarle ganas– le argumenté. –En cuanto a la reparación de daños, ¿qué piensas hacer?– me preguntó, y mi abuela dijo que se comprometía a dar 300 pesos mensuales. Eran 240 mil pesos de reparación de daños; yo dije que había ganado un premio, el de *Caminos de la Libertad*, y que podíamos dar más.

Cuando terminó, me fui a comer y seguía enojado. Después subí a las oficinas otra vez con tres chavos para saber la respuesta. Me metieron al cubículo y, de una manera muy rebuscada, la juez me dio a entender que sí habían aceptado mi liberación, y cuando terminó de leer el escrito, me preguntó qué me parecía, yo no había entendido nada. –Bueno, gracias, ya me voy– le contesté. –¿Qué no te quieres ir?, sí la aprobamos– me dijo. Volteé a ver a mi abuela y le pregunté si era cierto y me dijo que sí. –Firma– me dijeron.

El enojo que traía no se convirtió en felicidad, más bien me quedé pasmado, en blanco, no me la creía. Camino a San Fernando, iba pensando en la camioneta. Cuando llegué nadie me creía, todavía jugué el sábado con Las

Panteras y, al siguiente jueves, un guía me gritó –¡ya te vas!–, todos se sacaron de onda y se pusieron medio tristes, –échale ganas– me dijeron. Ese día salí en la noche.

Ahora que ya todo es un recuerdo, pienso en mi vida dentro de San Fernando. Sí llegué a ser relajiento, sobre todo cuando estaba estresado, incluso un poco agresivo, vivía en el Patio 3 y ahí estaban todos los desmadrosos, a tal grado que cuando nos cambiaron a Patio 2, llegamos a controlar todas las secciones, porque no se bañaban y tenían sucio el lugar. Yo no era de los que movía, les decía que se bañaran, que se cortaran el cabello, que se limpiaran.

Los concursos

También recuerdo los concursos en los que participamos. Mi primer experiencia fue con un papalote, era un tren, lo hicimos de papel china y carrizo. Luego luego le entré porque fue el primer proyecto donde nos metían tarde por trabajar, hasta la una o dos de la mañana, me emocionó. Marco no nos prometió que íbamos a ganar, era muy sincero, –vamos a participar, pero está muy difícil, hay unos más cabrones– nos decía, pero la ganancia no era lo de afuera, si no lo que ganábamos adentro, lo que aprendíamos, que nos metían tarde a la sección, echabas relajo y así.

El de la idea de cómo hacer el papalote fue Marco, los ejecutantes nosotros. Nunca me imaginé un papalote así de grande; Marco era el cerebro detrás de todos nosotros. Después nos enseñó las fotos de cuando estuvo colgado en el MAP.

Después participé en el del alebrije. Lo hicimos con tiempo. Primero cortamos los metales y soldamos las piezas; Marco nos enseñó el balance de los pesos, todos queríamos soldar, queríamos darnos toques con la máquina. Le metimos mano desde la estructura; hasta eso, nadie se quiso pasar de listo al querer sacarse un fierro para luego pelearse en el patio, porque sabíamos que si lo hacíamos, todos íbamos para atrás. Lo único que llegamos a hacer es darnos toques con la máquina de soldar; los guías no nos decían nada porque también se

divertían. O también cuando el metal dejaba de estar al rojo vivo, no faltaba el maldoso que te decía –a ver agárralo tantito–, y pues todavía estaba caliente y se quemaban, les quedaba una marca, hasta ahí.

Las soleras que ocupamos en la estructura, antes las utilizaban los chavos para darse en la madre ahí en la Comunidad, eran metales que poco a poco quitaban de varias paredes y muros donde se descarapelara el cemento, o de varios lugares o cosas. Las autoridades las decomisaban cuando se golpeaban los chavos y las tenían guardadas en el almacén. Dejaron que las usáramos porque, aunque éramos los más desmadrosos, ya la pensábamos antes de hacer una tontería. Marco habló con el director y lo único que le dijo fue que cuando termináramos de trabajar, nos llevara a nuestro Patio y dejara las soleras bajo llave. Cuando las sacamos del almacén, fuimos *Memín, Cejas, Piri* y yo, como si nada.

Primero armamos la cola por aparte, después de las piernas a la cintura, por separado hicimos el torso, las manos y la cabeza. Ya que estaba la estructura, utilizamos pintura, cartón y alambre, todo el material era de lo que sobraba ahí en el taller, Marco sólo puso la máquina de soldar.

Yo participé en los detalles, soldé, todos segueteamos los metales. Marco nos decía –necesito metales de esta medida– y los cortábamos. Se pintó con pintura de aceite y con pistola, entonces nos sacaban porque no podíamos estar ahí, sólo Marco, nosotros regresamos a hacer los detalles con pincel en todo el alebrije, puntitos y líneas. Después se le puso una capa de barniz y tampoco pudimos estar, no lo autorizaron, porque si no, hubiéramos salido todos estúpidos de ahí, drogados.

Durante la construcción del alebrije, luego entraba la licenciada Ivonne y nos daba un refresco o unas papas, cuando lo acabamos nos dieron unas tortas. La institución sólo puso eso, nada más.

Cuando lo vi terminado sentí gusto, me sentí bien conmigo mismo. Después, Marco nos dijo que no habíamos ganado, pero de todas formas no estábamos esperanzados en eso.

Aprendizajes

Comparando el Taller ACCA con otros, la diferencia es que ahí sí trabajaba y aprendí a hacerlo en equipo, algo que siento positivo.

Creo que mi estancia en el taller fue buena, sí, con algunos altibajos porque llegaba un momento en el que todos se estresaban y comenzaban a decirse de cosas, era buena la unión que se daba. Por ejemplo, unos se odiaban por ser de otras secciones, ahí todo se eliminaba sólo para concentrarnos en el taller.

Lo que aprendí me está sirviendo ahorita en la escuela por la clase de dibujo que llevo, aparte, me gusta porque soy paciente, aprendí a serlo, más porque mis compañeros de la escuela luego se desesperan y es como si viviera lo mismo que en San Fernando, se comienzan a pelear y a decirse de cosas y eso ya lo he vivido una y mil veces, y en un ambiente más pesado.

Fuera de la escuela, no creo seguir practicando lo del taller, por el tiempo, aunque de vez en cuando Marco me invita a sus clases. Puedo decir que lo que aprendí me ayudó a no ser violento, no me gusta la violencia. Incluso en la clase te la mientan o hay tipos que luego luego se quieren ir a golpes, yo los ignoro, no me caliento, trato de no pelear.

Yo entré al taller porque así se me pasaba el día, y no encerrado, ya después iba por gusto. Superó por mucho mis expectativas.

Es bueno que haya ese tipo de actividades en la Comunidad, a veces no hay material o si no, el profesor es el que hace la clase aburrida o pesada y eso lleva a los internos a desesperarse y perder el interés por los talleres. En cambio, si encuentras a gente interesada y a maestros que lo enseñen bien y hagan prácticas, pues se logra el éxito del taller.

Un ejemplo, a parte del profesor Marco, es Alfredo Gogues, era mi coach en el equipo de Las Panteras, él era muy humilde con nosotros, nos reflejaba carisma y siempre nos daba ánimos, nos decía –ánimo te vas a ir, échale ganas–, siempre trataba de sacar lo mejor de ti y daba unos consejos que te hacían llorar y él, lloraba contigo.

Marco, ahora sí que nos sometía al trabajo duro. Con él siempre era algo para bien, te decía –si vas a salir a mi taller, vas a salir a trabajar y a chingarle, si no olvídate– y salías, y si no le chingabas te decía –ya no te quiero aquí–, si regresabas y le decías –dame otra oportunidad– te la daba, era ahora sí para trabajar. Se veía la diferencia y el interés de estar en el taller con Marco.

Él, cuando se podía, metía leche y pan y hacía licuado ahí en el taller sin que supiera nadie, porque si no lo regañaban; siempre estuvo atento a nosotros. Por esas actitudes de Marco, los chavos que eran violentos o que tenían poder adentro de San Fernando se controlaban para que no los castigaran y los dejaran salir al taller.

Camino a la libertad

Fui ganador del concurso *Caminos de la Libertad*. Marco nos sacó una mañana un día que no teníamos que ir al taller, pasó por nosotros y nos dijo –saben qué, tenemos que montar unos...– se me fue el nombre, unos de esos donde íbamos a pintar... bastidores. –Deben estar listos para las dos de la tarde–, –sí, no hay problema– le dijimos. Ya estábamos haciéndolos, pegándolos y llega un tal Gregorio, él se supone que debía de supervisar el trabajo de los adolescentes en el taller, y le dice a Marco –¿ya van a estar Marco?–, –ya, ya van a estar– le contesta. –Ah, y también si ustedes quieren participar al rato, pues con mucho gusto– nos dijo y se fue.

Total, terminamos de montar eso y fuimos a comer; como a las cuatro de la tarde nos dice Marco –¿qué onda, entonces sí se van a lanzar a pintar un cuadro o no?–. *Cejas*, la *Bruja* y yo estábamos en el mismo Patio y me dice el *Cejas*, –pues vamos güey–, –pues vamos, para no aburrirnos. Ya fuimos al taller, estuvimos echando relajo, yo llevaba un pants gris y terminó de colores, el *Cejas* aventando pintura por todo el taller, le cayó a mi playera. La *Bruja* era el único que estaba trabajando, él sí era el único que estaba matándose y haciendo su dibujo, y pues ya, terminó. Dibujé un ojo y Marco y yo le embarramos pintura a más no poder, y terminamos.

Yo no sabía ni qué dibujar y Marco me dijo –pues haz algo para que no diga nada ese güey–, –pues va, voy a hacer un ojo con una pantera– le dije. Y de hecho, Gregorio fue el que trazó el ojo, yo nada más lo pinté, no fue algo así que digas ¡uff!, me inspiré en hacerlo, para nada.

Yo no sabía nada del concurso, Gregorio solamente nos dijo –tiene que ser algo relacionado con la libertad–, –pues va y, ¿de cuánto va a ser el premio?– preguntamos. –Si ganan, 50 mil pesos– afirmó.

Pensé –para ganar en un concurso de esos y luego en todo el país, está cabrón. Seguimos echando desmadre y pintando. Pasó cierto tiempo y un día estaba entrenando americano y me mandan a llamar, me gritan –¡Bribiesca!–, –¿qué?– contesto, –te hablan en la dirección–, –chin, ya me van a empezar a molestar– pensé.

Fui todo espantado pensando que me iban a castigar, porque poco tiempo antes me habían encontrado un teléfono. Llegué rápido y me dice el director –felicidades–, me saqué de onda, –¿por qué?– le pregunto–, –te ganaste un premio. El director y Matus me dijeron que era de cinco mil pesos nada más, –¡¿cómo crees?!, pues está chido, se los voy a dar a mi abuela– le dije. –Tienes que ir a la premiación– me contestó.

Eso fue un viernes, creo, y ese día fue Marco en la mañana y, cuando me mandaron a hablar, fue a las ocho de la noche. El sábado tuvimos juego y el domingo tampoco iba Marco. El lunes en la mañana me dice –¡ahhh pinche Bribiesca!, ganaste el concurso–, y me pregunta –qué, ¿cuánto te van a dar?–, –cinco mil pesos güey, mejor que nos traigan algo y hacemos una taquiza aquí– le contesto, –¡no, no seas pendejo, son 50 mil varos!–, –¿ah no mames?– respondo sorprendido, –sí, sacaste el primer lugar, ahorita te traigo las bases del concurso, que no te quieran hacer maje–. Me llevó las bases y sí decía que eran 50 mil pesos al primer lugar.

Al otro día me volvieron a llamar en la dirección, –te habla la licenciada Raquel, la directora de las comunidades– me dijeron. Contesto y me dice –muchas felicidades– y bla bla bla. Luego me habló la licenciada Itandehui e igual

me dijo –ay muchas felicidades– que no se qué. –Gracias– contestaba, todavía no me la creía.

Después, yo ya había salido de la comunidad, me hablan y me dicen que tenía que estar en San Fernando con la licenciada Pantoja. Pues fui y, a mí y a otros chavos, nos tomaron tallas para que nos dieran ropa para que fuéramos al concurso, y sí, nos llevaron un pantalón, una chamarra, camisa y un par de tenis. Nos dieron eso a Ojeda, el *More* y a mí. En la entrega de premios yo ya estaba libre.

Recuerdo que el día que me liberaron el director estaba bien enojado porque no quería que me fuera, pienso que me quería presumir como un interno ganador, yo ya me iba.

Total que fui a recoger la ropa y me dijeron que tal día iba a ser la premiación y que ellos me iban a mandar los boletos, que mandarían un carro para que me recogiera. Sí llamaron y me avisaron que el taxi venía para mi casa. Nos subimos al carro mis abuelos, mi hermano y yo.

Llegamos a la premiación y también llegan los de San Fernando, el *More*, como con mil guaruras atrás. Se me acerca la licenciada Raquel y me dice –tienes que subir con gorra al podio–, –¿por qué?– pregunto, –porque todavía estás en tratamiento–, –yo ya estoy afuera–, –pero sigues en tratamiento externo y te pueden ver y eso te perjudica sólo a ti– me contestó. Total que me enojé y que le digo –no, pues entonces no subo. Yo no me quería poner la gorra porque era para que me tapara el rostro y que no me vieran, pues qué, no creía que se acordaran año y medio después y dijeran –ay mira, ése es el que robó–, entonces dije que no.

Mi abuelo vio que estaba alegando con ella y me dijo –sube hijo–, sólo por mi abuelo subí con gorra, si no, me hubiera ido.

En el podio estaba Jorge Sarmiento, ¿Jorge Sarmiento? no, es Sergio Sarmiento, estaba Sergio Sarmiento y Jorge Salinas, el director de la televisora, ése, el que dirige todo TV Azteca, perdón, Ricardo Salinas, ese güey. Ellos me entregaron el premio, no me acuerdo quién era la conductora, la que estaba diciendo los nombres, también era famosa.

Bajando del podio nos sentaron otra vez y se acerca el *Águila*, el encargado de seguridad de San Fernando, iba porque estaba ahí *El More*, que seguía interno, y me dijo –que dice la licenciada Raquel que tienes que taparte la cara–, y escuchó un muchacho que estaba a mi lado, de esos güeyes fresitas, el que había ganado el segundo lugar en mi categoría, y me dice –qué güey, ¿traes guardaespaldas?– y entre mí dije –si supieras.

Le dije –no güey–, –ah, es que se acercan mucho y veo movimiento allá fuera y traen audífonos y pistolas, pensé que te venían cuidando–, mejor ya no le dije nada. Es lo más cagado que recuerdo.

Terminó la premiación y había un buen de gente queriéndome abrazar y yo seguía con mi coraje de que me hicieron subir con gorra. Me di la vuelta y les dije a mis abuelos que ya nos fuéramos, nada más pasamos a ver los cuadros y los tenis. La licenciada me dijo que me iban a mandar a traer un taxi para que me llevara a mi casa. Así terminó la premiación en el Salón Cuervo.

Cuando vi las otras pinturas, ¡ésas sí eran arte! Se veía que desde pequeños empezaron a pintar los chavos que concursaron, porque eran obras muy padres. Por ejemplo, el segundo lugar estaba chido. Eran dos policías, como granaderos, de esos que traen máscara y con un escudo en la mano; el fondo era blanco y cada uno traía un brazo de Cristo en las manos y lo venían arrastrando. Se veía muy chida, no sé cómo no ganó.

A mi cuadro todos le metieron mano, Marco, *Cejas* y todos se acercaron a embarrar pintura, la hice como en una hora. Nunca pensé que podía ganar, mi idea era ir a perder el tiempo y divertirme, y sí me divertí y perdí el tiempo y aventé y arrojé y estuvo chido, pero nunca me imaginé ganar.

Escuché y vi varias críticas a mi cuadro, que estaba horrible, que cómo pudo ganar, que si así querían fomentar la cultura en México y que no sé qué. De hecho en Facebook, un año después, hay comentarios que dicen que está re fea.

Me sorprendí un día porque a mi Facebook llegó una solicitud de una tal Ruth quién sabe qué, la acepté y le pregunté –¿te conozco?– y me dijo –no, pero voy a participar en *Caminos de la Libertad*–, y eso a mí qué, pensé, –y es que tú participaste y ganaste, vi tu obra–, y ya me pasó el link y vi la imagen de mi pintura

y toda la polémica que causó. La verdad les doy la razón. Marco también dijo –no manches, ¿apoco?, está bien por ti.

Cejas me dijo –qué güey, no mames, pinche dibujo culero y ganaste, ya ni la *Bruja* que se mató haciendo su pintura. *More* me sentenció –nos vas a dar algo porque todos le aventamos pintura–, y sí, fue literal, le aventamos pintura al cuadro. Creo que fue suerte, o no sé.

En la premiación estaba con la licenciada Bertha y me dijo –mira, ella fue tu juez–, y yo pregunté –¿cuál juez?, ¿la del juzgado?–, –no, no, la que vio tu obra. Me la presentó, –ay, hola, ¿tú la dibujaste? Felicidades, está muy bien hecha, se ve que usaste un estilo alemán. Si supiera quién soy, pensé. De hecho, le quería preguntar qué elementos o características de las pinturas juzgaban, me dio hueva y ya no le pregunté.

El miércoles 9 de mayo de 2012 me dieron mi premio, yo gané en noviembre de 2010. Hicieron que abriera una cuenta a mediados de febrero o marzo, y desde ahí empezaron que ya estaba el trámite y que no sé qué. Abrí la cuenta en *Banco Azteca*, fui a la sucursal central que está en Periférico Sur, metí los papeles, firmé contrato y después me hicieron ir a la televisora a firmar otro papel y ya, al fin me depositaron, ya era mucho. Por ahora no he tocado el dinero, no he pensado en qué o a qué lo voy a dirigir.

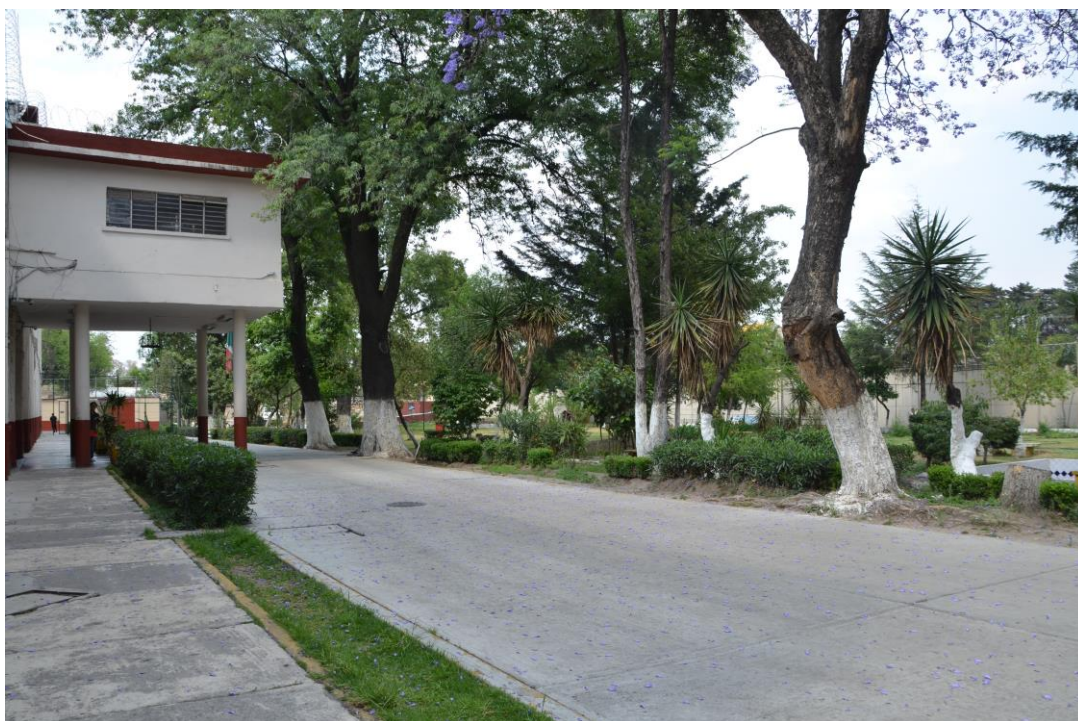
Creo que el concurso sólo me dejó dinero y reputación, respeto, porque entraba a la Comunidad Externa y decían –llegó *Bribiesca*, ¿cómo está joven? Me dieron un trato especial, decían –este chavo es otra onda, ya se porta bien.

También, cuando sales, te dicen que si faltas tres sesiones seguidas te revocan la libertad y vas para dentro otra vez, yo falté hasta dos meses y no me dijeron nada. Sí, puedo decir que me trataban con más privilegios por el hecho de haber ganado, aparte, salí antes.

Comunidad de Tratamiento Especializado para Adolescentes de San Fernando



Acceso principal a los Patios de San Fernando



Áreas verdes de la CTEA de San Fernando, frente a las oficinas de las autoridades.



Rótulo que los jóvenes del ACCA realizaron



Interior del Taller ACCA, ya enrejado y dividido, donde sólo se rescató uno de los dos murales realizados bajo la supervisión de Marco González.



Memín, uno de los más destacados dentro del Taller ACCA



Dos años después del concurso, el Centinela del Honor estaba arrumbado, y Elvis nos lo muestra.



Uno de los murales realizado en el Taller ACCA

Consideraciones finales

Escribir el reportaje *Los ACCA de San Fernando* fue una labor de tres años de investigación, entrevistas, transcripción y depuración. Ello implicó poner en práctica los conocimientos periodísticos adquiridos durante la licenciatura, además de lo aprendido en el ámbito profesional de la prensa diaria.

Creemos que contar historias es la forma más eficaz de atrapar al lector. De ahí la decisión de darle voz a los jóvenes del Taller ACCA. Los testimonios de cada uno de los entrevistados no son una mera transcripción de lo capturado por la grabadora. Los textos publicados son resultado de una selección de las respuestas, orientadas a los aprendizajes artísticos, además de procurar orden y claridad en la exposición de ideas, sin alterar lo dicho por el entrevistado y su modo de expresarlo.

Al respetar su vocabulario, se construye la ilusión de oralidad, un recurso del lenguaje escrito para que el lector crea que escucha la voz de los chavos, no que los lea.

Los incesantes brincos al referir la temporalidad del taller fue otro elemento de la trama a resolver. Identificar inicio, desarrollo y fin de las actividades del taller, nos ayudó a jerarquizar la información obtenida en las entrevistas; así fue como decidimos que cada uno de ellos contara una parte de los logros de taller, donde habían sido los actores principales. Ello permitió mostrar diversos puntos de vista sobre un mismo hecho, sin abandonar el aprendizaje artístico-artesanal y el descubrimiento de sus capacidades creativas, fundamento de sus historias.

A pesar de estos aprendizajes y, en palabras del mismo Marco González, el taller no era garantía de la reinserción social de los adolescentes, la descomposición social y familiar en la que viven dentro y fuera de las comunidades es una realidad difícil de eludir. No obstante, queda claro que la práctica de actividades deportivas y culturales, como asignaturas de un plan educativo, los ayudan a descubrir que el trabajo en equipo, la solidaridad, la disciplina, la creatividad y el respeto hacia los otros son premisas para la convivencia social y desarrollo personal.

Tampoco existe certeza de que los conocimientos adquiridos los aplicarán de forma positiva a su salida, pues regresan al mismo entorno que los llevó a San Fernando.

En términos periodísticos, mediante entrevistas bien planificadas, nos esforzamos en dar respuesta al porqué la historia del Taller ACCA debía ser contada, para qué identificar las causas y consecuencias del comportamiento violento de los jóvenes y cómo sucedió la proeza de la creación artística.

Corroboramos que al darle voz a los internos y describir su día a día se dimensiona el tamaño y la complejidad de la problemática que vive el país con el llamado bono demográfico, quedan en evidencia las carencias no sólo del sistema de internamiento en San Fernando, sino de la juventud mexicana, de la cual forman parte.

Como lo solicita el oficio de la Dirección General de Tratamiento para Adolescentes de San Fernando, debíamos contextualizar históricamente y ofrecer un panorama amplio sobre este tema. Ese fue el objetivo de nuestro reportaje. Desde la época estudiantil nos hemos interesado en temas de narcotráfico y delincuencia; los trabajos periodísticos de Julio Scherer, Alejandro Almazán, Ricardo Ravelo, Anabel Hernández y Humberto Padgett, expertos en estos tópicos, han sido guía del modo de investigar, entrevistar y narrar. De ahí aprendimos que el buen periodismo está en la investigación y en la calidad de la prosa, y eso procuramos emular.

Con la presentación de este reportaje cerramos el ciclo de la licenciatura, lo que nos permitirá especializar nuestros conocimientos en algún posgrado. Compartimos metas laborales, tenemos proyectos editoriales que deseamos emprender, nos sentimos preparados para ello, luego de haber vencido los obstáculos de la burocracia y la tramitología para obtener información, y lo primordial, saber trabajar en equipo.

Fuentes de consulta

Bibliografía

- Azola, Elena, (1990) *La institución correccional en México: una mirada extraviada*, Siglo XXI, México.
- Barraza, Rolando, (2008) *Delincuencia Juvenil y Pandillerismo*, Porrúa, México.
- Carranza y Trujillo, Raúl, Carranza y Rivas, Raúl, (1995) *Derecho Penal Mexicano*, Porrúa, México.
- Foucault, Michel, (2001) *Los anormales*, Fondo de Cultura Económica, México, (1975) *Vigilar y castigar: nacimiento de la prisión*, Siglo XXI, México.
- López, Alfredo, et. al., (2006) *La justicia de los menores infractores en la reforma del artículo 18*, Porrúa, México.
- Mamani, Víctor Hugo, (2005) *La cárcel, instrumento de un sistema falaz: un intento humanizante*, Grupo Editorial Lumen, Buenos Aires.
- Meza, María Guadalupe, (2010) *Los Centros de Tratamiento para Menores Infractores*, Editorial Flores, México.
- Payá, Víctor, (2006) *Vida y muerte en la cárcel: estudio sobre la situación institucional de los prisioneros*, Plaza y Valdés, México.
- Ramírez, Sergio, (1994) *Manual de prisiones: la pena y la prisión*, Porrúa, México.
- Tocaven, Roberto, (1975) *Menores Infractores*, Edicolsa, México.

Documentos

- Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos*, (2014) (Ed.) Vigésima Primera, México, D.F.
- Diario Oficial de la Federación, (1974) *Ley que Crea los Consejos Tutelares para Menores del Distrito Federal y Territorios Federales*, México, 2 de agosto.
- Fondo para la Infancia de las Naciones Unidas (Unicef), Consejo Nacional de Evaluación de la Política de Desarrollo Social (Coneval), (2012) *Pobreza y Derechos Sociales de niñas, niños y adolescentes en México 2010-2012*, México.

- Gaceta Oficial del Distrito Federal, (2007) *Ley de Justicia Para Adolescentes Para el Distrito Federal*, México, D.F., 14 de noviembre.
- Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI), (2014) *Censo de Escuelas, Maestros y Alumnos de Educación Básica*, México.
- Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI), (2012) *Encuesta Nacional de Ingresos y Gastos de los Hogares (ENIGH)*, México.
- Instituto Nacional para la Evaluación de la Educación (INEE), (2014) *Derecho a una Educación de Calidad. Informe 2014*, México.
- Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE), (2014) *Reporte Panorama de la Educación 2014*, México.
- Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE), (2014) *Todos a bordo: haciendo posible el crecimiento incluyente*, México.
- Secretaría de Educación Pública, (2012) *Educación artística (música, expresión corporal y danza). Plan de Estudios 2012*, México.

Cibergrafía

- Arganis, Jorge, (2009) "Sufre cambio radical lo que fue el tutelar de menores de Tlalpan", *La Jornada*, Capital, 17 de junio de 2009.
<http://www.jornada.unam.mx/2009/06/17/capital/040n1cap>, 8 de septiembre de 2014.
- Asamblea Legislativa del Distrito Federal, VI Legislatura, (2014) *Ley de Justicia para Adolescentes para el Distrito Federal*, México, D.F.
<http://www.aldf.gob.mx/archivo-102c072ba3aadbf6f952a4d2f77d5c1c.pdf>, 4 de octubre de 2014.
- Canal de menores DF, (2011) "Tratamiento a menores", México, D.F.
<http://www.youtube.com/menoresdf#p/f>, agosto de 2012.
- Cruz, Alejandra, "En vigor, la nueva Ley de Justicia para Adolescentes en la capital", *La Jornada*, Capital, 16 de abril de 2014.
<http://www.jornada.unam.mx/2014/04/16/capital/034n1cap>, 4 de octubre de 2014.

- Museo de Arte Popular, (2013), www.map.df.gob.mx, 3 de agosto de 2013.
- Notimex, (2011) “Arte y cultura favorecen el desarrollo de los menores infractores”, *El Universal*, 29 de diciembre de 2011.
<http://www.eluniversal.com.mx/notas/819208.html>, 18 de septiembre de 2014.
- Proyecto 40, (2010) “Quinto Poder con Sergio Sarmiento”, México D.F.
<http://www.youtube.com/watch?v=ULUqBdY8yVU>, agosto de 2012.
- Ramírez, Bertha Teresa, (2008) “Arranca hoy el nuevo sistema de atención a menores infractores”, *La Jornada*, Capital, 6 de octubre de 2008.
<http://www.jornada.unam.mx/2008/10/06/index.php?section=capital&article=037n1cap>, 8 de septiembre de 2014.
- Subsecretaría del Sistema Penitenciario, (2014) “Atención Comunitaria Integral para Adolescentes”, México D.F.
<http://www.reclusorios.df.gob.mx/adolescentes/index.html>, 10 de junio de 2014.
- Televisión Azteca, (2010) “El concurso de caminos de la libertad para chavos”, *La entrevista con Sarmiento*, México, D.F.
<http://www.tvazteca.com/capitulos/la-entrevista-con-sarmiento/24750/el-concurso-caminos-de-la-libertad-para-chavos>, agosto de 2012.

Fuentes vivas

- Apaez, Jorge, ex director de la Comunidad de Tratamiento Especializado para Adolescentes de San Fernando.
- “Banda”, participante del Taller ACCA.
- “Bribiesca”, participante del Taller ACCA.
- “Chagoya”, participante del Taller ACCA.
- “Elvis”, participante del Taller ACCA.
- “Furcio”, participante del Taller ACCA.
- González, Marco, profesor del Taller ACCA.
- Hernández, Alfredo, ex director de la Comunidad Especializada para Adolescentes “Dr. Alfonso Quiroz Cuarón”.

- “Ivancito”, participante del Taller ACCA.
- “Layon”, participante del Taller ACCA.
- Matus, Juan Mario, ex jefe de la Unidad Departamental de Cultura y Deportes, Dirección General de Tratamiento para Adolescentes.
- “Memín”, participante del Taller ACCA.
- Valadez, Yolotzin, tallerista de la Comunidad de Tratamiento Especializado para Adolescentes de San Fernando.

Apéndice

Cuadro de temas que se desarrollaron durante las entrevistas con los integrantes del Taller ACCA

	<i>Furcio</i>	<i>Ivancito</i>	<i>Memín</i>	<i>Elvis</i>	<i>Chagoya</i>	<i>Layon</i>	<i>Banda</i>	<i>Bribiesca</i> San Fernando Premio
¿Cómo llegaron? / primera impresión	Su impresión en San Fernando	-Primera impresión			-Llega a San Fernando			-Abusos
Antecedentes de correccional	Chicha	-Bienvenida -Padrinos -Custodios	-Miedo -Chicha -Americano -Motín Patio Dos		Cambio de ley -Pago a los padrinos -disminuyen pleitos	-Vida diaria -Padrino	-Primero QC -Llegada a SF -Chicha -Castigos y lectura	
Cambios en los talleres con la nueva ley / Diferencias		Celular y rutina	-Taller de resinas	-Cocina y el tema se liga con su mamá	-Los talleres que había -A fuerza -Tablazos -Presentación de los talleres -No cambios de taller	-Talleres en Petén -Con Yolo	-Talleres y motín -Nuevos talleres y su rol -Rutina antes de taller	
Taller ACCA	-Libretas -Relación con Marco -Un día en el taller -Aprendizaje -Materiales -Trabajo en equipo -Relación entre chavos	Piolín Santa Muerte de 1.70 m -Taller y confianza -Alebrijes chicos	-Marco solo -Yolo aretes -Libretas como pase -De Carpi a ACCA -Nuevas experiencias -Primeros trabajos -Rutina -Primer cuadro material regalado Santa Muerte -Enrejado proyecto de Marco -Bueno para cartonería -Intercambio -Reglas -Por qué se llevan mal afuera	-Invitación de Marco y Yolo -Le gusta y se queda -Arte -Experiencia previa -Primer trabajo -Trabajos (bolsa en terapia) -Material / mediador -No sabía de alebrijes -Bueno para cuadros -Rivalidad / taller	-Cuando se entera del taller -Llegada de Marco -Primeros trabajos (piñata de Winnie Pooh) -Marco cuenta lo que sabe hacer -santa muerte de Tepito -Reglas de Marco -Tenía bajo perfil en el taller. -No confianza para prevenir drogarse -Distribución del taller Conocimientos compartidos, pedir y dar opinión. Materiales, pide lo que ahí había Al comienzo tiraba sus trabajos Su informe Chavos destacados	-Trabajos individuales, mascaras de calaveras -Llegó cuando estaba dividido -Taller con Yolo -Cambio por problemas -Tareas fijas con Yolo no. -Beneficios -Bueno para pintar -Spiderman	-Alebrijes chiquitos -Se quedaba todo el día -Primeras actividades -Rutinas -Cómo era un día de trabajo -Marco es un personaje y enseñaba -Encierro	Desinteresado -¿Cómo se enteró del ACCA? –Su amigo el Piri -Control de grupo por parte de Marco -Su primera actividad -Trabajo en equipo -Materiales (Comunidad Externa) -Es bueno para pintar -Actitud de Marco con ello -Desastrosos del taller -Relación Cejas-Bruja -Beneficios

Murales	Rótulos		-Dragón y chica Sentir -Proceso -Material	-Proyecto murales todo el lugar -Castillo-dragón	-Uso de pinceles -No participa por miedo a las alturas	-Los de Yolo a veces pintaban. Dragón cola		
Alebrije 2009 "La Urbe"			-Primer concurso -Proceso -Lo que le dejó Regalo a su mamá	-Roto-arreglo -Inscripción -Sentimientos	-No aceptó			
Papalote 2010 "Ánimas libertadoras"	-30 chavos -Estructura -Globos							-Participación (primer proyecto)
Pleito Marco-Yolo	-Yolo desordenada -Yolo le perdió su cuadro -Uñas pintadas	Motín	-Espacio -Agradece	-Es mi vida	-División -Yolo mugrosa -Su opinión de Marco-Yolo	-Ya llegó en la separación	Cuando regresó se acabó el Taller y se enteró de la separación	-Enrejado del taller -Quién estaba en cada taller
Alebrije 2010 "Centinela del honor"			-Soleras -Proceso -Yolo y Marco -Técnicas	Su cumpleaños Pie con yeso El subió el alebrije al techo				Los toques y las maldades -Soleras
Partida de Marco/ fin del taller	-No lo vive porque se cambió a QC		-Sueldo -Rótulos -Reciclado artesanal -Se hizo mejor por más premios -Se queda la escuela	-Continuación del proyecto -Nacimiento	-Aceptó -Su motivación			
¿Qué te deja el taller? / Después del taller	-Cambio a QC -Promesas -Talleres en QC	Oficio -Hijos	-Mariposa 2011 -Estrés y tranquilidad -Vivir -Agresividad -Crear	-Qué hizo después (actividades) -Escuela Motivación/ Marco -Trabajo afuera	Opinión del taller (¿qué piensas de que Ayudar y enseñar afuera lo que aprendió	-En QC no hay nada, sólo la mamá de Yolo. -Lo que te deja	-Encierro	-Lo utiliza en la escuela -Violencia
Alebrije 2011 QC "La vagabunda" SE "El cuento cuentos"			Idea y nombre -Leer Muerte de su primo -Motivación -Leyenda en Alebrije -Corretiza	-Proceso -Muerto -Pone orden -Corretiza	Conocimiento de artesanía Lo querían en QC -Invitación al proyecto 2011 -Proceso / estructura -Descripción	-Aprendizaje -Llegó Marco con un español -Lo que aprendió con Marco comparación con Yolo		

Anexos

1. Autorización de ingreso a la Comunidad Especializada "Dr. Alfonso Quiroz Cuarón"



Secretaría de Gobierno
Subsecretaría de Sistema Penitenciario
Dirección General de Tratamiento para Adolescentes

DGTPA Dirección General
de Tratamiento
para Adolescentes

"2012 Año por la Cultura de la Legalidad"

México, D.F. a 23 de enero de 2012
SG/SsSP/DGTPA/00136/2012

Lic. Feliciano Hernández Sánchez
Secretario Técnico de la Carrera
Facultad de Comunicación y Periodismo
Facultad de Estudios Superiores Aragón
U N A M
Presente

En respuesta a la importancia de la participación de todos los sectores de la sociedad, y priorizando el desarrollo integral de los adolescentes en conflicto con la ley, fundamental en el proceso de su reinserción familiar y social, agradezco el invaluable interés en promover y propiciar la estructura de valores, a través de la colaboración académica con esa casa de estudios, para la formación de elementos que contribuyan al adecuado desarrollo de la personalidad de estos adolescentes.

Por lo anterior, en respuesta a su solicitud de fecha 29 de diciembre del 2011, se autoriza el acceso a la Comunidad Especializada para Adolescentes "Dr. Alfonso Quiroz Cuarón" (CEA-QC), a Leticia Karina López e Irwin Alejandro Infante García, estudiantes de la Licenciatura de Comunicación y Periodismo, para la realización de una investigación académica en esa Comunidad, el jueves 2 de febrero de este año, como parte de su proyecto de titulación "Los ACCA de San Fernando", bajo la asesoría de la Lic. María de Lourdes Rodríguez Pérez, comprometiéndose a cumplir con estricto apego las normas tanto de seguridad como de control de información de los adolescentes, señaladas en la Ley de Justicia para Adolescentes y su Reglamento, y con la previa autorización de la Jefatura de Comunicación Social de esta Dependencia, para la grabación del material solicitado.

Esperando que esta colaboración académica, edifique propuestas de cambio en la construcción del proyecto de vida de los adolescentes en conflicto con la ley, aprovecho la ocasión para enviarle un cordial saludo.

Atentamente
La Directora General

Lic. Raquel Olvera Rodríguez

c.c.p. Lic. Celina Oseguera Parra.- Subsecretaría de Sistema Penitenciario del DF.- Para su Superior conocimiento.- Presente.
Lic. Alfredo Hernández Roldán.- Director de CEA-QC.- Para su conocimiento.- Presente.
Dirección de Normatividad y Supervisión de la DGTPA, en referencia al folio 3377.

ROR/jagm



San Antonio Abad Núm. 124, 5º. Piso, Col. Tránsito, C. P. 06820,
Del. Cuauhtémoc, Tel: 51 32 54 00 Ext.: 1115 y Fax: 1605



2. Carta responsiva para proteger los datos de los adolescentes



Secretaría de Gobierno
Subsecretaría de Sistema Penitenciario
Dirección General de Tratamiento para Adolescentes

DGTPA Dirección General
de Tratamiento
para Adolescentes

CARTA RESPONSIVA

Fecha: 01-02-12

Por este medio asumo la responsabilidad de respetar los límites señalados en la **Ley de Justicia para Adolescentes para el Distrito Federal**, específicamente en su artículo 11, inciso VII, en el que enfáticamente señala que es derecho de los adolescentes "que no se divulgue su identidad, ni el nombre de sus familiares o cualquier dato que permita su identificación pública".

Dicha responsabilidad implica no difundir por medio alguno el nombre de ningún adolescente que reciba atención en cualquiera de las Comunidades para Adolescentes del D.F., y si en el ejercicio de mi trabajo periodístico capturo imágenes fijas o en movimiento, asumo el compromiso de tapar los rostros de los y las adolescentes, amigos y familiares, que sean captados, así sea de lejos.

Declaro entender que de no hacerlo así, los padres de los adolescentes podrían actuar legalmente en mi contra.

Alejandro Infante Garcia

Nombre, firma y medio.



San Antonio Abad Núm. 124, 5º. Piso, Col. Tránsito, C. P. 06820,
Del. Cuauhtémoc, Tel: 51 32 54 00 Ext.: 1115 y Fax: 1605



3. Carta de solicitud para asistir al curso introductorio de la Dirección General de Tratamiento para Adolescentes, que se realiza previo al ingreso a las Comunidades o para obtener información sobre el tratamiento de los internos



FACULTAD DE ESTUDIOS SUPERIORES ARAGÓN

COMUNICACIÓN Y PERIODISMO

OFICIO N° FESAR/JCYP/0711/2014

ASUNTO: Se solicita apoyo a tesistas.

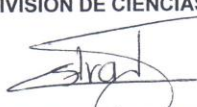

DR. VÍCTOR MANUEL MORA
DIRECTOR GENERAL DE TRATAMIENTO PARA ADOLESCENTES
GOBIERNO DEL DISTRITO FEDERAL
PRESENTE

Por este conducto me permito solicitar a usted, si para ello no existe inconveniente, su valioso apoyo para que los CC. LETICIA KARINA FLORES LÓPEZ (E-mail: kisslety_9@hotmail.com) e IRWIN ALEJANDRO INFANTE GARCÍA, egresados de la carrera de Comunicación y Periodismo, puedan asistir al *Curso de Inducción* para obtener información.

Cabe señalar que el material que se recabe servirá para concretar su proyecto de titulación el cual desarrollan bajo la temática de: "Los ACCA de San Fernando", bajo la asesoría de la Lic. María de Lourdes Rodríguez Pérez.

Agradeciendo de antemano su colaboración, aprovecho la oportunidad para reiterar a usted mi alta estima.

ATENTAMENTE.
"POR MI RAZA HABLARA EL ESPIRITU"
Nezahualcóyotl, Edo. de Méx., 21 de agosto de 2014
JEFA DE LA DIVISIÓN DE CIENCIAS SOCIALES



MTRA. MARÍA CONCEPCIÓN ESTRADA GARCÍA

MCEG/dtl.

